LAS SIRENAS DE LA LUJURIA

OBRAS COMPLETAS

DE

EMILIO CARRERE

LAS SIRENAS DE LA LUJURIA

TOMO III



RENACIMIENTO

San Marcos, 42

MADRID

ES PROPIEDAD.
DERECHOS RESERVADOS

IMP. LATINA. RODRIGUEZ SAN PEDRO, 19. TEL. 11-26 J

La noticia se supo con asombro en los teatros, en los cafés, en los salones. ¡Pablo Reinol había asesinado a su querida!

Nadie sabía la causa de aquella tragedia. Reinol era un músico célebre, y la «Rosa del Albaicín», la bailarina gitana, tenía por él una pasión frenética, llena de abnegación, de orgullo, de violencia. Por él había desdeñado a varios banqueros, a un príncipe ruso auténtico y al duque de Módena, el orgulloso fascinador de mujeres, bello y audaz como el Don Juan de Byron, y que, además, era millonario. El pobre duque estuvo a punto de suicidarse como un estudiante sentimental después de haber leído el «Werther».

El amor de la bailarina por Pablo tenía la emoción de un amor de leyenda, de locura y de embrujamiento. Pablo debía de ejercer una influencia de hechicería sobre el alma de aquella mujer. Nadie podría vanagloriarse de haber sido amado con tal locura de amor. Y, sin embargo, Pablo Reinol había matado a su querida...

A la hora de la salida de los teatros se reunieron en un café del centro, Bartel, el gran actor; la rubia

Mariana Lisón, la canzonetista; Alberto Hermida, el crítico de «La Tarde», y Julio Montero, el poeta, el íntimo de Pablo, quien con él había vencido al espectro de la bohemia y juntos habían conquistado un poco de gloria para sus frentes juveniles.

Todos se mostraban apesadumbrados y miraban a un ángulo de aquel mismo salón, donde hasta la víspera, cotidianamente venían el músico y la gitana, con su tez bronceada y sus ojos hondos y fanatizados.

Interrogaban al poeta. Montero le había visitado en la prisión.

—Y ¿qué hacía?—preguntó la Lisón.

—¡Estará desesperado, loco de dolor!

—Pablo está completamente tranquilo. Sus ojos tienen su eterna frialdad y su boca el mismo mohín enigmático de cansancio y de amargura. Habla de la muerta con compasión, pero sin llanto. Parece que no es él quien la ha matado. Cuando llegué, Pablo escribía.

—¿A quién?

—A todos y a nadie. Hace tiempo que escribe sus memorias. En ese manuscrito estará tal vez la clave de su vida misteriosa, el secreto de su corazón.

—¡Cuánto me gustaría poder leer esas cuartillas! —exclamó Mariana—. Pablo, tan taciturno, tan extravagante... y tan encantador, me ha parecido siempre un héroe de novela.

—Sí, de novela patibularia—dijo Bartel—. Era un

misántropo, un loco. Ya véis lo que ha hecho: ha asesinado villanamente a una pobre mujer que le adoraba, sin causa ninguna, porque sí...

—¿Porque sí?... Yo creo que sin una causa vulgar; porque en el fondo de este drama terrible debe de haber una causa extrahumana, fulminante y vertical, como la fatalidad en las tragedias helénicas.

—Los periódicos le tratan como a un monstruo de sangre y voluptuosidad: «La Tarde» habla de otra mujer desaparecida.

—Su mujer propia.

—¿Y qué ha sido de esa mujer?

—Nadie la ha conocido. Pablo no me ha hablado jamás de su esposa—dijo Montero—. Yo le conocí aquí hace seis años, luchando por estrenar su «Salomé», que, como sabéis, es un poema genial, superior al de Straus. Hemos trabajado juntos para romper la muralla de China del anónimo; por fin logramos triunfar en varios años de vida común; jamás me habló del amor, a pesar de su alma de artista, apasionada y tumultuosa. Se podía decir que sentía un miedo supersticioso a la mujer, como a un abismo incógnito donde cantasen las sirenas de la muerte, como en la canción trágica de «Loreley». Un día apareció la «Rosa del Albaicín».

—Pero Pablo no la amó jamás.

—¡Quién sabe! Es una monstruosa paradoja del corazón. Un hombre mata a su querida cuando la quiere tanto que no puede vivir sin ella.

—¿Y la otra?

—No sé. Si en realidad ha existido, quizás la encontremos en las páginas de esas Memorias. Pablo me ha hecho entrega del manuscrito. «No sé qué será de mí—me dijo—. Mi vida está completamente destrozada. Quizás leyendo estas cuartillas alguien me comprenda y tenga piedad de mi espíritu turbulento y contradictorio; el vulgo me llamará extravagante o loco. ¡Ya, qué más da!»

Mariana quería comenzar la lectura en aquel mismo momento.

—No, aquí, no. Mañana, en tu misma casa. ¿Te parece bien?

Al día siguiente, en un saloncito azul, perfumado y elegante del hotel de la Lisón se reunieron para leer el inquietante manuscrito, de escritura tersa, igual, sin apenas tachaduras. Aquellas letras eran como sus ojos fríos y su gesto eterno, sin que la mano demostrara las violencias del alma que dictaba. Había un silencio religioso y una inquieta marejada en aquellos cuatro corazones. Iban a penetrar en el enigma de su vida, a saber sus sueños y sus pasiones, y quizás la causa de su crimen.

Era otoño. Las hojas muertas, brillando bajo el sol pálido, parecían de oro. El viento cantaba en los cristales un canto monorrítmico de elegía. Montero comenzó a leer con voz preñada de emoción:

DIETARIO DE UN HOMBRE ATORMENTADO

Así se titulaban las *Memorias* del músico Pablo Heinol.

«20 de mayo.—Comienzo a escribir estas Memorias incoherentes el día más amargo de mi vida. Esta mañana Elisa me ha abandonado para siempre.

Es el caso vulgar y ridículo de una mujer que se escapa con un amante. No soy yo el primer marido burlado; el hecho es corriente para regocijo de la canallocracia. Un burlado más. He aquí todo. Esa frase burlona y villana es un puñal en mis entrañas.

No sé qué hacer. Pienso en perseguirles, en matarlos. Pero, ¿podría matarla a ella? Al volverla a ver es posible que cayese a sus pies y la besase las manos, llorando. Eso sería horrorosamente ridículo.

Si volviese aún esta misma noche no podría rechazarla, aunque sobre sus labios trajese las huellas de las caricias del otro. Y esta flaqueza mía me encoleriza. La adoro de una manera vil, como un can miserable. Cierro los ojos y la veo dormida en otros brazos, extenuada por los recientes delirios de la voluptuosidad. ¡Ah! ¡Esa visión macerante! ¿Por qué no tendré valor para matarla?

Pero, aunque este cariño sea más fuerte que mi dolor y que mi dignidad de hombre, comprendo que debo renunciar a ella. Podré perdonar, pero no olvidaré nunca. El espectro del otro se acostaría siempre entre los dos.

Día 21.—Cuando conocía a Elisa era una blanca adolescente; tenía las pupilas azules y obscuras como el mar borrascoso y una magnífica cabellera de oro, de un oro puro y satinado, fragante y ondulante, que la cubría la espalda como un manto magdalénico.

Me casé con ella. Tenía yo entonces veinte años. Ella, diez y siete. Yo tocaba el órgano en una pequeña iglesia y daba lecciones de música. Ahorramos un poco de dinero y volamos hacia París.

Alquilé un estudio en una callejuela del barrio Latino. Hasta nuestro nidal llegaba como un eco el rumor de la capital del mundo. Había allí un silencio hondo, místico, de biblioteca y de claustro: el silencio que yo deseaba para escribir música. Necesito poder oir las armonías dentro de mi cerebro antes de escribirlas en la pauta, ver las notas como serpentinas de colores que bailaban ante mis ojos febriles en las horas de trabajo. Entonces pensé en escribir mi «Salomé».

Elisa parecía feliz. No hablaba apenas; evitaba los ruidos domésticos, que tanto me excitan. Era como el arcángel del silencio, con su blanca juventud y sus cabellos de oro, sueltos y flotantes hasta más abajo de la cintura, deslizándose por las galerías como una forma de ensueño.

Ella tocaba bien el piano y pasábamos el día envueltos en un ambiente sedante de elevación artística. Yo me creía a veces circundado por una atmósfera azul de rompimiento de gloria, bañado

mi espíritu en infinitos raudales de melodía. De día era casto, inmaterial, mecido en un arrobo místico. Por las noches, el demonio de la voluptuosidad mordía mi carne y entristecía mi corazón.

Día 22.—No salgo de casa; tengo odio a los hombres; me figuro que lo saben y se ríen de mí al pasar. En la soledad voy reviviendo los detalles del gran drama de mi vida y me gozo abriendo las llagas antiguas con un placer masoquista. Mis noches de amor fueron un torbellino de sensaciones. Mi conciencia me acusa de haberla pervertido. Ella era pura de alma y de cuerpo cuando vino a mí. Yo la inicié en los paraísos más extenuantes.

Tenía la fiebre, la locura de su carne desnuda. Noche tras noche, fué conociendo todos los deleites. Su garganta estatuaria florecía en rosetas ardientes, bajo mis labios vampiros; sus senos huían de mi voracidad como dos palomas con el pico ensangrentado, y su cuerpo, contagiado por mi fiebre demoníaca, ondulaba y se estremecía y vibraba con todos los ritmos de la voluptuosidad.

Después me arrepentía y lloraba con sincera amargura. Llegué a rezar para conjurar al rojo demonio. Pero a la noche siguiente, apenas nos acostábamos, sentía la idea perversa aletear en mi cerebro; me asaltaba un temor delicioso y me hundía en la turbación y en el frenesí inefable de las caricias vergonzosas, de los raros caprichos, de las emociones inéditas. Fué toda mía, toda...

Una noche, al verla como una llama viva, trenzando los más ardientes ritmos de la locura de amor, como una poseída medioeval, vi en su cuerpo desnudo, fragante y vicioso, la encarnación de Salomé. Mi Salomé era rubia, como la que pintó el Tiziano, y su danza extraña de amor, de vesania y de crueldad debía de tener aquellos mismos contorcimientos, aquellas ondulaciones del vientre y de los muslos blancos, la misma inquietud ardorosa que erectizaba los botones de los senos marmóreos. Las danzas de la princesa cortesana debían de tener el ritmo de sus espasmos delirantes

Escribí «Salomé», y Elisa bailó delante de mí, toda desnuda, jugando con sus rubios cabellos como con un velo, con los brazos en alto, sosteniendo una quimérica cabeza ensangrentada. Estaba contento de mi obra. Elisa era una suprema bailarina, sentía intensamente el arte superior a todos los demás, que tiene misterios de religión, el sentimiento de la línea y del color y la mayor emoción de poesía. La danza es capaz de expresarlo todo con ritmos y giros que dan mayor pureza y vaguedad al poema. La danza se siente, pero no se puede expresar con palabras; el lenguaje no tiene expresión, ni color, ni sentimiento para definir el alma misteriosa y divina de la danza. Es el arte supremo, que sólo comprenden los elegidos de sensibilidad.

Elisa había nacido para danzar; su figura alta

tenía una esbeltez serpentina: su vientre blanco y sus muslos de alabastro parecían abrasados por un fuego enloquecedor; sus pies desnudos, de uñas como pétalos de rosa, seguían los ritmos más complicados con una gracia alada y musical. Yo los soñaba constelados de joyas antiguas, envueltos en el cabrilleo de las piedras preciosas, que al danzar parecían fosforescentes.

Desde que terminé «Salomé», sentí una doble pasión devastadora por Elisa. Amé a la mujer y amé mi sueño de arte, llameante y vivo ante mis ojos.

Sentía un orgullo satánico por la mujer y por la artista. Ambas eran obra mía, de mis furias sensuales y de mi talento. Sentí la necesidad morbosa de ser admirado; invité a varios amigos inteligentes e hice que Elisa bailase desnuda ante ellos.

La idea de la lascivia grosera estaba lejos de mí. Ella encarnaba mi ideal de arte; alguno de los invitados tal vez no pensaba como yo.

Allí estaba Pedro Luján... La miraba codiciosamente; mi orgullo de artista me hizo cometer una imprudencia dolorosa, irremediable.

¡Nadie como ella puede encarnar a la hija de Herodias; no hay danzarina en el mundo que ya pueda realizar mi sueño de arte! Ha sido un doble fracaso de mi alma. Con Elisa ha huído la mujer amada con delirio místico y demoníaco y algo como un pedazo de mi cerebro hecho ritmos ardientes y sabias armonías.

Día 23.—Pasé varios días horribles. Elisa estaba

gravemente enferma. Una fiebre le hacía delirar. Su lengua estaba cubierta por una costra obscura y repugnante y su cuerpo se extenuaba. Una noche, el médico la desahució.

No hay palabras humanas que puedan expresar mi dolor. Lloré sobre aquella carne que olía a calentura y que pronto sería un montón de carroña; lloré, y rugió mi corazón, y blasfemé, y quise que se desquiciase la armonía toda del universo.

Me horrorizaba la idea de que la tierra pudriese aquella magnificente cabellera de oro, fragante y ondulante, en la que yo hundía el rostro embriagándome con su sensualidad violenta. Yo mismo, con unas tijeras, corté las trenzas rubias, de raíz, y las guardé como una reliquia sagrada para mi corazón. Era la cabellera de mi esposa y el manto de oro de Salomé.

El médico se equivocó. Después de una crisis se inició la convalecencia. Yo estaba enloquecido, sin aliento para conquistar el dinero que me hacía falta para la enferma cotidianamente. Pero Luján vino en mi auxilio y fué generoso con nosotros. Esto le dió derecho a venir a casa y fué preparando la traición al amparo de sus monedas miserables.

Llegó la primavera y Elisa se restableció completamente. Después, ¡cuántas veces he pensado que debía haberse muerto! Su memoria estaría santificada, sería mi sombra tutelar; ella me inspiraría desde el espacio y cantaría en mi oído las melodías siderales. Mientras que ahora... sólo es una hembra li-

viana o una ambiciosa vulgar que elige el amor mejor pagado.

Día 24.—Toda la noche me he repetido hasta obsesionarme la idea de que Elisa ha muerto. Esta inocente patraña dignificará mi dolor y mi recuerdo. Me vestiré de luto y nadie sabrá que mi mujer ha existido. Sus trenzas de oro irán siempre conmigo. como un amuleto.

Ellas me preservarán de caer de nuevo en las garras de otra mujer. Huiré del amor y de la voluptuosidad como de un abismo lleno de monstruos fabulosos. Trabajaré. Dentro de unos días me marcharé a Madrid a olvidar lo pasado, a luchar por un poco de gloria.

Día 18 julio.—He terminado la partitura de una opereta. Seguramente se estrenará a principios de temporada. Ha gustado mucho en la lectura; esto me distraerá. La lucha con la vanidad y con el poco sentido estético de los cómicos absorberá mi atención. A la caída de la tarde me invade una inefable melancolía. Huyo de la gente y me refugio en la soledad de mi cuarto. Vivo en un sotabanco de la callejuela de la Almudena, creo que en la casa donde vivió la princesa Eboli. En la portería, cuyo techo está cruzado por vigas azules, hay un altarito rústico e ingenuo, con una lamparilla siempre encendida. Esta decoración piadosa y arcaica me da la impresión de que vivo en otro siglo, y opera en mí la ilusión de que soy un hombre distinto. De día es-

toy tranquilo, preocupado con mis proyectos artísticos; pero al atardecer... oigo el clamoreo persistente de San Pedro el viejo, de Santa María, de San Nicolás. A obscuras en mi habitación me visitan los recuerdos antiguos como un cortejo de sombras de pesadilla. Abro mi «secretaire» y saco las rubias trenzas, que exhalan una fragancia como de flores secas y de cera. Es un perfume doloroso y antiguo, intenso y religioso. Hundo la cara en el manojo de cabellos, como en las noches delirantes y voluptuosas, y lloro con una pena infinita sobre las trenzas rubias que aún me huelen a ella.

Otras veces veo recortarse en el fondo negro de mi estancia el cuerpo desnudo, todo blanco, como una gracil magnolia. Oigo una orquesta de invisibles violines que cantan mi «Salomé» muy leve, muy lejano, como los cristales de una caja de música.

Es el fantasma de Elisa que danza ante mis ojos alucinados. Veo sus brazos como dos varas de nardo, cubiertos de pulseras de oro, con raros diamantes y esmeraldas inmensas. Sus trenzas rubias parecen culebras luminosas al agitarse en los giros epilépticos del baile. Sobre sus manos, en una bandeja de plata, la pálida cabeza del iluminado, del asceta, tiene una gran belleza ultrahumana. Salomé danza, con los labios sensuales clavados en la boca muerta del decapitado; su vientre tiene rítmicas convulsiones y sus muslos se trenzan y se retuercen como en un espasmo interminable.

Aquel era su gesto de suprema e inefable voluptuosidad. ¡Por aquellos ojos que extraviaba la corriente de lava del placer, por la fiebre de sus labios sabios, por toda la euritmia de su cuerpo blanco y pervertido, surgió en mi cerebro la figura de «Salomé», la princesa cruel y vampiresa, toda tremante en el fuego maldito de la lujuria que atrajo sobre los pueblos remotos la maldición de Dios.

Estas apariciones aniquilan mi pobre imaginación. Tengo miedo de volverme loco.

1.º de octubre.—Se ha estrenado mi opereta con gran éxito. Los críticos me tratan muy bien, los periódicos publican mi retrato. A mí sólo me parece una obra que no está mal. ¡Cuánta distancia existe entre esta partitura y mi «Salomé», que acaso quede siempre inédita!

15 de octubre.—Esta noche me ha sucedido un trance muy desagradable; Julio Montero me ha llevado al Salón Imperial, donde baila una gitana. Me dijo que era una bailarina muy notable. Yo tengo la pasión de este arte, y como Baudelaire, creo que una danzarina genial es una criatura sobrehumana.

El teatro estaba completamente lleno, casi todo de hombres.

Algunas cocotas ponían la nota llamativa de sus tocados lujosos y extravagantes. Junto a mí había un capitán, de mostachos feroces, muy fanfarrón y muy antipático.

Llaman a la bailarina «La Rosa del Albaicín», y,

en realidad, es una artista admirable. Es una mujer bella, muy morena, delgada y ondulante. Va muy enjoyada. Baila garrotines gitanos, farrucas, tangos. Tiene una hermosa mata de pelo negro, de resplandores azulinos, y hay en sus ojos rasgados, negros, un fuego sensual y moruno. Pero, sobre todo, baila muy bien.

El público la aplaudía sin comprender su arte y unas danzas extrañas y misteriosas que parecen improvisación del instante. Le gustaba la hembra, y rugía de lujuria. No había en la sala ese silencio profundo en que las almas saborean las sensaciones exquisitas y comprenden el sentido extérico de los diversos tiempos de la danza. Era un entusiasmo desbordado, una alegría algo canalla, de juerga. El capitán gritaba constantemente, golpeando con los pies:

—¡Tango! ¡Tango!

«La Rosa del Albaicín» comenzó un baile suyo, una danza rara, que me interesó por la pasión de la melodía y la dificultad insuperable de los «stacatti». Pero el capitán estaba decidido a que repitiese el tango y gritaba como un energúmeno, y armaba un ruido infernal con su sable sobre el entarimado.

—¡Tango! ¡Tango! ¡Anda, muévete, negra!

Aquella grosería llegó hasta los oídos de la gitana, y le hizo un mohín de desprecio, como si escupiese. Yo le contemplé fijamente. Tenía una cara de bestia lujuriosa, roja y feroz.

—¡Tango! ¡Que quiero tango!

No pude contener mis nervios, excitados por aquella persistente estupidez. Le miré fijamente y le grité:

—¡Imbécil!

Mi voz seca y vibrante resonó como un latigazo.

Mañana nos batiremos. Probablemente saldré herido, pero estoy contento; tiene este lance un aspecto caballeresco y legendario. Me gusta batirme por la belleza de una danza, como en los tiempos heroicos y galantes.

28 de noviembre.—Ya estoy casi restablecido de mis heridas. Mi contrario era un espadachín formidable. He tenido fiebre durante veinte días y «La Rosa del Albaicín» no se ha separado de mi cabecera. Este duelo me ha hecho célebre en Madrid.

«La Rosa del Albaicín» es una extraña criatura, a quien parece que mi actitud ha cautivado. Lo siento por ella y por mí. Yo no podré quererla nunca.

Todos creen que es mi querida. Un periodista imprudente lo ha publicado, y el duque de Módena, que era su amante oficial, le ha prohibido que fuera a mi casa.

«La Rosa del Albaicín» ha roto sus relaciones con el duque.

Y se pasa la vida junto a mí, silenciosamente, mirándome con sus ojos negros, de odalisca, en una actitud humilde y apasionada.

Al saber su ruptura con el duque, que es un hombre muy generoso con las mujeres, le he rogado

que no vuelva a verme, si con ello compromete su situación.

Se ha encogido de hombros, desdeñosa, y ha murmurado:

—¡Qué me importa!

Después ha roto a llorar.

Me ha cuidado con ternuras de hermana, con un conmovedor espíritu de sacrificio, durante mi dolencia.

Empieza a darme miedo la solicitud de esta mujer.

1.° de enero.—«La Rosa del Albaicín» está furiosamente enamorada de mí. Me lo ha confesado llorando, besándome las manos, abrazada a mis rodillas.

—No me eches de tu lado. Déjame junto a ti, como una criada, como un perro.

Estaba muy bella, desmelenada, con los ojos llenos de lágrimas. Yo la he besado en los ojos y en los labios. ¿Qué iba a hacer?

Desde hoy «La Rosa del Albaicín» es mi querida. Este episodio es una grave complicación en mi vida. Yo no siento hacia esta mujer más que un afecto tibio, mitad gratitud y admiración por su belleza.

Me da miedo que llegue la noche, esta noche primera de nuestras nupcias.

¡Cuánto daría yo por amar a esta mujer, que me ama tan ardientemente, tan generosamente!

Pero siento que es imposible. Cuando la beso en los labios, sin querer aparece ante mis ojos la figura de la otra, con su carne blanca y perfumada, y con

su cabellera magdalénica. ¿No es esto una monstruosa locura de mi corazón?

10 de enero.—«La Rosa del Albaicín»—Carmela—me hace desgraciado con su cariño. Absorbe mi vida completamente.

Va a todas partes conmigo, prendida de mi brazo, abrasándome con sus ojos ardientes y fanáticos. Yo, a pesar mío, estoy silencioso, a veces agrio. Su brazo, sobre el mío, me da la sensación de una cadena. Comprende que mi espíritu está muy lejos de ella y se desespera; tiene celos de todas las mujeres que conocemos. Anoche quiso abofetear a Liana de Flers, la canzonetista francesa, porque fué a casa a pedirme una canción.

Esta arbitrariedad me disgustó mucho. Tuvimos una escena violentísima, que terminó en una crisis desesperada de lágrimas. Yo salí solo de casa a gustar el placer de andar sin trabas, sin tener que fingir, con libertad de pensar en lo que se me antoje. Al cabo de un rato noté que Carmela me seguía, disfrazada.

La pasión de la gitana me tortura, me entenebrece, me hace odiosa la vida. Pienso en huir de Madrid. Algunas veces me enternece su infinito cariño y no sé qué daría por poder amarla. ¡Acaso fuese feliz con ella! Pero es la otra, el espectro de Elisa a quien debía aborrecer, el que se interpone.

Comprendo que esto es absurdo, pero el amor no depende de nuestra voluntad; se quiere ciegamen-

te, porque sí... Elisa no merece mi amor; me ha engañado, y, sin embargo, tengo el culto de esa mujer: a Carmela, que me adora, no la puedo querer; ¡me es imposible!

5 de abril.—Los celos de Carmela me atormentan. Ella supone que yo quiero a otra mujer y me espía, me abre las cartas, pregunta a mis amigos por su fantástica rival. Ha acudido a todos los recursos para atraerme, se ha dejado galantear por un banquero para despertar mis celos. Se viste con sus más bellos y suntuosos trajes; todos los perfumados detalles de su coquetería íntima son exquisitamente deliciosos. Pero sus artificios se estrellan contra mi indiferencia. De noche me macera con sus caricias, me posee ella a mí. Yo permanezco en la actitud pasiva, triste y miserable de una prostituta. Es una llama que me consume minuto tras minuto. Entre sueños la he visto anoche besarme hasta el amanecer. Sabe amar tumultuosamente: se da toda entera, alma y cuerpo, con esa pasión salvaje de su raza hecha de abnegación y de sangre, que hermana a la lujuria y la muerte y hace del amor un fanatismo religioso.

A veces estoy a punto de confesarla la verdad, la causa de mi desamor. Pero no me comprendería. ¡Es tan absurdo y contradictorio!

Carmela me absorbe toda la vida. Es un vampiro que devora mis energías, mi tiempo y mi inteligencia. No quiere que trabaje, y ella, por su parte,

renuncia a sus triunfos escénicos. Quiere vivir para quererme con su cariño triste, reprochador, mortal; para vivir aislados, en una vida obscura, sin más horizontes que los que veamos al mirarnos en las pupilas. Goza dramatizando la vida; me habla trágicamente; cuando besa, muerde; el placer es maceración; la caricia, arañazo; me estruja, me aniquila, me convulsiona. Vivo en una llamarada perenne.

Ayer salimos de paseo. El coche nos llevó al azar por los alrededores de la Puerta de Toledo.

El Manzanares estaba seco, las viviendas mezquinas de la orilla como amodorradas bajo la calina; trajinantes y arrieros, a la manera clásica, venían por la carretera polvorienta; mendigos atezados, de cayado y zurrón, ensartaban el rosario de sus miserias: cojos, mancos, ciegos de pardos andrajos y rostro curtido y guiñar truhanesco cubrían el camino con lento caminar de gusanos.

Me interesaba el paisaje y las siluetas mendincantes. En la esquina de la calle de la Verdad, que conduce al cementerio de San Lorenzo —¿quién sería el edil filosofante que le puso tal nombre?—, en un parador, frente a una rameada jarra de vino pardillo, había dos gitanos. El, con un cordobés mugriento, su vara y su faja. Ella, con la falda de volantes; su pañoleta filipina y su peinado de moño bajo.

Se acercó a nosotros picotera y pedigüeña.

—Anda, «mosito» rumboso, dame algo «pa» los «churumbeles».

Era joven y guapa. Se parecía mucho a «La Rosa del Albaicín».

—Si «quies» que te diga la buenaventura ponte un duro en la palma de la mano.

Carmela sacó una moneda de su bolso de plata y se la dió. Luego, exclamó sonriente:

—Oye, «Coraliyo»: ¿Tan cambiada estoy que me tomas por «paya»?

—¡Josú! ¡La Carmela la del «Azules»! ¡Por tus muertos, que me digas si te has casao con un «emperaor»!

—Y mi tío, el señor Eugenio el «Azules», ¿vive aún?

—¡«Pobretico»! Me lo mataron los del tricornio en un negocio malo. Ya sabes que trabajaba de «cuatrero».

—¿Y el «Chorolito»?

—Allá arriba, porque «mojó» con «disgrasia».

—¿Y la Pastora, la de Vargas?

—Tan «doqueña» como está. ¡Más «cañí» que la Virgen del Carmen! Esta tarde se casa con Juanito, el de Montoya.

—¿Vivís por aquí cerca?

—Allá bajo, en las Injurias. Hemos hecho unas chozas en una corrala.

Carmela me preguntó:

—¿Quieres ver una boda de gitanos? Es pintores-

co. Te gustará.

Yo accedí gustoso. La gitanilla nos servía de guía, haciendo grandes aspavientos ante el tocado lujoso y señoril de Carmela.

—¡Josú! ¡Qué plumeros y qué rumbo! «Reluses» como si «toa» tú fueses de oro fino.

Llegamos a la corrala de las Injurias, un barrio mísero, en una hondonada.

La tribu gitana vivía en chozas hediondas de tablas y de pedazos de hoja de lata. Los chiquillos, atezados, corrían casi desnudos. Una vieja zahorí peinaba al sol sus honradas y cenizosas greñas. Se asombraron mucho al ver a la Coral con dos payos, que es como ellos llaman desdeñosamente a los que no son gitanos.

De entre todos ellos, sólo uno reconoció a Carmela. Era un viejo roncero que se ocupaba en teñir de negro a un asno rucio que había robado aquella mañana. Habían vivido en un mismo rancho en Granada, cuando Carmela era una niña y salía con su madre a pedir y a decir la buenaventura. Entre aquéllos aprendió a bailar.

La boda gitana es una ceremonia sencillísima y pintoresca. Se reunen todos los del rancho; los hombres con guitarras y las mujeres con «palillos». El vino es tan indispensable en este trance como el padrino. Este junta las manos de los novios y después, con gran solemnidad, toma una olla grande de barro y la tira a lo alto. La olla se hace pedazos

contra el suelo y entonces el padrino exclama con voz sacerdotal:

—Unidos estáis y no podréis «desapartaros» mientras no se «ajunten» estos cachos de barro.

Después se toca y se baila y se bebe toda la noche. Las gitanas son fieles a sus hombres; ellas trabajan para ellos, y principalmente con los «payos» no les traicionan jamás.

Estuvimos ahí hasta media noche.

—¡Quisiera haber nacido gitano!—murmuré—. Me agrada mucho su salvaje independencia.

—Entonces me querrías—dijo Carmela—. Cuando una de nosotras quiere a un gitano, «él no tiene más remedio que corresponder a ese cariño».

—¿Aun contra su voluntad?

—Sí. Hay poderes que le obligan adivinando alguna práctica de hechicería, pregunté curioso.

—El hombre que bebe la sangre de la gitana que le quiere, está más amarrado que con cadenas—exclamó «La Rosa del Albaicín»—. ¡Oh, si tú hicieras una cosa!...

—¿Cuál?

—Es una comunión de sangre que ata la voluntad de los enamorados; te paracerá cosa de brujas, pero es infalible. ¿Quieres beber mi sangre, Pablo? ¡Me querrás entonces tanto como yo a ti!

Y en sus ojos había una lumbre misteriosa de superstición. No creía en la eficacia de la comunión sangrienta, pero accedí:

—Quiero. Esta misma noche al llegar a casa.

—¡Sí!

Estaba radiante de esperanza. Yo deseaba con toda la vehemencia de mi alma olvidar a la otra y amar a esta mujer ardiente y abnegada.

Con una lanceta pinchó su brazo moreno y el rojo líquido cayó abundante en una taza.

—Bebe, Pablo.

Yo bebí. La sangre es viscosa, caliente, embriagadora. Bebía con fe, deseando que se realizara el milagro de hechicería.

Estaba poseído de un ardor extraño; tal vez la sugestión de esta llama de pasión que arde constantemente junto a mí sin lograr prenderme.

Después «La Rosa del Albaicín» me cubrió de caricias.

Está segura de su triunfo. Yo creo que su amante «envolvimiento» será inútil.

Yo estaba de antemano embrujado por la otra y tengo el presentimiento de que la tragedia da sus aletazos siniestros en torno mío.

Acaso la locura, con su amarilla carátula espantosa, me hace guiños y me atrae a su seno de alucinante absurdidad, donde viven seres increíbles y escalofriantes.

12 de mayo.—Aquella noche Carmela recitaba unos versos que un poeta había compuesto para ella. Yo sentía un extraño sopor, cual si estuviera envuelto

en una atmósfera magnética. La voz sonaba misteriosa y lejana, con cadencias de zambra moruna!

Yo no podré decir si al sonar los últimos versos estaba despierto o dormido. Después he pensado si la fanática Carmela pudo dar un bebedizo, a los que tan aficionados son las gentes de su raza. Aquella noche yo no era dueño de mi mente ni de mi conciencia. Oía sonar los relojes y los rumores de la calle, y en mis oídos hiperestesiados, hasta la maceración, los sonidos adquirían insólitos valores musicales, como si yaciese en el fondo de la embriaguez del opio. Mis ojos estaban cerrados, pero yo veía a través de los párpados, no con entera diafanidad, sino con una rara transparencia de plata, como si toda la habitación estuviese llena de un luminoso polvillo argentino.

Veía a la gitana que me mostraba su mano morena y enjoyada, y en la palma el «camino de la muerte», como en los versos cálidos y preciosistas, una gran raya que en el centro se trenzaba en forma de M enorme de espantable color de sangre reciente.

Es muy difícil que os pueda contar mis impresiones de esta noche. Tenía la sensación del vuelo. Estaba en mi cuarto, pero me parecía que los muros se alejaban, se alejaban indefinidamente, y que a la luz argentada había sucedido una atmósfera verdosa, como el fondo de un acuario. La cabeza de Carmela flotaba en esa linfa verde—con tonos morados

de putrefacción—como una cabeza de ajusticiado, y llevaba al cuello una víbora de oro como un collar suntuoso y horripilante. Yo gritaba palabras cuyo sentido no comprendía bien y ella me miraba con sus ojos húmedos y piadosos. En la atmósfera verdosa comenzaron a surgir unos extraños seres transparentes con cuerpos monstruosos de gárgola gótica y rostros absurdamente humanos. Y sus bocas podridas, como bocas de prostitutas en ruinas, bocas de hospital, hediondas y ponzoñosas, bocas que huelen a medicinas, me gritaron con un estribillo incomprensible:

—¡Has cruzado el puente! Ya serás siempre esclavo de nuestros caprichos. ¡Ah! Y tú no sabes quiénes son tus nuevos tiranos.

Volví la cara. A lo lejos, me veía yo mismo sentado ante el piano, componiendo mi «Salomé». Sobre mi cabeza caía un rayo de sol, alegre y dorado. Ella, bailaba ante mí toda desnuda, blanca como un nardo, y la visión de su cuerpo me deslumbró y sentí las fiebres malditas de una absurda sensualidad, como aquellas noches cruelas de maceración y de placer de nuestras comuniones inefables y vergonzosas.

—¡Ya has cruzado el puente! El que entra en nuestro reino ya no volverá a sentir la armonía de la vida, ni en su cerebro ni el Universo.

El monstruo que así hablaba tenía una espantable faz amarilla y los ojos bizcos. Se parecía a «La Locura», un escalofriante aguafuerte de un amigo mío,

que murió en París en un manicomio. ¿Acaso la horrible ahijada de la luna se mostró antes de hacer la visita a su cerebro de artista y él compró con su razón la inmortalidad de su nombre?

—¡Ya has cruzado el puente! Tú que mancillaste la carne de tu esposa, serás devorado por nosotros en una hoguera de ansias furiosas que macerarán tu sexo muerto.

—Tú que no elevaste tu alma de artista a la consagración del Ideal, que alimentaste a los gusanos de la lujuria, verás devorado tu cerebro por las arañas de la impotencia y oirás una voz que te aconsejará el suicidio, porque tú has frustrado tu vida espiritual y tu vida ya no tiene objeto.

—¡Has cruzado el puente! Sufrirás todas las ignominias, te hundirás en la sima del crimen. Nosotros somos tus amos, las larvas de los pecados abominables, que fuimos creados por ti mismo, en tus noches de embriaguez y de bárbaras lujurias, como las de los pueblos que atrajeron el fuego celeste, como los de la Atlántida sepultada. Tú que sientes el amor inefable de la música, sólo oirás graznar al cuervo dentro de tu corazón.

«Ella», el fantasma de la princesa de Judea, suntuosamente dorada de joyas, dorada por sus cabellos magdalénicos, danzaba ante ti. Sus ojos tenían un fuego lúbrico, una llamarada como la que abrasa todo mi sér. Su boca, como una flor ponzoñosa, exhalaba una fragancia, malsana y enervadora.

—¡Mío! ¡Serás eternamente mío, en la tierra y en el infierno! Yo vivo dentro de ti: la idea de mi belleza será la única idea de tu cerebro obsesionante, cruel, homicida. Tú caerás en los abismos más espantosos por la idea clavada en tu cerebro delirante, por la idea de mi cuerpo desnudo, que realizó tus ansias salvajes y tus sueños armoniosos de artista. ¡Mío, mío en el infierno de las convulsiones y de la lujuria; en el infierno del dolor y del crimen! ¡Como una araña de pesadilla yo estaré abrazada a tu alma por los siglos de los siglos, en esta vida y en todas tus vidas!

Una densa obscuridad cayó sobre mí; una obscuridad terrible, porque yo presentía que todos los monstruos me acechaban en su fondo horrible, como el pozo del tiempo, como el pozo de la eternidad. Si los muertos sintieran algo al ser enterrados, sentirían esta indecible sensación de toda obscuridad... Con una angustia que me estrangulaba comprendía que ya no vería más la luz, viajero eterno de la sombra, sombra en la atmósfera, sombra dentro de mi alma, vagando miles de años como un girón de tinieblas en las tinieblas...

Yo no recuerdo más de esta espantosa pesadilla, que ahora lo veo claro, tenía un oculto sentido promonitorio. Cuando abrí los ojos, Carmela me contemplaba apasionada. Su boca estaba pegada a la mía, hasta la asfixia.Me dijo que hacía más de una hora que duraba aquel beso extenuante de vampiro.

Me pesaban los párpados; me latían las sienes.

—Me quiero acostar. Parece que estoy un poco enfermo.

Ella sonreía triunfal.

—¿Verdad que empiezas a quererme? ¡Has bebido mi sangre!

Esta será la última página de mi dietario. La suerte está echada definitivamente, y quiero dejar impresos todos los detalles de esta monstruosa y absurda tragedia, con la esperanza de que alguien comprenda el enigma de mi espíritu.

13 de agosto.—Mis presentimientos se han cumplido. Hacía tiempo que alentaba la tragedia en torno mío; mis presentimientos se han cumplido. Elisa ha sido la sombra funesta de mi vida.

Escribo en la cárcel. Me espanta mi crimen, y no comprendo bien cómo he llegado a este horroroso abismo.

Parezco un sonámbulo influenciado por un mandato tenebroso e irresistible, como esos pobres maniquíes de carne, juguetes de hipnotizadores sanguinarios y de las prácticas tenebrosas de la magia negra.

Es el crimen de un loco o de un embrujado. Quiero contar cómo fué.

¡Ayer, a la caída de la tarde, me encerré en mi cuarto, a obscuras. Carmela había ido al «Salón Imperial» a firmar un contrato. Me sorprendió un poco que no me obligase a ir con ella.

Encantado de quedarme solo, me senté al piano y evoqué mi «Salomé». Es un placer melancólico, dolorosamente inefable. Revive todo el pasado radiante y al par oprobioso. Amo mi «Salomé» con toda la fuerza de mi alma; tiene una fosforescente corporeidad para mis ojos, sólo para mis ojos; es como la materialización de los muertos en la cámara obscura.

Sé que no existe, pero la veo palpable, inconfundible ante mi vista, danzando con el blanco cuerpo contorcido, estremecido, abrasado por la voluptuosidad decadente y sanguinaria. ¡Y siempre es ella! La danzarina irreal tiene el rostro de Elisa; veo sus ojos profundos y azules como el mar borrascoso, su garganta florecida de rosetas por mis besos vampiros, sus pechos de alabastro, sobre los que caen las crenchas doradas, ondulantes y perfumadas.

Estos éxtasis, místicos y sensuales a la vez, me hacen perder la noción de las horas. En la casa había un silencio profundo; mi habitación no tenía más luz que el resplandor argentado de las estrellas distantes. Fuí a mi escondite y saqué la cabellera rubia, la hermosa trenza de oro, que aún conserva su aroma peculiar. Hundí mi rostro en su tibieza y lloré con el desconsuelo de los dolores irremediables.

De repente oí un rugido a mis pies y vi fosforecer en la sombra dos ojos fulgurantes y metálicos. «La Rosa del Albaicín» había llegado hasta mí como una tigresa encelada y cautelosa, arrastrándose por la alfombra.

Quise ocultar la trenza de Elisa, pero ya era inútil.

—¡Niégame ahora que quieres a otra mujer!—gritó.

Tenía una expresión trágica en el rostro, mortalmente pálido, que me dió miedo.

—¿De quién es este cabello? ¡Dime su nombre, dime quién es, para matarla!

Nunca la había visto así. Tenía el rostro lleno de arañazos; se clavaba los dedos en los ojos; sus manos, engarfiadas estaban poseídas de un epiléptico temblor y se adelantaban en la obscuridad como buscando alguien a quien estrangular. Los rubíes de sus sortijas le manchaban los dedos de fulgores de sangre. El odio y la pasión ponían una belleza escalofriante en su rostro auribronceado.

De súbito, saltó sobre mí con agilidad de pantera..

—Dame esas trenzas; quiero morderlas, escupirlas, pulverizarlas bajo mis pies. ¡Dámelas, o te mato a ti también!

Se nubló mi razón. Me parecía un sacrilegio; aquellas trenzas están santificadas para mí. ¡Eran el manto de oro de «Salomé»!

La gitana, enfurecida por mi resistencia, luchaba enconadamente. Yo defendía mi extravagante reliquia, a la desesperada. En la pelea, cayeron los muebles con estrépito. Las gentes de la calle miraban al balcón.

—¡Dámelas, para escupirlas, para pisotearlas!

Sus gritos me enfurecían. Un instante estuvo a punto de hacer suya la trenza. Entonces... ¡no sé qué idea siniestra abrió sus alas negras en mi cerebro!

No fuí yo, fué mi pobre alma, loca y embrujada, quien echo al cuello de Carmela la trenza de oro, como un dogal, y apreté, apreté, mientras la cabeza de la gitana caía hacia atrás, como una flor tronchada por el tallo.

—¡Calla, maldita, calla!

Tenía una niebla roja ante mi vista. Mis dedos, engarfiados epilépticamente, tiraban de los dos extremos de la trenza, recia y gruesa y satinada: el manto de oro de «Salomé» quedó convertido en patíbulo de la gitana por no sé qué magias tenebrosas y fatales, que me llevaban, a pesar mío, hasta el asesinato.

Cuando entraron a prenderme, ya estaba completamente tranquilo. «La Rosa del Albaicín» yacía muerta a mis pies. Enroscada a su garganta ambarina, fulgía la trenza como una culebra de oro...»

El manuscrito de Pablo Reinol fué unido al proceso. Después de su lectura, los jueces le declararon loco, y fué recluído en un manicomio en las afueras de la población.

Como su locura es mansa—apenas habla con nadie, poseído de una dulce y eterna tristeza—, goza de libertad dentro del Sanatorio, le han permitido traer

su piano, y al atardecer se oyen los acordes de «Salomé» en aquel melancólico recinto.

Pablo Reinol recibe a diario la visita espectral de la princesa de Judea, que danza ante él con su fiebre voluptuosa y su cabellera magnífica, y el rostro bello y fatal de Elisa, el ángel malo de su existencia.

LAS INQUIETUDES DE BLANCA MARIA

I

Mi madrina, la condesa de Sepúlveda, se había encerrado en su palacio, en la muerta ciudad castellana, desde la muerte de su esposo. Blanca María, la blanca y rubia doncellona, languidecía en aquel ambiente severo y conventual. Yo recuerdo aquellos años menesterosos y los grandes salones silentes del palacio, poblados de fantasmas, con un helado estremecimiento de terror...

Mi infancia fué una pesadilla de espantos inauditos. Yo era un niño pobre y huérfano, acogido a la fría protección de mi madrina, seca, rígida y sombriamente devota. Los criados me trataban zafiamente; no tenía relación con ningún pequeñuelo como yo. Acaso no jugué nunca ni conocí las risas ingenuas y alborozadas. Sólo Blanca María me hizo alguna caricia con su mano pálida y señorial, floreada de venas azules.

Eternamente resonaban las campanas de la Catedral. Era un clamor solemne y lúgubre que caía sobre mi alma con pesadumbre de losa. Todos andaban

de puntillas en el palacio. No se oía una voz. Los diálogos eran bisbiseantes y medrosos, como el rumor del Rosario, que mi madrina rezaba cotidianamente, al atardecer, con Blanca María y rodeada por toda la servidumbre. Hubo un capellán muy viejecito, con una melena plateada, que murió a poco de llegar yo al palacio. En aquellos días estaban aguardando a otro clérigo que había de venir de la Corte... Mi madrina deseaba ardientemente su llegada para no tener que cruzar la calle a oir Misa en la Catedral. En el oratorio del palacio de Sepúlveda se había celebrado cotidianamente desde hacía varios siglos. En la familia hubo varios prelados y un monje guerrero, fray Lisardo de Sepúlveda, que, según la leyenda, mató él solo más de cien sarracenos en los días de las Cruzadas. La condesa confiaba en encontrarle en el cielo cuando finase su éxodo terrenal.

II

Una mañana inverniza, en el viejo carricoche desvencijado del palacio, llegó un sacerdote, muy aburujado en su balandrán. Llovía tenazmente. El cielo plomizo extendía una monótona tristeza implacable sobre la ciudad.

Gaspar, el bisojo, el viejo criado zambo y bizco, con malignidad de bufón, descargó su equipaje. Tras de todas las vidrieras de la calle se asomaron rostros fisgones. Algunas beatas deteníanse escudriñando al forastero, soñoliento y pálido, con cara de profunda tristeza.

—¿Se ha mojado mucho, señor cura?—preguntó Gaspar.

El clérigo hizo un gesto de disgusto.

—¿Llueve siempre así en esta ciudad?

—En invierno, sí, señor. Allá cada dos meses se despeja un poco; pero vuelve en seguida con más ahinco.

Los gruesos goterones rebotaban en las amplias baldosas.

—La señora condesa se alegrará mucho de su llegada. En el palacio vivirá usted como un príncipe. Buena mesa, paga segura y las noches libres para la diversión.

El clérigo no parecía muy contento. Tendió una mirada penosa por la larga y empinada callejuela, por la mole gris de la catedral, y se entró cabizbajo por el gran portalón con el escudo nobiliario.

El padre Leonardo era alto, flaco, muy moreno, con los ojos negros y encendidos por llamaradas violentas. Tendría escasamente cuarenta años, y había en su semblante una gran fatiga o un gran desencanto. Llegaba de Madrid, donde arrastraba una existencia menesterosa, atendido exclusivamente de mezquino estipendio en un convento de monjas Concepcionistas. El padre Barbaflores, antiguo confesor de la condesa de Sepúlveda, y beneficiado de la catedral, le recomendó para la cajellanía del palacio.

Aceptó con resignación. Le horrorizaba sepultarse en el fondo de una provincia. Era un espíritu aristocrático e independiente, y le repugnaba el papel de doméstico tonsurado. Era buen latinista, notable músico y excelente matemático, y hubiera preferido dedicarse a la enseñanza. Pero no encontraba colocación, y la vida en la Corte se hacía cada vez más difícil.

No había tenido nunca vocación eclesiástica. Fué cura por la voluntad de un pariente remoto, que le costeó la carrera, y desde muy niño entró en el Se-

minario. El pariente quiso asegurarle un porvenir y le hizo desgraciado. Carácter independiente, nervioso, imaginativo, se rebelaba contra la disciplina untuosa y terrible del hostil caserón de la Cuesta de Javalquinto.

Allí conoció al padre Barbaflores, que explicaba Metafísica. Era un cura orondo, perfumado y elegante, que tenía mucho ascendiente con las damas.

El padre Leonardo sufrió muchos años de cautiverio escolar, en constante rebeldía. Amaba más la vida del siglo, los triunfos bulliciosos, la lucha y la inquietud, acaso las mujeres. En vano trabajaron sus maestros para domar su voluntad. Carecía de esas virtudes suaves de encubrimiento, de adulación y de modestia. Iba a ser un mal cura, seguramente. Además, y esto era lo más grave, el padre Leonardo tenía una poderosa inteligencia crítica, pero carecía de la inefable sencillez de la fe... Sólo creía lo que comprendía su raciocinio, y se debatía a solas furiosamente, sin llegar a penetrar el sentido racional de algunos puntos dogmáticos. Ya sabía él que era un hereje, muy digno de la hoguera, en otros siglos de más fervor; pero, al menos, tenía la virtud de no mixtificar su alma, como hacían sus condiscípulos, embutiéndose las asignaturas para aprobar y salir cuanto antes del Seminario. Todos querían ardientemente concluir la carrera, pero no precisamente para comenzar un sacerdocio.

III

La vida fué muy dura con él. Vió el hambre de cerca muchas veces, y su tremenda carátula le obligó a refrenar los impulsos de su temperamento. Cuando llegó al palacio estaba derrotado por dentro. Aceptó la capellanía como un remanso, mientras pasaba aquel turbión de mala fortuna.

La condesa le recibió con su cortesanía de gran dama, siempre rígida y orgullosa, que parecía conceder la limosna de sus palabras. El padre Leonardo comprendió en seguida que iba a ser un criado más, un fámulo eclesiástico para el servicio espiritual de la señora. Blanca María le acogió devota y amablemente. El clérigo preguntó un día por mi situación dentro de la casa.

—Es un ahijado mío, que tengo recogido por caridad.

El cura miró a la condesa con una leve sonrisa irónica. Yo bajé los ojos, húmedos de llanto. ¿Por qué una virtud tan dulce como la caridad me entristecía

siempre cuando la referían a mí? Ciertamente, yo vivía de limosna en aquella noble mansión, con mi vestido negro y humilde, tan triste como un uniforme hospiciano, comiendo en la mesa de la servidumbre y durmiendo en un camaranchón de los desvanes, donde de noche aullaba el viento como un gemido de alma en pena. Yo fuí a besar la mano de mi madrina, como me tenían enseñado, siempre que la noble señora refería que estaba en el palacio recogido por caridad.

Era una escena muy patética, que emocionaba siempre a cuantos la presenciaban.

IV

El padre Leonardo hablaba poco. Solía pasarse las horas leyendo en su habitación, y sólo venía por orden de la condesa, cuando sentía súbitas inquietudes de conciencia, o bien para presentarle a alguna persona importante de la ciudad.

Una tarde vino el señor obispo, con su gran capa morada de seda flotante, acompañado por el padre Barbaflores. Algunas viejas damas acudieron también. Se entabló una charla discreta y edificante. Blanca María perdía sus miradas en la lejanía azul, y sus ojos, cargados de sueños, parecían absortos en una quimera interior.

El obispo clamaba contra la corrupción de la ciudad. Había dado órdenes para que los clérigos no fumasen en público ni tuviesen amas más jóvenes que de cincuenta años. El obispo temía mucho la crítica mordaz de Rodolfo Lobo, el director de *El Clamor*. Había llegado a decir del señor obispo, pequeño, gordifloncillo, muy jacarandoso en el andar, siempre ter-

ciada la capa nazarena, que parecía una cupletista envuelta en un capote de paseo.

El símil era justo; pero el señor obispo odiaba al periodista, que, a su vez, le hacía chistes en público, aprovechando todas las oportunidades, y contaba todas las patrañas escabrosas entre clérigos y beatas.

—Líbrese de esa lengua de víbora, padre Leonardo, y hágale la cruz cuando le encuentre en su camino.

—Lo haré como me lo manda Su Ilustrísima.

—El padre Leonardo no sale jamás a la calle. Parece un cartujo—suspiró Blanca María.

—Me estoy leyendo en mi cuarto cuando la señora condesa no me hace el honor de llamarme. ¿Qué iba yo a hacer por ahí? No conozco a nadie en la ciudad.

—El padre Leonardo está acostumbrado a la vida de Madrid—arguyó el obispo—, y la calma provinciana le hastía seguramente. Allí los sacerdotes están demasiado sueltos. Hay algunos que salen de noche y van a los cafés y a los teatros en traje de seglar.

—Nuestros enemigos exageran un poco—dijo el cura con una irónica sonrisa.

—¡Si ese escándalo se diera en esta noble ciudad, al día siguiente les serían retiradas las licencias—gritó el prelado, con un terrible gesto inquisitorial.

El padre Barbaflores sonreía, beatífico.

—Algo sabe de su vida pasada el señor obispo—musitó al oído del padre Leonardo—. Resígnese mientras pasa el turbión de la mala suerte, y aguante marea.

Cubra las formas, sobre todo, que es lo que se pide principalmente. El escándalo es lo más grave...

—¡Pero si ahora hago una vida de ermitaño!

—Ya lo sé. Hace usted una vida de *excesivo retraimiento*. Lo dicen todas las beatas de la ciudad...

—¿Es esto también pecaminoso?

—Acaso... Búsqueme después y charlaremos. Su Ilustrísima ya se levanta. Tenemos que visitar al superior de Santo Domingo y a la marquesa de Sonsoles, una jamona guapa, que es una terrible coleccionista... Por lo que se ve, en su colección faltaba un obispo.

V

Blanca María se pasaba los días tras de la vidriera, bordando un manto de terciopelo morado, con áureas filigranas de bordadura, para la Virgen de la Caridad, venerada en la capilla del palacio.

Con tan piadosa labor iba también matando el tedio secular que pesaba sobre su opulenta juventud, que se mustiaba lentamente como un lirio heráldico.

Desde su ventana, el padre Leonardo la veía durante varias horas, en una extática contemplación. Eran dos prisioneros que sentían en el alma cómo laboraban las arañas del hastío.

Algunas veces cruzaron breves palabras en la capilla. La fragancia nupcial de Blanca María encendía aún más las violentas llamaradas de sus ojos. Ella se sentía envuelta en una atmósfera inquietante cuando estaba cerca del padre Leonardo.

Había unos instantes tremendos para el clérigo. Todos los meses tenía que recibir la confesión de la condesita. La primera vez tuvo que hacer un es-

fuerzo violento para dominar su turbación. A través de las rejas del confesionario penetraba su intenso aroma juvenil y triunfante. ¡Oh! ¡Aquella fragancia le persiguió después en sus largos insomnios, como un fetichismo satánico! Oía el susurro de su voz muy cerca de su rostro y abría los labios—protegido por la sombra—para aspirar aquella música y aquel perfume... Blanca María le revelaba ardientes intimidades entre lágrimas de arrepentimiento. Las diablesas del pecado mortal rondaban su opulenta y macerada virginidad. ¡Oh, los sueños de las noches turbulentas en su lecho solitario, sueños enchidos de visiones y de caricias extrañas y deleites misteriosos! ¡Era el diablo carnalizado que se divertía en martirizarla!

VI

Todas las noches el clérigo se acodaba sobre su ventana, desde la que veía el cuarto de la condesita de Sepúlveda. Su pensamiento penetraba en el misterioso sagrario. Un turbión de ideas torturantes exaltaba su imaginación.

Le había cobrado un extraño amor a su solitaria y monótona vida en el palacio. En aquella rígida austeridad, en aquel ambiente de silencio y melancolía, la rubia doncella detonaba como un triunfo de vida y de primavera.

Era alta y señorial. Los cabellos rubios formaban un flamígero casco de Walkyria sobre su frente helénica. La nariz borbónica daba un imperio duro al rostro. Los gruesos labios palpitantes ponían una gracia sensual sobre su tez empalidecida por las eternas penumbras de los viejos salones. Parecían besar constantemente a quiméricas formas que en el aire creaba su pensamiento. Su cuerpo opulento era un desbordamiento de sortilegios carnales. Los grandes

senos tenían un ritmo gracioso y pesado bajo su traje de crespón blanco, cerrado hasta el cuello de un rosado marfil que el collar de Venus, muy profundo, rodeaba graciosamente. Sus flancos redondos guardaban una frustrada potencia maternal.

La maravillosa estatua de carne de amor se mustiaba angustiosamente día tras día. Ningún galán osaba alzar sus ojos a la orgullosa y heráldica doncella. La madre, loca de altivez y de catolicismo, acariciaba la idea de que Blanca María profesase en las Salesas Reales de Madrid, o en las Reparadoras, tan bellas con sus blancos hábitos y el flotante manto azul. La doncella casi estaba decidida a profesar *por coquetería*... En los largos tedios del palacio se refugiaba en una religiosidad de costumbre, más que de fe y de ansias de eternidad.

Rogaba cosas confusas, lo que ella ansiaba en sus largos insomnios, en las terribles noches solitarias que acababan en violentas crisis de histeria.

VII

Una vez, Blanca María preguntó ingenuamente:

—Padre Leonardo, ¿usted cree en el diablo?

El clérigo vaciló.

—En Madrid no creía en el diablo; en el palacio, sí.

Y la contemplaba largamente, con un doloroso deseo.

—En esta noble mansión flota algo sobrenatural. Yo no le he visto jamás la cara al diablo. Aunque la superstición de mis penitentes me hablaba mucho de él... Cuando fuí capellán de las Concepcionistas, comencé a sospechar su existencia... Muchas monjas juraban que habían sentido sobre su boca sus labios fríos y viscosos.

—¡Ah! ¡Yo también los sentí, padre Leonardo!

El cura no supo contestar. El también había sentido la mordedura diablesca, muchas noches, en la celda del Seminario. Más tarde, en la vida de la ciudad, limpio de toda fantasmagoria supersticiosa, su razón analítica rechazó todos los sombríos espectros. ¡Conocía bien la catadura de aquel diablo que tentaba a la hermosa heredera de Sepúlveda!

En aquellos meses de su estancia en el palacio retornaron sus tormentos de seminarista. Comprendió que se iba enamorando, con una pasión violenta, de Blanca María. En aquel ambiente de crueles fanatismos, su amor era una verdadera locura. ¡Si se llegara a descubrir! Sería arrojado a pedradas de la ciudad; su nombre sería excomulgado; el obispo le retiraría las licencias y tendría que ir por los caminos pidiendo limosna... El padre Leonardo tenía mucho miedo a la miseria.

Sin embargo, no tenía voluntad para renunciar a aquel deseo, que se retorcía en su carne con la voluptuosidad inefable de un pecado tremendo.

¿Y por qué no sería realmente la voz del diablo aquel acento que conturbaba sus desesperados insomnios?

VIII

Se fué creando entre ellos una suave confianza.

El clérigo conocía, por la confesión, todos los secretos de su alma y todas las inquietudes de su carne blanca, luminosa y magnífica.

Supo dominar sus impulsos y encubrir su pensamiento, y Blanca María se entregaba a él como a un hermano mayor, ungido por la gracia sacerdotal.

Muchas tardes se veían en el gran salón. Blanca María bordaba junto a la vidriera. En una respetuosa actitud, se embriagaba silenciosamente en la esplendorosa belleza de la doncella. Cuando venía la vieja condesa de Sepúlveda, tras de un ligero platicar de asuntos piadosos, el clérigo se volvía a su celda.

Por primera vez en su vida, el padre Leonardo quiso aprender el arte del disimulo. Pero como sufría cuando no estaba envuelto en la fragancia de Blanca María, buscó un pretexto para justificar sus largas estancias junto a ella.

—¿Por qué no perfecciona usted la música, seño-

rita? En el divino arte hallará usted un noble consuelo.

Blanca María tocaba el piano sin arte, como casi todas sus condiscípulas del *Liceo de doncellas nobles.*

El padre era un buen músico. La condesa de Sepúlveda autorizó las lecciones, que distraerían el tedio provinciano de su hija.

Se pasaban las tardes, a solas, en un gabinetito coquetón. El clérigo interpretaba a Beethoven, a Haendel, a Mozart... Era un pretexto de aproximación a la mujer deseada.

A veces la música les embargaba con una dulce emoción. El padre Leonardo se hundía en largos silencios, comprendiendo la imposible locura de sus propósitos.

No podía renunciar a aquella pasión. Pero, ¿de qué medios valerse para conseguirla, *discretamente, sin escándalo?*—¡Oh, el terrible escándalo, del que le hablaba el padre Barbaflores!

Era el constante y exquisito tormento de la tentación. Era una locura confesarle aquel absurdo amor. La condesita de Sepúlveda se hubiera erguido con el orgullo de sus diez centurias de fanática nobleza, para mandarle arrojar a palos por sus criados.

¡Oh! ¡Aquel amor de sacrilegio no podía asomar jamás a sus labios!

Trazó un plan sinuoso, hipócrita, de captación cotidiana, de tenebrosas complicidades, como un *envol-*

vimiento, como un ofidio que se va enroscando silenciosamente.

Conocía sus tormentos nocturnos, las maceraciones de su carne, las constantes visitas del diablo en sus sueños ardientes...

Juntos leyeron libros que exaltaban las delicias de los enamorados. Blanca María se iba dejando aprehender en la velada seducción.

El clérigo trajo novelas francesas de amor y hasta algunos clásicos libros de los maestros eróticos. Blanca María sentía su imaginación inflamada por aquellos capítulos apasionados, cuyos personajes y cuyas escenas se reflejaban de noche, con una turbadora violencia, sobre el lienzo de sus sueños tumultuosos...

Así, sin una palabra de revelación de aquel sentimiento prohibido, entre ellos se iba anudando un lazo inconfesable.

Silenciosamente, sin una palabra...

IX

Por las noches venía el padre Barbaflores a jugar al ajedrez con mi madrina. A las once se retiraban las damas. Una noche el padre Barbaflores dijo al padre Leonardo:

—Véngase conmigo, que necesito de sus consejos.

Y los dos clérigos salieron despaciosamente de la casa. Era verano, y la gran plaza provinciana estaba animadísima. A su paso se volvían los rostros curiosos y alguna vez oyó murmurar:

—Es el capellán del palacio de Sepúlveda.

—Parece que soy muy conocido en la ciudad—dijo, sonriendo, el padre Leonardo.

—Demasiado tal vez...—dijo al beneficiado.

Se oía el estruendo de una charanga militar, que tocaba en medio de la plaza. Las señoritas provincianas paseaban cogidas del brazo entre bandadas tumultuosas de muchachos. Algunos clérigos departían reposadamente.

—Padre Leonardo, en la ciudad se murmura de us-

ted. Aquí las paredes son de cristal y todo se trasluce.

—¿Y qué pueden decir de mí?

—Va usted a saberlo. Aquí, desde el día siguiente de su llegada, se conocía toda su vida y milagros. Saben que fué usted seminarista díscolo, y que en Madrid hizo usted una vida poco... eclesiástica. Le cuelgan a usted la seducción de casi todas las monjas Concepcionistas... Pero eso no tiene importancia. La gente de esta ciudad mata el aburrimiento despellejando al prójimo, cosa perfectamente humana. Por otra parte, a nadie le escandaliza que un cura, que al fin y al cabo es un hombre, tenga sus caprichos. Lo que les irrita es el misterio. Padre Leonardo, la fantasía ha hecho de usted un Casanova con sotana.

Y continuó, sin dejar responder al padre Leonardo:

—De todos los demás, hablan, claro está. Es cosa pública que yo visito todas las tardes a doña Angustias, la viuda del registrador. Es un conocimiento antiguo y desinteresado, créalo usted. De nuestro puritano obispo se han dicho en la Prensa cosas atroces con la marquesa de Sonsoles. La gente se divierte así. Si le hubiesen a usted visto entrar en casa de *Paca, la Verdugo*, se habría armado un caramillo de un par de días y nada más. Y de todos modos no podrían decir que era usted el único clérigo que visitaba tan poco edificante lugar.

—¡Me sorprende usted profundamente!

—Vivimos en un ambiente gazmoño; pero, en el

fondo, de una gran desvergüenza. El asunto de usted tiene, en realidad, muy poca importancia; pero la gente le ha dado unas proporciones tremendas. Y lo que yo temo es que el rumor llegue a oídos de la condesa, que es una señora de cartón piedra, y se quede usted en la calle, muerto de hambre y sin licencias para decir misa.

—¿Pero qué es lo que dicen, en resumen?

—¿Quiere usted que le halague los oídos? Pues dicen que está usted *complicado* con Blanca María.

—¡Pero es una calumnia, reverendo padre!

—¡Peor para usted si no es verdad! Hasta ahora, Blanca María era la *única virtud* de la ciudad. Comprenda usted con qué satisfacción la hincarán el diente...

El padre Leonardo no sabía qué hacer ni comprendía cómo la maledicencia había penetrado su pensamiento. Lo más discreto era marcharse de la ciudad. Acaso en Madrid la suerte le fuera menos adversa que antes. Pero, ¿tendría bastante fuerza de voluntad para separarse de Blanca María?

X

Y ya entre ellos flotaba siempre la *sombra de lo que se decía...*

Como las damas no salían jamás del palacio, no había llegado a ellas la maledicencia; pero era fácil que algún criado lo oyese y tuviera la malignidad de repetirlo. Sobre todos, aquel *Bisojo*, tan horriblemente grotesco, le miraba siempre con una malicia rencorosa...

La aparición de Blanca María le hizo olvidar sus inquietudes. ¡Oh! ¡Por qué no dirían la verdad los murmuradores!

Abrieron un libro, y, con una sonrisa de chiquilla traviesa, se puso a escuchar. Era su delito, su pequeña complicidad. De aquello no debía enterarse nunca la condesa. ¡Qué cosas terribles diría, si supiera que ella leía un libro profano!

El clérigo leía en voz baja. La cabeza dorada de

Blanca María inclinábase sobre las páginas. El sentía el calor perfumado de su rostro. Sus manos se rozaron, al azar; después, como al desgaire, juntó la suya a la de Blanca María y acabó por oprimirla dulcemente durante un largo espacio. Era el triunfo en la primera batalla, la que abría camino a más hondas intimidades.

Una tarde, casi al crepúsculo, hablaban junto al vitral. Una suntuosa y sangrienta puesta de sol encendía todas las vidrieras de la ciudad. El clérigo, inclinado sobre sus ojos, veía las luces magas del poniente en sus pupilas acariciadoras. Estaban muy juntos. Sus piernas estrechaban los flancos opulentos de la condesita. Una mano se deslizó tímida por su cintura...

Muy discretamente, sin una palabra... Ya durante las lecturas sus manos se mantenían nerviosamente enlazadas. Aprovechaba todas las ocasiones de la caricia furtiva y disimulada. Ella se dejaba acariciar, con un desmayo voluptuoso, como no dándose cuenta de lo que sucedía.

El padre Leonardo le hablaba siempre dulce y respetuosamente. Ni una alusión, ni una palabra esclarecedora. Era un pacto en la sombra.

Al principio, el clérigo maniobraba con timidez. Los ojos entornados y ardientes de la condesita le miraban con fuego interior... Cada mañana eran más violados los cercos de sus ojos.

Se buscaban en todos los momentos para trenzar

las caricias mudas, disimuladas. Ella languidecía sin un movimiento, sin un suspiro...

Transcurrió una semana de exquisitos deleites furtivos. Cuando llegó la época de la confesión, la doncella lo fué aplazando, aplazando...

XI

Una tarde la condesa de Sepúlveda salió en coche con el obispo y con el padre Barbaflores, a una función de iglesia en el convento de los Carmelitas. Era una gran solemnidad. Blanca María se quedó enferma en el palacio.

El padre Leonardo no la había visto en todo el día. Recorría a grandes trancos los vetustos salones, presa de una agitación insoportable. No se atrevía a entrar en la alcoba de la condesita de Sepúlveda. Preguntó a una de las doncellas.

—La señorita no se encuentra bien. No piensa salir de sus habitaciones.

El clérigo sentía la tristeza de esas citas a las que por primera vez no acude uno de los amantes... Pensó un momento que huía de él, que su alma virgen y orgullosa había reaccionado contra aquellos tortuosos y sacrílegos escarceos. ¿Qué hacer? Sigilosamente, se fué acercando hacia el gabinete de Blanca María. Aplicó el oído. Oyó el crugido de sus ves-

tidos y después el ruido de un libro al pasar las hojas.

—No está acostada. Lo de la enfermedad ha sido un pretexto para no verme.

Y sintió una honda amargura. Tenía algo de cariño de novia aquel amor tardío e inconfesable. Sus ojos se llenaban de lágrimas y una furiosa desesperación le atarazaba el pecho.

De repente se abrió la puerta y apareció Blanca María, que exhaló un pequeño grito de sorpresa.

—¡Ah! ¡Estaba usted aquí, padre Leonardo!

Le miró a los ojos. Vió las lágrimas correr por sus mejillas y bajó la cara, fingiendo buscar la señal de su libro.

—¿No quiere usted verme ya?—exclamó el clérigo con la voz cortada en sollozos—.Perdóneme, señorita; me iré del palacio. Yo sólo he cometido el pecado de poner toda mi alma en un sueño irrealizable.

Ella replicó vivamente:

—Calle usted. Se lo mando—y tenía un magnífico gesto señorial—. Hay cosas que no deben salir de los labios, aunque se piensen y aunque se realicen...

Después fué a reclinarse sobre una meridiana. El cura tomó su mano, que ella le abandonó dulcemente, y besó con devoción las puntas de los dedos. La lacería carnal volvía a aprisionarles con sus tentáculos irresistibles. El brazo blanco y divino, de albura luminosa, emergía entre los encajes. El padre

Leonardo besó aquella carne sedeña y perfumada con un largo beso voraz.

Blanca María parecía muy lejos, muy lejos... Se dejaba acariciar con el alma ausente... El clérigo, casi de rodillas, hundía las manos entre la espesura de sus cabellos; las deslizaba después hasta el cuello ambarino. Un momento de olvido, de toda conveniencia, rompió aquel éxtasis sensual, y, como un penacho de fuego, algo se alzó victorioso en su ser y besó los labios de Blanca María. ¡Oh! ¡Por aquel instante él daba con gusto la vida y la salvación eterna, si es que existía! Era el primer beso verdadero de aquella alma atormentada y sedienta de todos los placeres. Sus cuerpos se destrenzaron después de un divino momento de embriaguez.

Blanca María, con el rostro muy encendido, veía entre sus lágrimas el rostro pálido y los ojos llameantes del padre Leonardo con un espanto ingenuo, como una colegiala contempla la efigie grotesca del diablo en un libro de cuentos infantiles.

XII

Yo le había tomado cariño al padre Leonardo. Él me defendía, a veces, de las zafias bufonadas de la servidumbre, me daba bombones y me dejaba leer unas novelas de capa y espada que exaltaban alegremente mi fantasía.

Las bellas manos de Blanca María fueron en mis espantos inauditos y en mis melancolías la caricia suave de una hermana mayor.

Por eso aquella noche yo sentí un asombro de hielo y el presentimiento de alguna desgracia.

A veces había visto a Gaspar, el *Bisojo*, espiando detrás de las puertas, a la hora de la lección de música. En la sombra de los grandes salones se me apareció, sin ruido, su catadura grotesca, helándome la voz de terror.

También le vi conversar con mi madrina, en voz muy queda.

—En toda la ciudad se murmura, y yo, por la ley que le tengo a la casa y a la señora condesa...

Mi madrina humillaba la cabeza con gran pesadumbre.

—¡Me parece un mal sueño! Acaso sea la mala intención de la canalla.

Gaspar rió con su enorme boca desdentada.

—¡Ay; no! ¡La señora me perdonará que con todo respeto yo la diga lo que vieron mis ojos!...

Al advertir mi presencia, el diálogo se hizo borroso e ininteligible.

Aquella noche, cruzaba la galería de cristales que caía sobre el jardín. Era muy de madrugada. Un insomnio preñado de alucinaciones me echó de mi chiribitil, y me asomé a la galería a gozar de la tibieza vernal y de la paz fragante de las rondas.

Creí oir crujir la arena de las avenidas. Sí. Una sombra avanzaba sigilosa, y al llegar a la ventana de Blanca María, saltó decidida al interior.

No pude contener un grito de asombro. Entonces una mano enorme me tapó la boca. El fámulo apareció tras de mí, fosforescentes sus ojillos grises, como los de un felino.

—Tú también le has visto, muchacho. Mejor. Ya lo dirás cuando te lo pregunten cualquier día.

Sí. Yo le había visto y le había reconocido. Pensé en avisarle del riesgo; pero un miedo absurdo, esa flaqueza de los pobres de espíritu, amordazó mi voluntad.

Al día siguiente debió de ocurrir algún grave suceso en el palacio. Yo no pude saber nada, porque

una fiebre tenaz me ató al camastro de mi bohardilla durante algunas semanas.

Cuando me levanté, con el deleitoso renacer de la convalecencia, olvidé los episodios de aquella noche.

No volví a ver al padre Leonardo. Una noche, en la cocina, durante la cena, la vieja nodriza Asunción decía que le tenía recogido de caridad el beneficiado Barbaflores, mientras gestionaba su acomodo en la Corte. Y hablaban con bisbiseos de misterio.

XIII

Yo, pobre niño pálido y enlutado, sentía el dolor humillante de la pobreza; y mis ojos, muy abiertos a la desgracia, veían en la sombra de las grandes cámaras lo que nadie veía más que yo.

—Este niño está hechizado!—exclamaba, con su voz fantasmal, mi anciana madrina la condesa de Sepúlveda.

Era una dama alta y solemne, envuelta en el terciopelo severo de un ropón de viuda. Andaba sin ruido, como una aparición, y sus manos de marfil antiguo lucían extrañas sortijas con esmeraldas, inquietantes como los ojos vivos de un gato. Tenían poder de amuleto, y la condesa, que era muy supersticiosa, no se las quitaba nunca de sus dedos largos y amarillos de difunta.

Yo vivía siempre aterrorizado en el enorme palacio solitario, donde los muebles tenían de noche largos crujidos y había espejos antiguos en cuyo cris-

tal amarillento veía rostros de niebla, horriblemente burlones como las gárgolas de la Catedral.

Todo era sereno recogimiento, austeridad y superstición en la noble casa de Sepúlveda, cargada de nobleza y roída de melancolía, cual si una araña invisible tejiera su telar sobre aquellos salones seculares. Aquel salón de retratos me inspiraba un terror religioso. Allí había guerreros y monjes, damas muy blancas, con los párpados como pétalos de rosa, vestidas con trajes solemnes y terribles; caballeros de erguidos mostachos y ojos de fascinación.

Yo estoy seguro de que alguien hablaba de noche en el solitario salón de la iconografía familiar.

Mi madrina, seca y sobria de palabras, muy altiva de sus diez siglos de nobleza, nunca me dijo una frase de cariño, ni tampoco a Blanca María, noble virgen vetusta que se extinguía como la llama de un cirio en una atormentada doncellez.

Blanca María iba a entrar en los treinta años y tenía los ojos llameantes, hundidos en las ojeras, moradas como dos lirios. Eran las dulces maceraciones de las diablesas del pecado mortal, que la poseían durante la noche como a mí las venerables sombras de los retratos que cruzaban en cohorte de alucinación por las tinieblas de mi alcoba.

Rara era la noche que yo no rompía el silencio del palacio con alarido de terror.

¡Oh, aquel silencio de la alta noche, que parecía tener un peso de siglos!

Se despertaban las criadas maldiciendo. Sólo Asunción, vieja nodriza de Blanca María, se sentaba a mi cabecera hasta que me volvía a dormir...

—¡Este niño está embrujado!—exclamaba solemnemente mi madrina con su voz que parecía sonar muy lejos.

También Blanca María gritaba muchas veces. Cuando acudían sus doncellas, la hallaban retorciéndose como una poseída, con los ojos estrábicos, las piernas retorcidas y los brazos en cruz, como dicen que yacían las monjas endemoniadas en aquel tiempo en que un diablo galante recorría los conventos para torturar a las místicas corderas...

Yo creo que en el palacio ocurrían cosas sobrenaturales durante la noche. Tobías, el viejo criado, zambo y maligno como un bufón, sonreía extrañamente mientras Blanca María crepitaba y retorcíase, en la posesión satánica, como un sarmiento entre las llamas.

Y por Tobías supo mi madrina, la implacable condesa de Sepúlveda, que un hombre saltaba algunas noches, desde el viejo jardín, todo blanco de acacias, a la cámara virginal de Blanca María. Yo nunca me hubiese atrevido a revelarlo.

XIV

Aunque viviese cien años no podría olvidar aquella noche terrible.

Era sábado, y las campanas de la Catedral habían cantado el alegre carillón de las Vísperas.

Al anochecer llegó una vieja vestida de negro. Entró en el cuarto de Blanca María. La condesa de Sepúlveda ordenó a los criados que con ningún pretexto salieran en toda la velada de las cámaras interiores.

A las nueve vinieron otras dos viejas, también enlutadas. Juntáronse, y todas hablaban en voz baja, con largos bisbiseos, con ese rumor húmedo y tembloroso que yo oía cuando rezaban el Rosario, alargándose, como un crujir de sedas, por las naves de la Catedral.

—¡Ay, Jesús!

Sollozaba de vez en vez la voz fantasmal de mi madrina. Gaspar, el maligno y patizambo doméstico, era el único exceptuado, como criado de confianza.

Fumaba su pipa silenciosamente, y en sus ojillos verdes de felino había un brillo de perversidad satisfecha.

Nunca tuve más miedo que aquella noche. Sólo había luces en la alcoba de la condesita de Sepúlveda; el resto del palacio parecía hundido en una obscuridad de sepulcro, en un silencio de ciudad deshabitada.

Yo me sentía olvidado por todos en el seno de aquella noche henchida de presagios, en los salones solemnes y vacíos donde se oía el aletazo glacial de la tragedia.

—¿Tienes miedo, muchacho?—me preguntó Gaspar—. Más pasarías solo, por los caminos, como van muchos huérfanos como tú.

El viejo monstruo me aborrecía con un odio de can.

—Eres muy señorito para vivir de limosna.

Y se reía malignamente.

Yo huí de su lado, y, deslizándome tras de los cortinones, me puse a escuchar lo que pasaba en la estancia de Blanca María.

—Cuando usted mande, señora condesa, podemos empezar.

La voz de mi madrina temblaba al responder.

—Y ¿usted me asegura que no hay peligro?

La vieja soltó una risa seca, como un chocar de tabletas, como suenan las carracas en la tarde de tinieblas en la Semana de Pasión.

—¡Así, Dios me salve! Llevo más de treinta años

y aún no he tenido una desgracia. ¡Es que mi santo patrón protege mis manos y la pureza de mis intenciones! Muchas nobles señoras pueden llevar la frente muy alta, gracias a esta humilde servidora. En la ciudad dicen que soy bruja y la Justicia se mete en mi propia casa. ¡Que digan, que digan! Yo me siento muy honrada con que la señora condesa de Sepúlveda haya acudido a mí, pobre gusano de la tierra.

—Y ¿usa usted una sonda, buena mujer?

—Con ayuda de unas oraciones que tienen mucha virtud... y la buena maña que es gracia de Dios, ha de bastarme.

La voz me sonó como un crujido en el cerebro, que comprendía confusamente. Alzando un poco el cortinón de damasco negro, contemplé la zurda silueta retorcida de la vieja, que extendía sus manos largas, esqueléticas como dos reptiles repugnantes y blanquecinos, mientras sonreía con un orgullo macabro. En su lecho cándido de virgen estaba Blanca María, muy pálida, con los ojos abiertos, en un éxtasis de terror.

Oía su silencio, Dios sabe con qué desgarramientos en las entrañas, las palabras de abominación.

—¡Bien sabe el buen Jesús cómo me pesa!—musitó mi madrina—. Voy a encender la lamparilla del bendito San Lisardo de Sepúlveda, nuestro glorioso ascendiente que murió en tierras de turcos en el siglo XIV. Yo sé que aprueba mi decisión, él, que

vertió su preciosa sangre por la gloria de Dios y la limpieza de nuestro nombre.

El monje guerrero Lisardo de Sepúlveda era el retrato que más me aterrorizaba, con su rostro flaco y amarillo y sus ojos hundidos, donde brillaba el iris azulado con un medroso fulgor de fuego fatuo. Habían traído la medrosa efigie a la alcoba de la prócer doncellona.

—Con razón teme la señora—arguyó otra voz de vieja—que Mariana, *la Cereza,* se nos fué en un decir Jesús...

—Y la Juana, la lavandera de las monjas, que le entró una fiebre maligna. ¡Ay, Señor, que no somos nada!

—¡Porque no las asistí yo!—clamó fieramente la comadre.

—¡Basta!

Mi madrina se hincó de hinojos sobre su reclinatorio de ébano tallado y ordenó con imperio:

—¡Rezad, mujeres!

Se alzó un coro ganguente, que se rompía en sollozos y a intervalos alargaba el bisbiseo de los jesuses o ronroneaba al final de los dieces del rosario.

Blanca María parecía una difunta. Era una yacente estatua de alabastro, como las que yo había visto en los templos, sobre los sepulcros de las nobles damas de la Casa de Sepúlveda.

La arpía estaba junto a ella, en el claroscuro de la alcoba con su perfil de estriga y sus manos largas, ama-

rillentas y esqueléticas, que avanzaban sobre las holandas del lecho como dos enormes arañas de pesadilla.

Después...

Tenía yo doce años y sentía una inefable turbación cuando me envolvía la fuerte fragancia nupcial de Blanca María. ¿Por qué hüí aquella noche, al ver ante mis ojos, como un deslumbramiento, la rubia carnación luminosa de la condesita de Sepúlveda?

Tenía tanto miedo como si se me hubiese aparecido el Gran Cornudo en el salón de retratos familiares. Apoyé la frente febril sobre un cristal y miré sin ver las gárgolas grotescas. Tal vez mi madrina tuviera razón para decir que yo estaba embrujado, porque las tarascas y los gnomos, los monstruos fabulosos y los perfiles milenarios que estaban esculpidos en el frontón del templo tomaron de súbito una vida incomprensible y escalofriante y comenzaron a danzar ante mis ojos.

Me parecía que todas aquellas larvas de horrendos pecados giraban en torno al lecho de Blanca María, como si brotasen de los labios cárdenos de las tres viejas enlutadas, como algunos endemoniados que arrojaban sapos por la boca en la hora de los exorcismos.

Todo esto lo veía muy diáfano, porque yo siempre he visto lo que nadie ve.

Cayeron las horas del reloj de la catedral como lágrimas de bronce en el infinito abismo de la sombra.

Sonaba la voz de mi madrina detrás de los espesos cortinajes.

—¡Pobre Blanca María! Duerme. ¡Y el sacrílego, el aventurero, hijo de una perra, tan ufano de su hazaña! A veces estamos locas las mujeres.

Una voz ganguente musitó:

—¿Está contenta la señora condesa de Sepúlveda?

Mi madrina exhaló un hondo suspiro.

—He cumplido con mi deber. ¡El preclaro nombre de la casa de Sepúlveda está limpio de toda sombra de baldón! ¡Que el Señor sea loado!

XV

Ocho días después yo caminaba sollozando detrás de los restos mortales de Blanca María. Una fiebre terrible y misteriosa se la llevó. Estaba divinamente pálida, con una belleza de aparición; yo estuve mucho tiempo enamorado de aquella muerta.

Llovía mucho, como si el cielo llorase una pena de siglos, y las gotas caían sobre el ataúd de Blanca María, que, como murió doncella, era todo blanco y llevaba la palma simbólica.

No volví al palacio de Sepúlveda. Me inspiraba un miedo supersticioso, y hubiera visto en sus grandes salones lo que acaso nadie vería más que yo.

XVI

Así Dios me ilumine como yo no quería volver al palacio. Fuí por los caminos comiendo el pan de la caridad, que era negro y escaso; dormí de limosna bajo los cobertizos de los mesones, y mis pies sangraban por los guijarros del sendero.

A veces me echaba cara a la luna y soñaba con cosas maravillosamente inverosímiles, con la oreja pegada a la tierra, escuchando el ruido de la ciudad distante, como el son remoto del mar...

Vivía como un árbol, como una piedra, como un chorro de agua, libre y alegre bajo el misterio inefable del azul.

El pasado me parecía una pesadilla; diríase que, por una alucinación, el pasado se me representaba con el rostro flaco y amarillo del monje guerrero Lisardo de Sepúlveda, visión inquisitorial y bárbara, alzando un lamentable Cristo de palo junto a una hoguera del Santo Oficio, y el porvenir era aquel horizonte de cristal, puro y dorado todas las mañanas.

Pero un día dos hombres que venían a caballo, con escopetas, me aprehendieron cuando reposaba y miraba a las estrellas, rendido en las gradas de un humilladero.

Eran dos guardas de mi madrina, que me condujeron entre sus cabalgaduras, como a un ladrón.

Yo entré llorando por la gran portalada plateresca, donde el viejo Gaspar miraba el negro rosario de beatas que salían de la novena...

Mi madrina estaba pálida y enflaquecida. Era un espectro, cuyos ojos fosforescían como dos llamaradas satánicas. Tuve mucho miedo y caí de rodillas, besando la orla de su negro ropón de terciopelo.

—¡Perdón! Yo huí del palacio porque una voz me lo mandaba. ¡Era una voz irresistible y la oía dentro de mí! ¡Perdón, perdón!

Me miraba fríamente; tenía un aspecto de estatua fatídica, como si fuese la alegoría de lo Irremediable.

—Siempre fuiste un niño alucinado. Esta noche dormirás aquí; mañana te irás otra vez a hacer vida de vagabundo.

Rompí a llorar, como barruntando una nueva emboscada de lo misterioso. Oí las campanas de la catedral, y un aliento de vidas irreales me rozaba la frente como si todos los fantasmas del salón de retratos anduvieran en ronda junto a mí para darme la bienvenida.

Otra vez un terror extrahumano me envolvió como el ala de un negro pájaro de alucinación.

¿Por qué quería la condesa de Sepúlveda que yo pasase aquella noche en el palacio?

Recorrí con paso de fantasma la galería de cristales y entré en el cuarto mortuorio de Blanca María. Un olor religioso se conservaba, como la noche que murió la noble doncella. Olía a la cera de los hachones y a rosas de té. Me daba miedo mirar la luna de su espejo, como si temiera verla aparecer, toda blanca y desgarrada por las manos de las viejas, como arañas monstruosas.

Su lecho estaba intacto. De una percha colgaban algunos vestidos. ¡Con qué extraño arrobamiento hundí la cara en aquellas ropas, que conservaban su intenso perfume peculiar! Y lloré largamente, bebiéndome aquella fragancia nupcial de Blanca María, aroma de su carne pomposa, atormentada por todas las mordeduras del pecado, que ya era una hirviente gusanera en el soberbio panteón de los condes de Sepúlveda.

Era cerca de média noche cuando el *Bisojo* me llevó de la mano al salón de los viejos retratos tutelares.

Dos candelabros de bronce, donde ardían bujías aromáticas, esparcían un claror amarillento. Las llamas se retorcían como fantásticos reptiles de oro.

Junto a mi madrina había un viejo de blancas barbas de profeta, envuelto en un alquicel.

Cerca de ellos, otro moro más joven, también bar-

budo y ciego. Sus ojos eran como dos llagas renegridas en el fondo de dos cavernas. Yo los había visto pordiosear por los caminos. Eran dos moros mendigos y costrosos, que curaban con hierbas desconocidas, que traían en un zurrón, y predecían lo porvenir.

—¿Es este el niño?—preguntó el viejo—. Tiene unos bellos ojos que ven a los espíritus. Es un don precioso y espantable. Mejor, señora; será un instrumento magnífico.

Mi madrina contemplaba en éxtasis a los guerreros, a los mitrados y a las santas y blancas mujeres que estaban en sus suntuosos marcos como en el sagrado de una hornacina.

—¡Dios me perdone, que ya sé que condenó mi alma haciendo pactos con brujos y conjurando los poderes sobrenaturales! ¡Vosotros, que sabéis mi intención, me compadeceréis y rogaréis por mí!

En media de la estancia había una cubeta llena de agua, con limaduras de hierro y vidrio machacado. Unas botellas convergentes, como radios, se alineaban en el fondo de la cubeta. Del borde salían unas varillas imantadas, que todos asimos cuando nos lo ordenó el brujo ciego.

—¿Tú recuerdas al hombre que viste saltar por la ventana de Blanca María?

Temblando, respondí:

—Sí, madrina.

Recordé aquella noche en que cruzaba un corredor sobre el jardín, azuzado por Gaspar. Y también se

me apareció el brillo de feroz malignidad que había en los ojos del monstruo. Toda la tragedia que pesaba sobre el palacio era obra suya.

—Búscale, niño, búscale—exclamó el hechicero—. Mira fijamente al fondo del agua.

Nada veía. La luz de las bujías llenaba el fondo negro de áureos puntitos temblorosos. En seguida el agua se tornó de un color plomizo y me pareció ver una calle larga y tortuosa.

—¡Veo!—exclamé—. Sí. Es la calle de la Fuente Vieja.

Un largo estremecimiento, como un latigazo de hielo, me corrió por la espalda.

—¡Sigue por esa calle, niño! ¿En dónde estás ahora?

—En la plaza. Bajo los soportales. Hay una puerta iluminada... Pero, ¿qué es esto? ¡Ahí está, ahí está!

En el fondo de la cubeta diabólica temblaba un rostro pálido y conocido... Parecía que me encontraba envuelto en una rara atmósfera plateada. Me creía lejos del salón de los retratos, en un paraje desconocido, y oía las voces de los brujos y de mi madrina como sonando muy distantes.

—¿Le ves bien?

—¡Oh, muy bien! Está hablando con varios hombres. Ahora se despide. Quieren retenerle. ¿Eh? Abre la puerta. Una ráfaga de aire le azota la cara...

El ciego me puso un puñal en la mano.

—¡Mátale, niño!

Yo exhalé un alarido y mis dientes castañetearon. Sonó la voz del brujo, metálica, tremenda, irresistible.

—¡Mátale! ¡Mátale!

No pude resistir al sortilegio de aquella voz. Hundí tres veces la hoja en el pecho de aquella contrafigura enlutada, bajo cuyos labios voraces se estremeció de amor la difunta condesita de Sepúlveda.

La hoja damasquinada chocó contra las botellas diabólicas de la cubeta, con un chasquido que me crispó.

El horror de aquella tremenda liturgia me privó de sentido, y caí en un denso letargo, en cuyo fondo veía todas las nobles figuras de los retratos como monstruos fabulosos que atarazaban el cuerpo seco y el alma supersticiosa de mi madrina, la alucinada y noble condesa de Sepúlveda.

No pregunté nunca si el designio del embrujamiento se cumplió...

Mi madrina jamás me habló de aquella noche terrible; rezaba y lloraba silenciosamente e iba por la casa como un fantasma por los paisajes quiméricos de una pesadilla.

XVII

No. No quise saber nunca si el designio de la horrenda liturgia se cumplió.

Me vigilaban estrechamente para que no volviese a escaparme del palacio.

Pero aquella misma noche..., como entre sueños, oí el lúgubre doblar de las campanas de la catedral y la voz del pregón que invitaba a la ciudad a que rezase un Padrenuestro por alguien que acababa de expirar. Siempre que alguna persona moría, desde la torre más alta clamaba el vocero funeral con el lúgubre anuncio y el nombre de aquel que se había ido... Siempre había oído con espanto aquella siniestra salmodia; pero aquella noche sentí una punzante angustia y rompí a sollozar sin saber por qué.

* * *

Desde el siguiente día, en la capilla de Nuestra Señora de la Caridad de la románica catedral se dice cotidianamente una misa rezada por el alma

del padre Leonardo, capellán que fué de la condesa de Sepúlveda, por la piedad y con el estipendio de la noble y cristianísima señora, espejo de limpia nobleza y de ejemplar devoción.

LA CONVERSION DE FLORESTAN

I

Luis Florestán era un personaje contradictorio. Amaba a las mujeres con un ciego desbordamiento y tenía siempre el alma estremecida por los enigmas de ultratumba. De nacer en otros siglos, hubiera sido un fraile poseído, de los que hablan las historias edificantes. Ahora sólo era un novelista, que, antes de escribirlas, vivía sus novelas.

Tenía más de treinta años, pero sus pasiones estallaban con violencia de adolescente, siempre con un fondo de romanticismo. Acaso era un enfermo de la imaginación. Cada mujer nueva, le inspiraba un folletín apasionado. Era el estudiante Lisardo, el Don Juan, el Casanova de la fantasía. Cuando llegaba a poseerlas, sentía la primera noche como un cansancio antiguo, porque con su imaginación ya había gozado de los episodios más amables. Entonces recobraba su seriedad y volvía a las especulaciones filosóficas de un orden suprasensible, hasta que otra mujer desconocida se ponía en su camino.

Tenía un amigo predilecto, Perulia, gordiflón, colorado y materialista. Perulia no estaba seguro de la supervivencia del alma, pero conocía muy bien los lugares donde expenden el jamón más curado, los más áureos cochinillos, las mejores empanadas de salmón. Florestán amaba a Perulia por la teoría mágica de la analogía de los contrarios. Por las noches, después de salir del café, paseaban un ratito; dejaba a Perulia en su casa y Florestán seguía vagando hasta que asomaba el lívido claror del amanecer.

Todas las noches pasaba por la calle de la Cruz Verde, solitaria y en sombras. Una vez oyó un piano que resonaba limpio y dulce en el silencio de la hora.

Era una sonata de Mozart.

—Toca muy bien. ¿Quién será? Una mujer, seguramente.

Cuando cesó la música, Florestán siguió su camino, ya preocupado por la misteriosa pianista. Sería una pálida adolescente, con los ojos febriles y las manos de sagrada organista, pálidas y largas como las mágicas manos musicales de Santa Cecilia. ¡Sería muy agradable hacer la escena del balcón de Verona en aquella calle solitaria! Cierto que era un Romeo un poco obeso; pero, desde las sombras, él sabría hablar con la poética ternura y con la emoción de Cyrano. Ella le llegaría a amar seguramente, y una noche huirían juntos del padre tirano que se

oponía a su amor. Visitarían París, Venecia, Londres. Serían como dos príncipes misteriosos que pasean por el mundo su idilio magnífico. Correrían muchas aventuras, hasta que una noche, en el Bósforo...

Un reloj de iglesia resonó sus solemnes campanadas e interrumpió el nuevo folletín de Luis Florestán.

Estaba cansado, y se durmió pensando en la incógnita belleza de la calle de la Cruz Verde.

Al otro día pasó por la casa, muy vieja, con la puerta de la calle cerrada y asimismo las maderas de los balcones, como si nadie la habitase. Tenía un solo piso, y entre los hierros desmayaba una palma seca y amarilla, triste reliquia de un remoto Domingo de Ramos.

—¡Es extraño! ¡Parece que aquí no vive nadie! Y, sin embargo, aquí mismo sonaba anoche la música...

Y se fué en busca de Perulia.

—Vengo a contarte una cosa extraordinaria. Una casa deshabitada, donde por las noches hay un espíritu que toca sonatas de Mozart. Yo lo he oído.

Perulia sonrió.

—Iremos a oirle esta noche.

Perulia era el contrapeso de la vulgaridad en las fantasías galantes o maravillosas de Florestán.

Y fueron, efectivamente. El claro de luna teñía

de un azul fantasmagórico las fachadas; el ambiente era diáfano.

—Las noches de luna me han hecho siempre pensar en las almas de los que se han ido. Así deben ser los fantasmas, de este color azulenco y fosfórico. Parece que el aire está poblado de formas astrales que le dan esta transparencia luminosa. Se ha discutido mucho si la luna estaría habitada. Indudablemente, querido Perulia. La luna es una enorme calavera que está habitada por los muertos.

Perulia sonreía, con las manos gordezuelas cruzadas beatíficamente sobre la panza.

—Claro es que sólo lo que podríamos llamar la aristocracia de los que se fueron. Son los Campos Elíseos donde vagan las sombras de Dante, de Leonardo, de Hugo, de Verlaine. Los muertos vulgares se quedan en el fondo negro del séptimo plano, en compañía de monstruos insospechados. Tú, querido Perulia, te quedarás ahí. Te advierto que hay tortugas de varios metros de ancho y larvas horribles —las que inspiran a los escultores góticos—que atormentan a los grandes espíritus ramplones que aún se creen vivos y en disposición de ir a jugar su acostumbrada partidita de tute habanero...

—Bueno, querido Florestán; pero mientras me llega esa desgracia, ¿quieres decirme dónde está esa casa donde los espíritus tocan el piano?

Como respondiendo a un conjuro, sobre el silencio de la calle fluyeron las notas claras, dulces, cris-

talinas, de un piano. Esta noche tocaban *La muerte de Ase,* del melancólico Grieg.

Cuando cesó el encanto de la música, Florestán exclamó, triunfador:

—Y ahora, ¿te convences?

—Sí. Me convenzo de que han tocado el piano; pero, ¿por qué ha de ser un espíritu?

—¿No ves que la casa está deshabitada?

—¿Estás seguro?

—La he visto yo de día. El portón y los balcones están herméticamente cerrados.

—Es un poco raro, efectivamente. ¿Te parece que preguntemos al vigilante nocturno?

Florestán protestó, escandalizado.

—El seguramente descifrará el enigma.

—¡Eres un galápago, Perulia!

—Me gustan poco los folletines en la vida real. ¿Por qué empeñarse en ver siempre cosas sobrenaturales? Analicemos antes detenidamente. Para algo tenemos el raciocinio. Ahí llega nuestro hombre. Interrógale.

Florestán obedeció.

—¿Quiere usted decirnos cómo se llama esa señorita que vive en esta casa?—y le puso unas monedas en la mano.

El sereno, tras de guardarse concienzudamente el dinero, miró a los dos amigos y puso la cara de perfecta estupidez que distingue a tan respetable institución autoritaria.

—No sé por quién me pregunta usted.

—Sí, hombre, recuerde bien. Esa señorita que tocaba el piano hace un momento.

—Yo no he oído a nadie tocar ningún instrumento. Y me choca la pregunta de ustedes, porque...

—Siga usted...

—Porque... en esa casa ya hace muchos años que no vive nadie.

Florestán resplandecía de satisfacción. Perulia estaba perplejo.

—Pero si lo acabamos de escuchar ahora mismo...

—Pues mire usted si sabré yo que aquí no hay ningún vecino. Está desalquilada hace muchos años, y sólo vive en ella la portera, muy vieja, que las tardes que hace sol se asoma a la ventana de la bohardilla. De un día a otro empezarán a derribarla, y entonces no sé dónde irá la pobre mujer con sus años y sin tener a nadie en el mundo. Al hospital, si hay cama y si la quieren admitir...

—Y ¿quién es el dueño de ese caserón?

—¡Vaya usted a saber! En el barrio dicen que era un señor que se fué a América y no ha vuelto a aparecer. Creo que era un extranjero.

Y el buen hombre se fué lentamente en busca de alguna taberna para festejar la generosidad de los dos amigos.

Apenas hubo doblado la esquina, sonó de nuevo dulcemente la voz del piano. Chopin rimaba su me-

lancolía otoñal con el claro de luna y con el alma misteriosa de la noche.

El incrédulo Perulia estaba seriamente intrigado.

—Verdaderamente, aquí hay misterio.

Súbitamente se apagó la melodía y crujieron suavemente los cristales de un balcón. Florestán asió con violencia a Perulia.

—¡Mira!

Desde la obscuridad vieron en el balcón de la casa misteriosa una esbelta figura de mujer, vestida de blanco, con una magnífica cabellera rubia, suelta sobre los hombros. La aparición—tal parecía envuelta en el azul sortilegio de la plata lunar—contempló un momento la calle solitaria y después se volvió al interior de la casa, levemente, sin más ruido que el pequeño crujir de las vidrieras.

El reloj de la Universidad cantó una hora.

II

Florestán estaba en excelentes relaciones con todos los espiritistas, cartománticos, quirománticos, saludadores, astrólogos y magnetistas de todo Madrid. A ellos acudió para penetrar el enigma de la misteriosa pianista. Se reunían los sábados—el día de Orisiel—en casa del doctor Saturno, un astrólogo que se anunciaba en los periódicos y cuya especialidad consistía en hacer el horóscopo de las cosas que ya habían sucedido. Todos aquellos profundos profesores se quedaron un poco perplejos.

—Puede ser un caso de materialización, como el de Kati-King—arguyó el profesor Pandolfo—. Ya saben ustedes que se trata de una joven india, muerta hacía mucho tiempo, que ofrecía el aspecto de una persona viva. Durante dos años fué vista y *tocada* por los experimentadores amigos de Williams Crookes...

—Kati-King no era un espíritu humano: era una sílfide perversa que vino a confundir a aquellos sa-

bios—gritó el profesor Avernino, a quien ponían nervioso los espiritistas—. Es una paparrucha creer que los muertos vuelven. Los que se comunican con ustedes son los elementales. La muerte es una cosa demasiado seria para que volvamos de allí a mover veladores.

—El espiritismo conviene mejor a nuestro carácter occidental. Es una ciencia experimental, mientras que la teosofía tiene más de religión o de fábula...

—Las fábulas encierran a veces las más luminosas verdades—exclamó la única mujer que había en la reunión.

Se llamaba miss Angélica, y era una bella americana, recién llegada a Europa. Pertenecía a una elevada logia de Nueva Orleans, y el profesor Avernino, tan orgulloso siempre, le daba frecuentes muestras de respeto. Era una magnífica belleza rubia. Florestán aprovechaba todos los instantes para devorarla con los ojos, a pesar de la grave concurrencia con quien se hallaba. El diablillo de la sensualidad no perdió ocasión de inquietar al aprendiz de teósofo.

Luis Florestán admiraba al profesor Avernino. Era un hombre de edad indefinida—un poco parecido a Cagliostro—, al que se atribuían grandes poderes de magia negra.

—Los espíritus elementales de la naturaleza son los amigos de los *mediums* del espiritismo, cuando

éstos no cuentan sencillamente infundios de su loca imaginación de histéricos, las novelas del subconsciente de que habla Grasset. Hay otros elementales artificiales creados por las malas pasiones de los hombres. Son los espíritus obsesores del juego, de la lujuria, de la embriaguez, y, muchas veces, la musa roja de esos asesinatos sin causa, absurdos, en las tabernas, en los meretricios o en las encrucijadas las tremendas noches de sábado. Crean ustedes que son enemigos muy peligrosos, porque nos dominan desde su verdoso ambiente de acuario, invisibles a nuestros ojos humanos.

—Pero usted los ha domado, querido señor Avernino—dijo Florestán.

—Siempre hay que estar vigilante; pero no me puedo quejar de ellos. Son buenos amigos míos—añadió con una fría sonrisa enigmática.

—Son los ejecutores del brujo y tienen la llave del milagro—agregó miss Angélica, mirando al profesor con la llama penetrante de sus ojos dorados.

—¿Y qué opinan ustedes de la aparición de la calle de la Cruz Verde? ¡Yo he leído que hay casas muy viejas visitadas por sus antiguos habitadores, que vienen a cumplir una expiación—siguió Florestán—, y dan golpes y tocan instrumentos invisibles..., hasta que se manda decir una misa por su alma...

Avernino sonrió.

—Usted, ante todo, es un poeta y un novelista.

Algo extraño hay, efectivamente, en este suceso; pero su imaginación colabora excesivamente.

Es inútil decir que aquella noche Florestán se dedicó a rondar la casa.

Pasaron varias horas misteriosas sin que oyera sonar la voz del piano. Ya de madrugada dos hombres avanzaron y se detuvieron ante el portal. Florestán les espió desde la sombra. Le pareció que había sido visto y que hablaban de él. Oyó un pedazo de su conversación, pero no pudo comprender nada, porque hablaban en un idioma extranjero. Abrieron la puerta y desaparecieron en el interior.

El asunto tomaba otro aspecto inquietante. ¿Quiénes eran aquellos visitantes nocturnos? ¿Serían fantasmas o personas de carne y hueso? La historia de la aparición perdía su interés sobrenatural. Era una mujer, seguramente, pero una mujer muy bella, contemplando a la luna, con su traje blanco como de nube.

Había que indagar al día siguiente. De repente se oyó el crujido de la vidriera y una voz de mujer—una voz que él había oído en alguna parte—susurró con voz muy sigilosa, apenas perceptible en el silencio nocturno:

—Márchese en seguida de aquí. Se está usted jugando la vida por una fantasía de poeta.

Florestán se estremeció.

—Muy pronto sabrá todo lo que quiere. Mañana,

tal vez. Pero yo le ruego que ahora desaparezca. Dentro de cinco minutos sería tarde.

La voz era muy dulce y muy acongojada. Florestán obedeció. Al doblar la esquina volvió la cabeza con un poco de inquietud.

III

Al día siguiente, Florestán recibió una carta. Era un sobre violeta, largo, elegante, perfumado.

«Sé quién es usted. Sé que es un escritor de talento y sobre todo de imaginación, don creador de los poetas, clarividencia de ciertas almas que ven lo que existe fuera de la vida física. Está usted enamorándose poco a poco de un fantasma... que nunca podrá ser realidad. Yo le quiero bien. Podemos ser buenos amigos. La mujer maravillosa—el espíritu que toca el piano—le ofrece una amistad de alma a alma. Pronto tendrá más noticias mías. La conseja de aparecidos se ha disipado; pero como sé que ama usted el misterio, le digo que es muy peligroso para usted pasear por la casa cerrada de la calle de la Cruz Verde.»

—¿Qué te parece, Perulia?

—Que sigue siendo un asunto extranatural. Esta mujer te conoce bien; parece que tiene el poder de leer en tu pensamiento. Confieso que estoy muy in-

trigado. Ayer estuve haciendo indagaciones en la calle. Los vecinos dicen que la casa está deshabitada. La puerta no se ha abierto ni tampoco los balcones. Cuando les dije que *alguien* tocaba el piano en esa, noté que me miraban con desconfianza y cortaban la conversación. He querido preguntar a la portera...

—¿Y qué?

—Ha sido imposible. Es una vieja sorda y tullida con la que es imposible entenderse. Vive gracias a las sobras de un restorán económico que hay enfrente.

—¿Quién le lleva la comida?

—Un criado, y a veces la misma dueña del figón, que es una excelente mujer y conoce a la vieja desde hace muchos años. Tiene en su poder la llave del portón, y yo he pensado que hay una manera de entrar en esa casa.

—¿Cuál?

—Sustituir al mozo del figón que lleva la comida. La Marta, la tabernera, es amiga mía. En su casa sirven el mejor cordero a la bretona de todo Madrid y un *entre-côte* con una fuente de patatas como una plaza de toros...

—¡Perulia, que te extasías!

—Perdóname. Mi estómago agradecido quiere hacer el elogio de la Marta. Ahora bien; ¿te atreves tú a entrar en esa casa misteriosa?

Florestán vaciló.

—¿Tienes miedo? Bueno; pues entraré yo. Mañana por la noche te diré lo que he visto.

Florestán no pasó en todo el día por la casa. Pero por la noche no pudo resistir más y se apostó en su acostumbrado escondrijo. A poco rato vió a un hombre mal vestido que, tras de mirar a lo largo de la calle, sacó una llave del bolsillo y penetró en la casa. Media hora más tarde llegaron otros tres individuos.

—Es extraño. ¿Qué vendrá a hacer esa gente a estas horas?

Por la esquina de la calle de la Luna aparecieron dos sombras.

Avanzaban lentamente. Eran dos hombres. Uno de ellos, alto, fuerte, rasurado, pulcramente vestido. Parecía tener más de cincuenta años. Florestán le reconoció como uno de los individuos que hablaban en un idioma extranjero, una de las noches pasadas.

Cuando llegaron frente a él, se detuvieron, hablaron en voz baja y cruzaron resueltamente la calle. Florestán sintió sobre sus ojos una mirada fría, metálica, violenta. Los dos hombres se detuvieron un momento, para mirarle bien, como para retener su rostro en la memoria; después volvieron a cruzar la calle y se metieron en la casa.

Florestán no era cobarde, pero recordó la advertencia de la carta. Se alejó pensando en la posible realidad de un peligro. ¡Aquel hombre alto le había mirado de un modo!...

Durmió mal. Mil conjeturas fantásticas bullían en su imaginación. En el primer correo llegó una carta violeta, elegante, perfumada.

«Es usted un niño caprichoso e incorregible. ¿Por qué se ha pasado la noche delante de mi casa, cuando yo se lo había prohibido? Sé que mañana sería tarde y caería sobre mi conciencia lo que a usted le ocurriese. Esta noche, a las ocho, esté en la iglesia de San Luis. Adivíneme usted entre las devotas. No piense en una aventura galante. Va a conocer a una mujer un poco extraña que le quiere bien, pero que jamás será suya.»

Florestán estaba radiante. Se vistió con el mayor cuidado. Se miró al espejo. Algo gastado estaba, pero todavía podía pasar. Algunas canas brillaban en sus sienes, pero las canas a los treinta años son un atractivo para las mujeres románticas. «¡Ah, estos hilos de plata! ¡He sufrido tanto por una mujer que era menos bella que usted!» Un amador con las sienes un poco canas y unas ojeras profundas es un tipo interesante para las damas sensibles. Son el blasón del amor, la leyenda de galanía, las ruinas de muchas noches de torbellino, la ceniza de las grandes hogueras del Deseo. Representan experiencia, sabiduría en el querer. «Dice que nunca será mía; bien. Todas dicen lo mismo. Cuando una mujer nos concede una cita, ya se nos ha entregado espiritualmente.» Florestán tenía petulancia de conquistador, flaqueza

ridícula en la que caen hasta los hombres más inteligentes. Son ellas las verdaderas conquistadoras.

Deseaba ardientemente que llegase la hora de la cita. Se fué al café. Pasó los ojos por todos los periódicos sin enterarse de nada. Estaba nervioso. «¿Será muy hermosa?» La noche que la vió en el balcón le pareció una bellísima figura. La vió muy vagamente. Era muy rubia y muy esbelta. Pero no sabía cómo tenía los ojos, esa luz espiritual que da la suprema belleza al rostro.

A media tarde llegó Perulia.

—Chico, poca cosa tengo que decirte. He llevado la comida a la vieja, con mi gran mandil verde con rayas negras. Hay una escalera muy obscura. Todo está cerrado. Ni un rumor en toda la casa. El piso principal—el único—tiene dos puertas a dos escaleras distintas. Apliqué el oído a la puerta, durante diez minutos; miré por la cerradura; todo negro. Da la impresión de que no hay nadie, y sin embargo... Quise interrogar a la portera, pero esa vieja es un poste: sorda, tullida e imbécil. Una sola cosa he podido observar. Desde el rellano de la escalera, donde hay un ventanuco, se domina una estancia del piso misterioso. Me ha parecido ver una habitación con unos aparatos de cristal y de metal blanco, cuyo uso desconozco. Al fondo se veía una librería de nogal. Yo he pensado en el gabinete secreto de un alquimista. Pero me parece absurdo que en el siglo XX exista aún esa especie de locos. Los alquimis-

tas de hoy son los combinistas de la ruleta, que, como sus abuelos de la Edad Media, en vez de fabricar oro se quedan sin la poca plata que tenían.

Florestán le contó a Perulia que la dama misteriosa le había citado para aquella noche.

—¡Entonces para qué preocuparse de más! Esta noche tú dormirás con ella en la casa misteriosa, y mañana me contarás el secreto, que te confieso que ha llegado a hacerme perder el apetito, aunque te parezca una hipérbole. Mañana será un nombre más en tu historia de hombre galante. ¡Feliz tú! A mí no me quiere ninguna mujer.

—¡Perulia, melancólico!

—Sí, debajo de este quintal de grasa tengo un alma sensible y enamoradiza. Soy un bólido muy sentimental que querría armonizar el amor con la culinaria. Yo acabaré haciendo versos tristes, como tú, a ver si así me hacen caso las señoras.

Las dos últimas horas de espera se le hicieron interminables.

—¿Cómo será? ¿Cómo tendrá los ojos? ¿Tendrá unas manos bonitas? Es una señal de aristocracia. ¿Será casada? Las casadas me gustan poco. Engañar a un esposo es un sainete demasiado manido si no acaba en tragedia. Además, que el verdadero cornudo es el amante. Yo no puedo pensar tranquilamente en que una mujer que me interesa puede estar acostada con otro señor, aunque sea en el sacrosanto lecho conyugal. Es una porquería. ¿Será

una aventurera o una hija de familia que se haya enamorado de mí como escritor? ¡Qué vueltas dan las cosas! Y yo que creí que era una aparición sobrenatural! Tiene razón Perulia: tengo que refrenar la imaginación. Pero esta mujer es muy extraña. ¿Cómo sabe que yo la suponía un sér del otro mundo habitante en una casa embrujada? ¡Tengo unos deseos de que llegue la hora!...

El templo de San Luis estaba lleno de fieles. Se oía, de vez en cuando, la salmodia de los ciegos del atrio. Cada vez que se abría la puerta llegaba el rumor de la calle como una onda bulliciosa. En el púlpito, el clérigo retumbaba su oratoria campanuda. Los cirios se consumían ante las imágenes con un temblor de oro. Los Cristos lívidos, ensangrentados, traían una evocación lúgubre de los autos de fe. Olía a incienso y crujían de continuo, como un rumor acariciante y turbador, las sedas femeninas. Al sahumerio se mezclaba un olor lujurioso de carne de mujer y de perfumes galantes. Los ojos llameaban bajo las mantillas. Un rezongar de rezos era como el acompañamiento de la sombría predicación.

Ante el Cristo de la Fe, donde ardían muchas luminarias, se prosternaban las más bellas devotas. Es el Cristo de las madres atribuladas; el Cristo de las novias, de las hermanas y de las esposas. Las lámparas de la ilusión, del dolor y de la esperanza arden día y noche ante este altar.

Florestán quería *adivinarla* entre aquel bello enjambre. Sentía una viva emoción ante cada nueva devota. ¿Será ésta? Una mano femenina le tocó en el brazo. Era una arrogantísima dama vestida de terciopelo negro.

—Sígame.

Cruzó el templo y se detuvo junto a la puerta del presbiterio. La llama dorada de los cirios le aureolaba el rostro. Florestán murmuró arrobado:

—¡Miss Angélica!!

El órgano retumbaba la majestuosa armonía de sus tubos metálicos. La feligresía alzó el clamor de sus preces. Los ciegos del atrio salmodiaban—como un eco—sus cuitas pedigüeñas...

IV

Pocos días después hubo reunión en casa del doctor Saturno. A la salida, Florestán se brindó a acompañar a la americana. Se perdieron por las encrucijadas del viejo Madrid.

Los sentimientos de Luis Florestán habían cambiado notablemente. En la primera conversación comprendió que aquella mujer no era una caprichosa ni una conquistable. Había algo severo al par de dulce, que irradiaba de su belleza. Y siempre estaba rodeada de un halo misterioso.

—Veo que le intereso como tipo novelesco. Una muchacha que le da una cita y que pasea con usted sola por las calles después de la media noche. Las mujeres de mi país tenemos más libertad que las españolas. Mi padre tampoco tiene preocupaciones burguesas. Puedo entrar y salir como se me antoje.

—Y ¿me puede decir por qué hay un peligro de muerte en rondar su misteriosísima casa?

Miss Angélica respondió con tristeza:

—Yo le ruego que sea discreto y no me pregunte nada. Es un secreto que no me pertenece. Pero tenga por cierto que una noche aparecería usted muerto sobre las baldosas de la calle. ¡Y eso sería horrible para mí!

—¿Algún galán celoso, tal vez?

—Oigame bien. No tengo ningunas relaciones de amor. No debo tenerlas. Mi pasión, mi ilusión suprema, es la gran religión de la fraternidad humana y del desenvolvimiento espiritual. Soy casta como mi maestra Blawastky. Ningún hombre conseguirá besarme una mano. Para realizar la gran obra hay que domar la bestia de las pasiones y saber remontarse sobre esta sima negra donde la carne se retuerce como las endemoniadas medioevales. Es preciso trascender el sexo y no oir la voz encantadora de la serpiente.

—Es usted demasiado hermosa. Constantemente la seguirán las llamas del deseo. Todos los hombres que la encuentren al azar la poseerán con la imaginación.

—Esta maldita belleza mía me hace más escabroso el sendero. Mi triunfo será mayor.

—Pero resistir al amor es una violación del instinto natural.

—El espíritu vale más que el instinto. El sexo, que es ardor y placer, crea el dolor.

—Las mujeres han sido hechas para purificarse por las sublimes desgarraduras de la maternidad.

—Prefiero ser ángel a ser mujer. ¡Quién sabe—añadió con una voz de misterio—en cuántas vidas remotas habré cumplido ese cruento sacrificio de crear una vida! Soy un alma muy antigua y ya estoy fatigada de tantos éxodos. ¿No quisiera volver!

—Es usted una divina visionaria.

—Usted presiente que hay una vida superior. Yo estoy segura. Con mi padre estuve en las faldas del Líbano. Allí viven los drusos, una secta pura de iniciados. Ellos me abrieron la puerta de un porvenir eterno y luminoso.

—Su padre, ¿también es teósofo?

—Mi padre es un místico... que no cree en Dios. Ama a la Humanidad y es el apóstol ferviente, la voluntad indomable, el verbo de una trágica religión, que él llama de la Justicia y del Amor entre los hombres. Mi padre es un alma sublime, ardiente de sacrificio. ¡Quién sabe si tendrá que cumplir un destino glorioso o trágico! Yo he heredado toda su energía espiritual y la visión del más allá... y la voluntad para la abnegación. Su ideal es rojo; el mío es azul purísimo, como los rompimientos de gloria de las pinturas místicas. Ahora, separémonos... hasta otro día.

—¡Hasta mañana!—exclamó imperativamente Florestán—. ¡Necesito verla a usted todos los días!

—¡Sea! Sé que es usted un gran espíritu que está perdido en este laberinto de sombra. He leído sus libros y he visto que tiene una poderosa inteligen-

cia. Quiérame; se lo consiento. Yo seré como una hermana mayor. Puedo tener una gran influencia en su vida, si me obedecè. Acaso nos hemos hallado en el camino para algo grande en el bien o en el mal. ¡Quién lo sabe!

V

El profesor Avernino estaba de muy malhumor. Todos los periódicos le censuraban por un libro que acababa de publicar. Le acusaban de charlatanismo y de superchería. Un caricaturista le dibujó con cucurucho estrellado y caballero en una escoba. Había sido un escándalo, un terrible fracaso para su satánica vanidad de hombre de ciencia—de una ciencia abstrusa y tenebrosa acaso...— Florestán le admiraba grandemente y le prometió hacerle una calurosa defensa en su periódico.

—¡Oh! ¡Cómo se lo agradeceré, amigo mío! Desmiéntales; diga que son unos ingnorantes y unos imbéciles. Que no se han enterado de nada de mi libro. ¡Periodistas estúpidos! Me han puesto en ridículo, a mí, que soy un mártir de la ciencia, un verdadero Cristo de esta religión de la sabiduría. ¡Brujo! ¡Me llaman brujo! ¡Ellos qué saben!—y sonreía de un modo siniestro—. ¡Pobres de ellos si yo fuera lo que se dice!

Florestán insinuó humorísticamente:

—Dice mucha gente que es usted muy amigo del Diablo.

El profesor Avernino, que daba grandes trancos por la sala, se paró en seco.

—¡Acaso haya en ello más verdad de lo que se cree ese vulgo *ilustrado* que me escarnece! Pero no quiero hablar más, porque ya conoce usted el sentido mágico de estas palabras: *Hay que querer, osar y sobre todo callar.*

—¿Pero me habla en serio, querido profesor?

Avernino replicó, centelleantes los ojos de ira:

—Hágame esta defensa de mi libro, que es el fruto de veinte años de trabajo. Y no olvide que puedo ser un amigo precioso en algunas circunstancias críticas. ¡Cuando usted quiera ardientemente, locamente, alguna cosa *humanamente imposible*, venga usted a verme!

Tres días más tarde se publicó un magnífico artículo de Luis Florestán, en defensa de la obra del profesor Avernino. Fué un enorme éxito literario. Cuando alguien le felicitaba, Florestán decía sonriendo:

—Me parece que con este artículo he firmado un pacto con el Diablo.

Desde hacía un mes se veía diariamente con miss Angélica. Recorrían los barrios solitarios a la hora del crepúsculo o los jardines propicios a los enamorados. Por las mañanas solían visitar los museos, don-

de la muchacha asombraba a Florestán por su sensibilidad artística y por su vasta cultura. De todo podía hablar profundamente con conceptos superiores y recónditos. Constantemente parecía una iluminada. La quería y le inspiraba un extraño respeto. Hablaban siempre—sin esas lagunas de tedio o estupidez de la gente vulgar—como si las almas se quedasen de pronto vacías. Llegaron a tutearse *como dos hermanos*. Era una mujer inaccesible, tormento de los donjuanes más audaces. Parecía protegida por una atmósfera singular de serenidad y de dominio de las otras almas. Avernino, el orgulloso satánico, había dicho de ella:

—Es, sin duda, una criatura superior y misteriosa. Acaso sea una yoguina...

Ella solía tratar al profesor con una altivez serena, como descendiendo, tal una fabulosa emperatriz dignándose saludar a un apestado. Daba la limosna de sus palabras como una joven diosa.

Y diosa era por su belleza, tormento horrible y deleite inefable del poeta. Miss Angélica tenía toda su espiritualidad reconcentrada en los ojos. Era una mirada de oro líquido que fluía de sus pupilas de una diáfana serenidad. Nunca se conturbaba su azul con la llamarada turbia de ningún deseo. Pero por una contradicción diabólica, aquellos ojos de éxtasis místico ardían en la carne más encendedora de concupiscencias. Era un alma casta, excelsamente límpida, encerrada en un cuerpo magnífico de sensualidad. Era

alta y rítmica en el andar, con una carnación azulada, mórbida y ondulante. Su boca pura, que no había besado jamás, parecía un ascua de lujuria, labios encendidos y voraces de insaciable, de donde emanaba una fragancia caliente y conturbadora. Sus pechos salientes, erectos, tenían un sortilegio irresistible, y sus flancos, que no sentían el imperativo de la especie, se arqueaban macizos y armoniosos. Desnuda debía de ser la suprema belleza clásica, la belleza del eterno femenino, con toda la fascinación genésica, con todo el encanto de las sirenas del pecado. No hubo nunca mujer que ejerciese mayor fascinación carnal. A su paso por todos los países, todos los hombres sintieron el fuego del infierno correr por su sangre. Eternamente estaba rechazando las furias desatadas del espasmo, protegida por una armadura ideal y por la espada de diamante.

Florestán se sentía subyugado por aquella mujer. Quería respetarla, aceptar aquella dulce confianza fraternal que ella le ofrecía. Pero era imposible. De aquella carnal y magnífica escultura fluía como un aroma desconocido de irresistibles voluptuosidades. Era la imagen viva de la hembra triunfadora, la que enciende lúbricas alucinaciones en el sueño eremítico de los santos, la que detiene el carro triunfal de los héroes, la que hace que los dioses desciendan de los cielos y renuncien a la inmortalidad por la rosa de Venus. La diosa mágica, deslumbrante, del imperio de las sombras, donde aúllan

los suicidas por amor, los frailes poseídos que flagelan sus carnes amarillas, los adúlteros y los invertidos, los violadores y los sacrílegos, y los incestuosos y los necrofilícos. Era la luminosa emperatriz de un país espiritual de tinieblas.

—Es mi destino horrible ir levantando huracanes de pecado. Soy un alma de santa en el cuerpo de una cortesana—añadía sonriente—. Yo sé que tú me deseas como todos los hombres.

—Sí, es cierto: me abraso en tu hermosura. Esta pasión es superior a mi voluntad. Quiero respetarte y quererte como a una hermana. ¡Oh! ¡Si tú fueras verdaderamente mi hermana también!...

—¡Calla! ¡Calla, por Dios!—gritó miss Angélica, trágicamente pálida.

—¿Por qué he de mentir? ¡Si fueses mi hermana, daría... hasta la vida por poseerte una vez!

—Yo puedo oirlo todo serenamente, hasta las más horrendas abominaciones. Yo te quiero mejor, pobre loco; yo te quiero por miles de años. Tu amor es la llamarada de un momento.

—Por besarte en los labios, por sentir la tibieza de tus pechos desnudos, yo aceptaría la condenación eterna, ese abismo de tinieblas por miles de siglos de que habla el siniestro catolicismo.

—Lo sé. Llegarías a que tu alma se fundiese en la nada. Yo quiero llevarte de mi mano al resplandor de Dios.

Florestán sufría un tormento espantoso, sin nin-

guna esperanza. El pobre conquistador de mujeres se encontraba ante la mujer inaccesible. La amaba profundamente, con un amor cumbre, un sentimiento de los cielos y una llama del infierno. Vivía en una órbita de pasión extenuadora. En las horas de furiosos retorcimientos de deseo, una voz misteriosa que oía dentro de sí le aconsejaba los propósitos más audaces y disparatados.

Después de una noche de infierno, se decidió:

—Sí. Será mía... a la fuerza, aunque tenga que matarme después. No es difícil hacerla tomar un brevaje que la produzca un sueño letárgico... Y entonces...

Y lanzó un aullido de fauno victorioso.

Tenían proyectada una excursión a Avila, la única ciudad española histórica que no conocía miss Angélica.

Salieron en el primer tren. Pasarían el día en el relicario de la Santa y volverían a la fecha siguiente.

Durante el viaje hablaron del pasado de Angélica.

—Mi madre murió cuando yo era muy pequeña. Siempre he estado con mi padre recorriendo el mundo. Había tenido una gran fortuna que se gastó en fundar escuelas y en asilos para trabajadores ancianos. Mi padre es un gran espíritu. Nació en España, pero vivió mucho tiempo en Rusia, donde el diario espectáculo de injusticia y de crueldad exaltó su alma de apóstol. Sufrió persecuciones infinitas

y estuvo a punto de ser deportado a Siberia. Afortunadamente, yo *podía mandar* sobre Gregorio Rasputin, que era el amo del Imperio, y esto le salvó.

—¿Has conocido tú a Rasputin?—preguntó el escritor, asombrado—. Era un hombre interesante, ¿verdad?

—Sí. Se ha dicho que era un farsante, y eso no es cierto. Un falsario, un embaucador vulgar no puede hacer lo que él hizo. Era un iniciado perverso, que murió violentamente, como era fatal... Después fuimos a Rischmond, donde está enterrada mi madre. De allí nos expulsaron como extranjeros perniciosos. Esta vida errante, perseguidos, acosados, exasperaba a mi padre. Es un romántico, un inadaptable. Sus amigos son los tristes, los fracasados, los perseguidos de todos los países por donde vamos. Es un Cristo rojo. Ya sabes bastante. Vinimos a España este año y nos refugiamos en esa casa, que es nuestra, y que tenían cerrada desde hacía mucho tiempo. No quiere que nadie sepa nuestro refugio. Necesita descansar de una lucha muy larga y muy cruenta. Este es el misterio—naturalísimo—de la casa cerrada que de modo tan novelesco inflamó tu imaginación.

Habían llegado a la austera ciudad de Blasco Jimeno. Mientras avanzaban por el recoleto jardín de San Antonio, Florestán preguntó:

—¿Viviste mucho tiempo entre los monjes drusos del Líbano?

—Cinco años. Son mis maestros, mis amigos, mis instructores. Ellos fortalecen cotidianamente mi alma; ellos me iluminan todas las noches durante el sueño. El sendero iniciático es tremendo.—Y añadió con una voz húmeda de llanto—: Si no fuera por ellos, acaso no hubiera tenido fortaleza y te hubiera amado como tú quieres...

Las nobles piedras de la muralla parecían de oro bajo el azul intenso. Algunas mujeres de pueblo, con pomposos zagalejos y sombrero de paja rizada, alhajados con un espejito, con la piel tostada y los ojos llameantes, se cruzaron en su camino.

Un grupo de intérpretes y de cicerones les rodeó:

—¡Hotel Inglés!

—Hotel-Jardín.

—Fonda Española.

Se decidieron por el Hotel-Jardín. Después de comer salieron a recorrer la ciudad. Calles solitarias, con nobles mansiones e iglesias derruídas. Conventos y conventos. Constante y melodiosa orquesta de campanas monásticas. Siluetas de clérigos por las plazas vetustas, en un hondo silencio, con árboles esqueléticos y jaramagos entre las baldosas. A lo lejos, un río mezquino, al pie de un fantasma de Sierra y la llanura parda y enorme del Valle Amblés. Junto al río, un hospitalillo sórdido y el hacinamiento de casucas miserables del barrio de las Vacas.

Frailes blancos, frailes negros, frailes pardos, cruzaban bajo los arcos como fantasmas de otros si-

glos. Visitaron el claustro de Santo Tomás; vieron el báculo, las sandalias y una espantosa reliquia—el dedo incorrupto, sanguinolento, sarmentoso de Santa Teresa de Cepeda, la monja sabia y andariega, como la llamó el virulento fray Villacastín—. Entraron en la iglesia de las Gordillas, donde un coro de viejas voces gangueaba tras de las celosías. Fueron a la maravillosa catedral románica, en absoluta soledad. Después vino un hombre vestido de rojo, que era el guardián del templo.

—¡Qué gran paz hay aquí!—murmuró Florestán.

Una onda de dulce religiosidad le invadió el alma, haciéndole arrepentirse de los siniestros propósitos de violencia y de lujuria. La luz penetraba por los vitrales policromados, de asunto místico.

El hombre rojo les seguía de cerca. Intentó explicarles los maravillosos tesoros de arte de la catedral. Le dieron unas monedas y prescindieron de sus servicios.

Se abrió la gran puerta y entraron, sigilosamente, muy juntos, una mujer bella y un capitán. Florestán sintió la curiosidad de la mujer desconocida, contempló codiciosamente su cuerpo gallardo envuelto en un adusto traje de devota.

—Ya están aquí éstos—gruñó el hombre rojo—. Tendré que advertir al señor doctoral. ¡Hay mucho vicio en esta ciudad! Ahora se pierden por el claustro de los antiguos canónigos reglares. ¿Comprenden ustedes? Como no hay nadie, ¡sabe Dios lo

que harán!... Vienen todas las tardes. Ayer les sorprendí besándose. ¡Qué desvergüenza, padre mío! ¡Ya no hay respeto ni a la casa del Señor!

Y el viejo se marchó espiando entre las columnas a la sacrílega parejita.

Florestán sintió como un latigazo en todo su ser. El fuego del infierno corría súbitamente por sus venas. El también era un sacrílego y un profanador del sagrario espiritual de aquella extraordinaria mujer. Y envolvió su magnífica y rubia belleza en una mirada de infinito, de angustioso deseo. Como una oleada inefable saboreaba el exquisito, el alucinante, el tremendo sabor del pecado; las deliciosas turbaciones de la tentación, placer supremo sólo reservado a los santos, y oía la risa de Satanás, retumbando por las naves seculares, sobre los sepulcros de los arzobispos, de los monjes edificantes y de los siniestros caballeros cristianos, que durante muchos siglos dieron su sangre por la causa de la Fe. Sobre sus huesos, un capitán galanteador y una bella caprichosa cantaban en aquel instante el himno pagano y victorioso de la vida.

Florestán sentía un temblor interno, largo, de espasmo y de epilepsia. Comprendía que aquello era anormal, que en su alma tomaban cuerpo las horribles gárgolas que ornaban los capiteles de aquella catedral de maravilla, excelsa plegaria de piedra, encarnacioness siniestras de las ansias abominables, impuras y satánicas, los horribles seres que pueblan

nuestra atmósfera pasional, cuya existencia real le aseguraban todos los libros de Leadbeater, el misterioso y visionario visitante de los planos astrales. Surgían de las cavernas tenebrosas del alma y atarazaban su carne enferma y calcinada por la pasión. ¡Su espíritu delirante encendía las tremebundas teas de la condenación eterna en el ara de la lujuria, la Emperatriz siniestra del mundo, Nuestra Señora del Infierno!

Cuando salieron de la catedral, el crepúsculo enrojecía las nobles piedras vetustas del arco de Doña Guiomar y hacía de oro vivo las vidrieras del lejano castillo de *Aunque os pese*.

VI

Tras de una cena frugal, miss Angélica se acostó. Florestán, eterno trasnochador, salió a vagar por la ciudad desconocida. En la plaza del Mercado Grande tuvo un feliz encuentro. El profesor Saturno, doctor en Astrología judiciaria, leía un grueso volumen ante la mesa de un pequeño café provinciano.

—He venido a buscar un raro volumen de magia escrito en latín en el siglo XVII por un carmelita de esta ciudad.. Es interesantísimo. Hay un capítulo que me ha recordado a Blawastky y una historia alucinante que me contó Avernino.

—Cuente, querido doctor.

—Usted seguramente conoció personalmente a Julio Rigo, el gran novelista erótico. Ya sabe que Rigo, antes que escritor, fué militar y cayó acribillado a machetazos en la última guerra de Cuba. Le abandonaron, creyéndole cadáver. Realmente parecía imposible que pudiera haberse salvado. Pues Avernino

sostiene la teoría, un poco extraña, de que Rigo murió en aquella ocasión, pero los espíritus elementales se apoderaron del cuerpo muerto, le galvanizaron, esto es, le infundieron una corriente pránica, que es el agente de la vida universal. El alma de Rigo había volado ya a otros planos de la vida superior; pero las terribles larvas que le vivificaban le dieron la propia inteligencia. Vivían dentro de aquel cuerpo y fué más tarde el instrumento material para realizar una labor literaria tan impura y pervertidora como la suya. Alcanzó grandes éxitos de librería y tuvo millares de lectores de sus enfermizas narraciones. Cuando el mal estuvo hecho y sus libros quedaban en el mundo como apestoso contagio de todas las aberraciones genésicas, le infundieron la idea del suicidio. Y aquel cuerpo, que debía estar enterrado hacía veinte años, fué por fin al cementerio.

—Todo esto me parece un cuento espeluznante y disparatado. Esas cosas no pueden decirse en serio.

—La Maestra cuenta una cosa parecida. Y este libro lo prueba perfectamente. Muchas veces el alma se ausenta del cuerpo y las larvas que acechan se aprovechan del vacío para colarse en un ser. Y se dice: «Fulano se ha vuelto loco de repente.» Fíjese usted en que son seres que tienen ansia de vivir una existencia material para poder realizar todos sus tenebrosos deseos. Hay también casos de *embrionat*, en que el alma de una persona recién falle-

cida se apodera de un cuerpo vivo, por su afán de volver a vivir en el plano de la materia o para libertarse de los horrores de la putrefacción a que forzosamente tenía que estar sujeta, dentro de su antiguo cuerpo.

En la plaza arcaica y provinciana la voz sonaba como un eco de los viejos siglos de superstición, de hechicería y de autos de fe.

Florestán estaba preocupado.

—Acaso tenga usted razón... ¿Qué sabemos del misterio de esos ambientes invisibles que nos rodean?

—La clarividencia es una expiación, es un tormento. Los ojos visionarios ven monstruos inconcebibles, cascarones erráticos, vampiros que extenúan a los seres vivos. En muchas sepulturas se han encontrado manchas de sangre fresca.

—¿Usted lo ha visto?

—Yo lo he leído, al menos. Es lógico, con una lógica abstrusa para el vulgo. Pero no olvide usted que esto es verdad.

Se separaron.

Cuando llegó al hotel, Angélica dormía. Sus habitaciones estaban inmediatas. Se acostó y apagó la luz. ¿Se atrevería a realizar su audaz propósito? Era una canallada, una cobardía. Pero, ¿y la delicia suprema de acariciar hasta la maceración aquel hermoso cuerpo desnudo? Pasó una hora. En la obscuridad del cuarto flotaban imágenes encantado-

ras y torturantes. De vez en cuando la oía cambiar de postura en el lecho, la escuchaba algún suspiro y creía percibir el ritmo de su respiración. Pensó en la fuerte fragancia de sus rubios cabellos desmelenados sobre la almohada, en el sabor de su boca encendida como una brasa del infierno. ¡Oh! ¡Poder besar aquellos labios, hundir los dientes en aquella pulpa afrodisíaca, hasta que brotara la sangre y absorberla en un espasmo infinito! ¡Y sus pechos desnudos sobre los encajes, con los pezones punzadores palpitantes bajo su boca en el frenesí de la violación!...

Se levantó y abrió la ventana. Una racha de viento le azotó el rostro. De la Sierra de Gredos descendía la tempestad. Un rayo zigzagueó sobre las murallas. El olor denso y eléctrico de la tormenta acabó de enloquecerle. Abrió la puerta. Silencio. Dieron las cuatro de la madrugada. Escuchó... Ni un solo ruido. Levantó el picaporte del cuarto de Angélica. Por la ventana entraba un resplandor cárdeno. Se acercó. Dormía dulcemente. Una mano pendía fuera del lecho. Los senos palpitaban con el ritmo de la respiración. Su augusta belleza yacente parecía de mármol. Un vaho fragante y caliente ascendía de su cuerpo. Bajo las ropas se modelaban los muslos enérgicos y los flancos de amazona. Florestán, envuelto en el sortilegio sensual de la hembra magnífica, se arrojó sobre ella, con un salto de tigre. Miss Angélica dió un grito que rasgó la noche. Y con una

agilidad y una fuerza insospechables se deslizó de entre sus garras lujuriosas y dió la llave de la luz. Florestán la vió como un relámpago, toda desnuda, mientras se envolvía en su abrigo de pieles. Quedó erguida ante él, pálida, trágica y serena, como una divina estatua. Del bolso del abrigo sacó un lindo revólver. Florestán, inmovilizado, comprendía que estaba vencido y se avergonzaba de su indigna violencia.

—¡Perdóname! Soy un miserable; merezco tu desprecio; ¡pero te adoro frenéticamente! ¡Tú, la mujer de hielo, no sabes lo que es este suplicio, esta hambre, esta sed de ti, esta furia infernal en que me retuerzo! ¡Tú, la santa, no sabes el dolor de los hombres!

Ella respondió con una voz aguda, como una fulminación:

—Te perdono. Pero nunca volverás a verme. Vete.

¡Oh, eso era imposible! ¡Se mataría! ¡El no podía vivir sin ella!

—¡Perdóname! ¡Yo viviré como un esclavo tuyo, a tus pies como un perro! Mátame, antes que abandonarme. ¡Tú eres la única razón de mi vida; tú eres el divino y horroroso amor de mi vida! ¡Por las cenizas de tu madre, yo te pido que tengas caridad, que no me dejes, porque no puedo vivir sin ti!...

Una crisis de llanto desesperado cortó su voz. Cayó de bruces sobre el lecho, gritando, sollozando, blasfemando. Ella le miraba compasiva, con los ojos hú-

medos de lágrimas. Florestán se retorcía sobre la cama, que aún conservaba las huellas calientes de aquel cuerpo furiosamente deseado y se embriagaba de su perfume y se abrazaba a la almohada y besaba y desgarraba con los dientes las ropas que transcendían a ella, en una crisis epiléptica, que era al par una furia de energúmeno y un espasmo frenético e inefable...

VII

Tuvo que guardar cama varios días. Se sentía humillado, vencido. ¡Oh, el enigma de aquella alma de santa, en aquel cuerpo tan hermosamente satánico!

—Esta pasión me aniquilará. Es una mujer imposible—repetía.

¿Imposible? Un recuerdo fulminante cruzó su memoria. Pensó en el profesor Avernino, en el brujo, en el amigo del Diablo.

—*Cuando desee con toda su alma alguna cosa humanamente imposible, venga usted a verme*—le había dicho.

Bien. Había llegado el momento. Y voló a casa del profesor Avernino.

—¿Es un deseo de amor o de odio?—le preguntó.

—De amor.

Avernino guardó silencio.

—¿Y es completamente imposible conseguirlo?

—Sí.

—Piénselo bien. Si sólo es un capricho, una pasión sensual, yo le aconsejo que renuncie. Es una ceremonia tremenda que le ligará para siempre a los cómplices más exigentes y más temibles, porque nunca verá su rostro.

—No me importa. Quiero conseguir a una mujer...

—La conseguirá. Pero contrae una deuda con sus misteriosos auxiliares. No lo olvide. ¿Quiere encadenar su alma o poseer su cuerpo solamente?

Florestán exclamó con amargura:

—Su alma es imposible... Quiero ser el dueño de su infernal belleza, una sola noche. Pagaré con mi vida y con la condenación de mi alma, si es preciso.

—Se expone usted a la locura y a la muerte.

—Me es igual.

—Entonces yo le buscaré el sábado en su casa, a las once de la noche.

Se dieron un apretón de manos.

No había vuelto a ver a miss Angélica desde aquella horrible noche de Avila. ¿Sería verdad que al fin iba a ser suya?,

* * *

Un automóvil se detuvo ante su puerta. Se asomó al balcón. El profesor le hizo señas de que le aguardaba. ¿Adónde iban? ¿A qué antro tenebroso le empujaba su locura?

Avernino le preguntó:

—¿Trae usted alguna prenda *de ella?...*

—Siempre llevo su retrato. Tengo también un pañolito suyo.

—Basta. Ahora es indispensable que usted crea en la eficacia de lo que va a suceder. Para la obra mágica es necesaria la fe. Por muy estrafalarios, por muy absurdos que sean los ritos que presencie, no dude ni caiga en la tentación de burlarse. No comprenderá nada de lo que vea. La razón fracasa, la inteligencia se rebela. No importa. Usted conseguirá su deseo y esto debe bastarle.

—¿Adónde vamos?

—Cerca de Madrid. A un par de leguas escasamente. En medio del campo hay una casa donde nos esperan. También le advierto que no puede revelar a nadie lo que va a ver. No olvide que hay *que saber callar*.

Cruzaron las calles céntricas y enfilaron las rondas. Florestán trató de orientarse. El Manzanares brillaba a la izquierda, a la luz de los merenderos. Se oían músicas lejanas. Reconoció la carretera de la Coruña. Al pasar el puente de San Fernando, el auto torció a la derecha. Disminuyó su marcha, porque era un camino estrecho y con muchas revueltas. A los cien metros, el coche se detuvo.

—Apaga los faroles y espera—ordenó el profesor. No se veía nada. Avernino exclamó:

—Deme la mano y déjese guiar. Al salir de este

pedazo de bosque está la casa. Aún está usted a tiempo de renunciar a su propósito.

—Estoy decidido—replicó enérgicamente Florestán.

Salieron a un claro. En medio de una glorieta se alzaba una casa de campo. De detrás de un árbol surgió una sombra.

—Buenas noches. ¿Ha venido el clérigo?

—En el vestíbulo está todavía. Acaba de llegar.

El que así hablaba era un negro gigantesco, vestido con una especie de hopa.

Entraron. El profesor saludó a un hombrecillo enlutado, de unos cincuenta años, de ojos grises y labios gruesos y colgantes. Florestán reconoció a Martín Arévalo, un cura degradado que había sufrido un proceso por actos abominables de lujuria. Estaba separado de la Iglesia y vivía haciendo panfletos contra el alto clero. Era un chantagista y un hermano en pecados inconfesables de Gilles de Raíz y del Barón de Labos.

Florestán preguntó:

—¿Me trae usted a una Misa Negra?

—Efectivamente. Va a asistir a la Misa del Diablo. Dentro de unos instantes será usted un hermano más de la Orden todopoderosa de los Tenebrarios. Son personas inteligentes y distinguidas. Le agradarán a usted.

Desde que se interesó por las investigaciones ocultas tenía una gran curiosidad por asistir a ese rito medioeval, de locos o de malvados. En el fondo de

su alma creía poco en la eficacia de lo que pudiera presenciar. Como novelista le interesaba bastante.

—Y este negro, ¿qué papel desempeña en la logia?

—Es el ejecutor o el maestro de ceremonias.

Aquel hércules de ébano, de cabeza aplastada y expresión siniestra, le trajo a la memoria una secta criminal, de hechiceros de la peor especie, que cometió asesinatos espantosos y sin causa, durante la dominación española en la isla de Cuba.

—Este monstruo es un ñáñigo, seguramente.

Empezaba a preocuparse. ¿A qué siniestras reciprocidades se comprometía con el acto que iba a realizar?

El negro se acercó a Florestán.

—Sígueme.

Cruzaron una larga galería. Abrieron una puerta y se encontró en una rotonda con las paredes vestidas con terciopelos negros. En el centro había un altar con dos velas de cera amarilla, que goteaban sobre dos fúnebres candelabros. Era la única luz que iluminaba la vasta estancia.

—Arrodíllate—ordenó el maestro de ceremonias.

En torno de él se oía el bisbisear de muchas voces que se apiñaban en la obscuridad. Se sentía rodeado de muchas personas. Le tocaron en el brazo. Avernino estaba inmediatamente detrás de él.

Salió el cura y se hizo el silencio. Extendió el brazo y trazó un raro signo en el aire sobre su tenebrosa feligresía. El negro trajo una especie de

braserillo, donde ardían esencias muy fuertes. Después sacó un puñal de entre los pliegues de su hopa y fué a acurrucarse en la grada del altar.

En el ara, entre las dos luces, había un crucifijo invertido.

En la lejanía sonaron doce campanadas.

El clérigo mascullaba latines vertiginosamente. De vez en cuando se volvía y hacía signos misteriosos. Tenía algo femenino, grotescamente femenino, en sus movimientos y su rostro afeitado, donde los ojillos grises parecía que hacían guiños equívocos. Estaba vestido de un modo singular. Se envolvía en una túnica negra con extrañas figuras jeroglíficas, bordadas en seda roja. Al cuello llevaba una medalla de plomo, y en la cabeza, sobre una especie de mitra con dos pequeños cuernos, una corona de ciprés.

Florestán oía detrás jirones de voces, murmullos, y hasta creyó percibir el crujido de trajes femeninos.

El clérigo asió una gran copa de plata oxidada. Entonces el negro, con el puñal en la mano, se acercó a Florestán.

—Extienda el brazo y piense con toda su alma en lo que quiera conseguir. ¡Es el momento en que va a descender sobre nosotros el Gran Espíritu de las Tinieblas!—murmuró a su oído el profesor.

El novelista palideció y evocó con todas sus potencias el cuerpo blanco, magnífico, enloquecedor de miss Angélica.

El maestro de ceremonias le hizo una pequeña

cortadura en el brazo, de la que cayeron unas gotitas de sangre sobre la copa que el clérigo sostenía de hinojos. Después se irguió.

—Has mezclado tu sangre con la negra sangre del Macho Nocturno. ¡El pacto está firmado!

Y, alzando la copa, aulló con un gesto horrible, en una transfiguración trágica de su rostro de lumia.

—¡Per Adonai Eloim, Adonai Jehová, Adonai Sabaeth, Metraton Ou Agla, Adonai Mathon, verbum pythonicum, misterium salamandrae, conventum sylphorum, antra gnomorum, daemonia coeli, Gad, Almousin, Gibor, Jehosua, Evan, Zariatnatmik, veni, veni, veni!...

Florestán sentía su imaginación impresionada por aquella extraña liturgia.

Después el clérigo vertió el contenido de la copa sobre el braserillo donde ardían las aromáticas especias. Las ascuas chirriaron, como un quejido, al extinguirse, y se alzó un penacho de humo negro que envolvió la estancia.

—Item misa est—clamó el clérigo.

Y tras de hacer un amplio signo con la mano izquierda, desapareció, seguido del negro, por una puertecilla que había tras del altar.

En este instante alguien encendió las luces eléctricas.

Florestán miró con curiosidad. Había hasta una veintena de personas, elegantemente vestidas. Va-

rias mujeres, bastante bellas, contestaban a los saludos con una elegancia encantadora.

Un hombre muy alto, como una gran marioneta desarticulada, se acercó adonde estaban el profesor y Florestán.

—El señor vizconde de la Peña, el dueño de esta casa, y uno de los más cultos investigadores...

—¡Oh! ¡El gran Maestro me favorece excesivamente! Pasaremos al comedor. Ya están esperándonos.

Era una amplia pieza lujosamente decorada. Una espléndida mesa aguardaba a los Hermanos Tenebrarios.

Avernino le fué indicando los nombres de los invitados. Allí estaba la gentilísima condesa de la Cisterna, con su gallarda figura de amazona y sus ojos un poco estrábicos, ardiendo en extrañas fiebres sobre su rostro pálido. Cerca, su amiga, la señorita Lesbia Milani, una soprano muy notable y muy guapa. Además del vizconde, tan popular por su enorme masa fofa y sus pujos entre aristocráticos y chisperos, le señaló a Julito Granada, el dibujante; a la señora de Ponce, la propagandista del feminismo; a Alvaro Palmer, el elegante aventurero y espadachín, eternamente joven, como San Germán; a Pedro Marinel, el poeta, del que se contaban muchas historias escabrosas, y otras personas de menos significación, pero de aspecto completamente *bien*. La bailarina María Luz, con su cabellera te-

ñida y cubierta de piedras preciosas, vino a saludar a Florestán. Era un gran temperamento, divinamente histérica, muy inteligente y muy rara. Ella decía que era hija natural del rey Leopoldo.

La fiesta duró hasta el amanecer. Florestán olvidó la rara ceremonia de la Misa del Diablo.

El profesor tomó la palabra:

—Se encuentra usted, querido Florestán, entre la aristocracia del talento, de la sangre y de la belleza. Y también entre la aristocracia del satanismo. Todos somos rebeldes y orgullosos, porque tenemos derecho a serlo. Lucifer es grande porque es rebelde. Queremos ser los amos de la Naturaleza y de los hombres. Todos hemos venido aquí por el orgullo de un gran ideal, de un gran deseo, de una gran ambición o de una aberración de las que merecen anatema o escarnio del vulgo. Todos somos triunfadores. Nuestros esclavos son los seres elementales, ciegos vasallos y ejecutores de nuestro Imperio tenebroso. Nuestra voz y *nuestro pensamiento* son obedecidos al punto. La vida, el honor, la fortuna de los demás son nuestros, de un modo misterioso, pero infalible. Fíjese bien en los poderes que acaba usted de adquirir. *No hay nada imposible* ante nuestro deseo... Hay un ejército de sílfides, de salamandras, de ondinas y de gnomos, pendientes de nuestro conjuro, para realizar el prodigio...

VIII

Estaba fatigado y cayó en un sueño profundo. Todos los sucesos y los rostros que había visto la noche precedente trenzaban en la sombra de su alcoba una novela alucinante. De entre aquellas formas grotescas—la cara del clérigo degradado no se le borraba un instante—, de entre aquellas carátulas pálidas y fanatizadas, surgió de pronto la figura casta de miss Angélica.

No estaba dormido, pero tampoco completamente despierto. La vió venir de lejos, envuelta en un halo de oro, resplandeciente como una figura mística. El ambiente era azul y fosfórico. Le sonreía con tristeza y le decía adiós con la mano. ¡Juraría que oyó el crujido leve de su pie sobre la alfombra! No sabía si estaba dormido o despierto. Se creía dominado por una pupila magnética, de fuerza sobrenatural. La aparición fué palideciendo y alejándose. Se hacía cada vez más pequeñita, más tenue... De pronto, un estampido horrísono que estalló en el aire e hizo crujir los muros, le despertó...

Saltó de la cama y corrió al balcón, Era media tarde. La gente paseaba tranquilamente. La vida ofrecía su aspecto normal. Había sido víctima de una pesadilla, de una realidad tan enorme, que aún hacía vibrar el éter en sus oídos.

Volvió a acostarse y se durmió.

Ya muy de noche llegó Perulia, muy pálido, con un periódico en la mano.

—¿No sabes nada aún? Toma, lee, y ten serenidad,

Florestán, muy pálido, con un vago presentimiento clavado en el pecho, abrió el periódico, donde con letras muy grandes decía:

«LA EXPLOSION DE ESTA TARDE

UNA CASA DESTRUIDA.—VARIOS MUERTOS.—ERA UNA SOCIEDAD DE TERRORISTAS

Esta tarde, a las cuatro, una formidable explosión sembró la alarma en el populoso barrio de la Universidad. En la casa número diez y seis de la calle de la Cruz Verde había estallado una poderosa máquina explosiva, que en pocos minutos redujo a escombros el edificio. El público, loco de terror, huía sin explicarse las causas de la catástrofe.

Personadas las autoridades, los individuos de la Cruz Roja y el Cuerpo de Bomberos, se procedió a extraer los cadáveres de entre los escombros. Esta

difícil y penosa tarea ha durado hasta poco antes de cerrar nuestra edición. Han sido extraídos los cuerpos de cinco individuos, completamente destrozados, y algunos con espantosas quemaduras, Está acordonado el lugar del siniestro. Un gentío enorme hace en las inmediaciones los comentarios más novelescos.

ERA UN LABORATORIO TERRORISTA

La Policía ha podido averiguar que se trataba de un laboratorio terrorista. Una torpeza de los criminales ha provocado la catástrofe. Se supone que existía un vasto complot para arrojar un explosivo de extraordinaria potencia en la función del Real en honor de todos los príncipes extranjeros que actualmente se hallan en Madrid. Era una maquinación anarquista tan audaz como terrible, de horrorosas consecuencias, si el azar no hubiera hecho fracasar el plan de los asesinos, que han pagado con la vida sus siniestros propósitos.

¿QUIEN VIVIA EN LA CASA DESTRUIDA?

El dueño de la finca, su actual habitador, era un extraño personaje. Era un químico notable. Se llamaba Carlos Hernando de Toledo, descendiente de una familia de abolengo, que gastó una gran fortuna en propagandas libertarias. Ha pasado muchos años en Oriente, en Rusia y en América del Norte;

de todos los países fué expulsado como terrorista peligroso. Era un hombre alto, enérgico, de unos cincuenta años de edad. En todos sus viajes le acompañaba una hija suya de singular belleza.

Otro de los muertos es Pedro Manet, el conocido ácrata barcelonés. El otro cadáver se cree es el de un ruso sospechoso que hará un año fué detenido por la Policía y expulsado de España. Los otros dos cadáveres aún no han sido identificados.

ULTIMA HORA

A última hora se buscaba entre los escombros el cuerpo de la hija del anarquista. Se cree que ha perecido seguramente, porque una vecina la vió entrar en la casa minutos antes de la explosión. Acaso mañana se encuentren sus restos carbonizados. Pero hasta ahora el cadáver de Angélica Hernando de Toledo no ha sido hallado.»

Luis Florestán exhaló un alarido, se irguió y cayó como herido por un rayo entre los brazos de su amigo.

Durante un mes, una aguda fiebre cerebral puso su vida en grave riesgo.

IX

En los últimos días de septiembre partió para Andalucía. Necesitaba reposo y olvido. Era como una triste sombra de sí mismo. Habían transcurrido seis meses desde la espantosa muerte de Angélica.

Cayó en una honda misantropía, después de una furiosa crisis de desesperación. ¡Había sido la gran pasión, el gran deseo y también la sublime ternura de su existencia! ¡Ahora había en todo un vacío tan enorme!...

Después le asaltó una hiperestesia religiosa. Se pasaba el día en los templos, ante las vírgenes vestidas de azul y ante los Cristos amoratados. Volvió en su desconsuelo los ojos al espiritismo ingenuo. Después se hundió en una sima de descreimiento, apagando todas las luminarias de la Esperanza, amargamente materialista. Cuando recordaba la Misa del Diablo y las promesas del profesor, se revolvía furioso.

—¡Imbécil de mí, que creía en sus supercherías!

¡Locos y malvados, hatajo de seres repugnantes y sacrílegos! ¡Y yo que tuve mi esperanza en las hechicerías de aquella noche! ¡Ya la he perdido para siempre!

Un poco más sereno volvió a Madrid, en pleno invierno. Se paseó por los barrios viejos, por los jardines solitarios. Una noche, ya muy tarde, se encontró a un escritor amigo suyo, que acababa de llegar de París. Le invitó a entrar en un elegante cabaret de noche. Un poco contra su voluntad, accedió.

Mujeres alegres, casi desnudas, elegantes, *fin de raza, croupiers,* nuevos ricos y algunos estudiantes, llenaban la sala. Había un enorme bullicio de risas y de voces destempladas que apagaban la música de los violines que unos pobres virtuosos vestidos de rojo—el arte mendigo vestido de librea—tocaban en un rincón del «cabaret».

Florestán y su amigo se sentaron con varios escritores y periodistas. Unas muchachas llegaron en seguida. En el «cabaret» se jugaba a la ruleta.

—¿Qué tal el treinta y cinco, Marina?—preguntó alguien.

La *tanguista* suspiró.

—No se ha dado en toda la noche. Pero cuando perdí la última ficha, se dió tres veces seguidas. ¡Es para suicidarse! ¿Quieres darme un duro para ver si me desquito?

—La que gana un montón de billetes es la rubia de negro. Ha saltado dos veces el fondo. No juega

más que al cero. Yo me alegro de que haya alguien que gane.

—¿Y quién es esa mujer?

—No la conocemos. Viene sola... y se va sola. No habla con nadie.

—Emociona verla jugar. ¿Queréis que entremos, a ver si se lleva hasta los clavos?

Y entraron.

Había muchas mesas de bacarat, de treinta y cuarenta, de ruleta, de caballitos, de faraón. Era la catedral del azar. Las raquetas arrastraban sonoramente grandes montones de plata y de billetes. Se oía la voz gangosa, monótona, de los tiradores:

—¡El veintidós, negro!

Y un poco más allá:

—... Siete: encarnado pierde y color.

La voz del subastador gritaba sonora:

—Dos mil pesetas, a la una; dos mil pesetas, a las dos...

La rubia de negro jugaba a la ruleta. En torno de ella, un gran círculo de mirones seguía con ansia los azares del juego.

Ella, impasible, ganaba siempre.

El empresario del juego, rodeado de su corte de matones, afectando serenidad, dió orden de que se le admitiese lo que quisiera jugar. La rubia coronó el cero con fichas de mil pesetas. Se hizo un hondo silencio. Se oía el crepitar de la trágica bolita, sal-

tando en los obstáculos de cobre. Por fin cayó en una casilla.

—¡Cero!—cantó el *croupier*.

Se alzó un clamor de alegría en la sala. El pagador contaba grandes montones de fichas.

—¡Ha desbancado otra vez! ¡Me alegro!—gritó Marina, la perseguidora del treinta y cinco—. He debido seguirla. ¡Ya ves, el cero es lateral de mi número!—añadió con melancolía.

—Y es una soberana mujer. Fíjate, Florestán—dijo el amigo.

La rubia se había levantado para marcharse. Luis Florestán se creía víctima de una alucinación. La rubia de negro era la viva imagen de miss Angélica. Un momento sus ojos se encontraron. Eran los mismos ojos de oro, la misma boca roja y voraz de amadora insaciable, idéntica arrogancia en el cuerpo blanco y ondulante. La magdalénica cabellera de oro se desmelenaba sobre sus hombros de mármol, de una blancura azulada. Sus manos enjoyadas tenían el mismo ritmo gracioso. En una sola cosa se diferenciaban. La rubia de negro tenía una enorme mancha siena en la mano izquierda.

—¡Qué semejanza tan maravillosa! Yo quiero saber dónde vive y quién es esta mujer.

Salió sola y Florestán tras ella. Cruzaron las calles céntricas.

—Es una cosa extravagante el ir a pie a estas horas, con una bonita suma en dinero y una for-

tuna en alhajas. ¡Qué bella es! ¡Qué tropel de trágicos recuerdos evoca esta mujer extraña!

Dos hombres venían siguiéndola. Florestán creyó haberlos visto en la sala de juego. Tenían una catadura poco tranquilizadora: más de ladrones que de enamorados.

Ella caminaba despacio. Volvía la cabeza para mirarle. No parecía intranquilizarle el seguimiento de los desconocidos. Comenzaban a apagar los faroles y aún no había luz en el cielo. ¡La hora peligrosa de la ciudad: la hora de los ladrones, de los asesinos, de las venganzas y de los amores prohibidos!

La dama se perdió en el dédalo de los barrios bajos.

Aprovechando la fácil huída de una encrucijada, los hombres apresuraron el paso y se dirigierón a ella. ¿Eran, acaso, dos jugadores perdidosos a quienes la necesidad y el vicio empujaban al crimen, o dos apaches profesionales, ladrones de cocotas o de cualquiera que ganase en las casas de juego?

Ya iban cerca de la rubia de negro. Florestán adivinó sus garras cayendo sobre su carne blanca, arrancándole el bolso donde llevaba los billetes, desgarrando de un tirón la bellísima oreja, para robarle los pendientes.

Dió un salto y se interpuso entre ellos. Serenamente les encañonó con su pistola americana, mientras protegía con su cuerpo a la rubia desconocida.

Los salteadores cambiaron rápidas palabras en voz baja. Después parecieron decidirse. Una rápida puñalada, en la sombra, rasgó la capa de Florestán, mientras el otro se abalanzaba sobre la mujer. Florestán apretó el gatillo. Vibró un estampido seco, luego otro...

Los dos apaches se retorcían sobre las baldosas, con las manos engarfiadas manchadas de sangre...

—¡Huyamos de aquí antes de que venga la Policía!

Silenciosamente, la dama rubia se asió de su brazo y huyeron por las estrechas y retorcidas callejuelas que rodean la plaza del Progreso. A lo lejos, se oía rumor de gentes, rápidas pisadas, y brillaban, inquietos, los farolillos de los serenos...

Ya cerca de las rondas se consideraron seguros. No había que temer. No habían sido vistos por nadie. Todavía era noche cerrada.

La dama preguntó:

—¿Está usted herido?

—No. Afortunadamente, erraron el golpe.

—Hubiera sentido mucho que le pasara algún mal por mi culpa...

Tenía una voz extraña, metálica y fría. A pesar de la escena violenta y del riesgo que acababa de correr, la dama continuaba serena, impávida, como cuando ganaba cantidades enormes en el «cabaret».

—Siendo por defender su belleza de maravilla, no

me hubiera importado caer para siempre de una puñalada—agregó Florestán apasionadamente.

—Gracias. Le debo a usted acaso la vida. Es usted bravo. A mí me gustan los hombres que no teman a la muerte. Tenga la seguridad de que no seré ingrata...

Y le sonreía, con sus dientes casi luminosos, entre los labios voraces, con una expresión ardiente y prometedora.

—Le recompensaré como usted quiera...

La promesa le estremeció, como si le incitase a la profanación de algo muy sagrado.

En el seno de aquella madrugada negra, en que casi no se veían los rostros, en el silencio y en la soledad de aquellas callejuelas sórdidas, Florestán, como en una alucinación, creía estar contemplando a la sombra de la desaparecida.

Se sentía envuelto en el sensul perfume femenino y experimentaba las mismas conturbaciones, las mismas furias pasionales de otros tiempos. Su pensamiento, enloquecido por la realidad de aquella maravillosa semejanza, hablaba con la muerta adorada, acariciaba el cuerpo de la mujer nueva con la inefable emoción de poseer a la amada que se fué. Algo en el fondo de su alma se estremecía ante aquella suplantación sacrílega, en que su pobre corazón delirante violaba, con el deseo carnal, la memoria y la imagen de la muerta casta y misteriosa.

Llegaron a la puerta de una casa equívoca, de as-

pecto siniestro, una de esas guaridas nocturnas infames y paupérrimas, habitadas por terribles larvas, donde de vez en cuando aparece una prostituta degollada por un rufián.

La dama se detuvo mirándole hipnóticamente, con una sonrisa húmeda y calina. ¿Quién era aquella rara mujer? ¿Sería una aventurera o una ninfomaníaca enamorada de lo novelesco, alucinada por la sirena de lo imprevisto? Le envolvía con los ojos, le atraía con la fiebre de sus labios, con el cuerpo que se retorcía como un ofidio... La empujó dulcemente y se perdieron en la guarida tenebrosa del amor fortuíto...

* * *

Fueron varias horas de vértigo, de locura, de paraíso... La pasión victoriosa enroscó sus cuerpos en los deleites más intensos, en las caricias más extenuantes, en los frenéticos espasmos en que la red nerviosa estallaba en latigazos eléctricos y el corazón se detenía en una asfixia de placer y de angustia.

¡La vió en toda su regia desnudez; poseyó su gloriosa y deslumbrante hermosura de Emperatriz del Deseo, de Diosa de la Pasión; su infernal y magnífica belleza satánica, obra maestra de la Lujuria, Nuestra Señora del Infierno!

Era la evocación palpitante de miss Angélica... Parecía un poco menos joven, e igual que en la mano, sobre el seno y en los flancos victoriosos, tenía unas enormes manchas obscuras, de un rojo negro, abrasado, inquietante...

¡Y su alma era bien distinta! Esta mujer que dormía junto a él era una magnífica hembra estúpida y fácil—toda ardor—, sin ninguna gracia espiritual.

Sentía una honda fatiga y una enorme tristeza en el corazón. Debía de ser tarde. Apagó la luz...

Estrechó contra su pecho a la hermosa rubia... Besó sus labios una y otra vez, furiosamente, en la obscuridad. ¡Quería hundirse en el sueño con la boca pegada a la suya!

De repente, una sensación de repugnancia le hizo separar los labios... Aspiraba un ligero olor desagradable, que trascendía de los entreabiertos labios de la hermosa durmiente. El olor se fué intensificando rápidamente; era un vaho agrio, denso, insoportable. El ritmo de su respiración se iba haciendo más tenue cada vez.

Se incorporó. El hedor se hacía cada vez más fuerte; parecía que formaba una atmósfera pesada y viscosa en torno suyo. Sentía náuseas en el estómago y una aguda opresión en las sienes. Ya fluía, no sólo de la boca, sino de toda la masa de carne inmóvil. Era un miasma penetrante de carne podrida, como el hedor de un barranco donde hierve al sol el cuerpo descompuesto de un animal. ¡Oh!

¡No había duda: era un hedor espantoso de cadaverina!

Florestán saltó del lecho y abrió el balcón... Un raudal de luz iluminó la sórdida alcoba. Respiró a plena boca. ¡No comprendía bien, pero temblaba epilépticamente ante una espantosa sospecha!

—¡Oh, si esta mujer se hubiera muerto de repente!

El hedor le anegaba los pulmones, a pesar de entrar el aire de la calle. Tuvo valor para acercarse al lecho. El cuerpo yacía espantosamente amarillo, lleno de repugnantes manchones morados. La levantó los párpados y dió un grito de horror. Sobre la pupila vidriada una larva blanquecina y ondulante surgía del lagrimal. La boca que acababa de besar frenéticamente estaba rodeada de un círculo negro y había cesado de respirar. Tocó aquel cuerpo de magnífica belleza y sus dedos se hundieron en una masa blancuzca y purulenta. Asió sus rubios cabellos, y al cambiar de postura la cabeza, por la boca y por los tubos de la nariz manaron dos chorros de un líquido viscoso, como dos chorreones de sangre putrefacta... El vientre se había hinchado en un disforme abombamiento horrorosamente grotesco y trágico.

Dió un alarido de loco... Entró gente... Mujeres desgreñadas, hombres de mala catadura, medio desnudos... Todos vieron con espanto aquel montón de materia ya informe, donde se habían borrado todas

las facciones, como una inmensa, fúnebre, hedionda plasta de materia en cadavérica fermentación.

Cuando, media hora más tarde, llegó el médico forense, exclamó con asombro:

—¡Es incomprensible! ¡Este cuerpo está muerto desde hace muchos meses!...

X

El mundo literario se ocupó extensamente de la conversión de Luis Florestán, el famoso novelista, poeta y *aprendiz de brujo*.

Se hicieron las suposiciones más disparatadas. Solamente el doctor Saturno, que había leído a la Maestra, pudo comprender que el pacto se había realizado...

Florestán busca el perdón de sus pecados inauditos en un rincón carmelita de Avila, la legendaria y la mística. Después de algunas horrorosas catástrofes de alma, no queda más solución que el suicidio o hacerse fraile.

Un día llegó a visitarle su amigo Perulia, colorado, gordiflón, satisfecho de la vida. Se había casado con una muchacha buena, alegre y que le quería. Tenían un hijo que era un encanto... Perulia está ya convencido de que existe otra vida...; pero mientras llega el momento, quiere vivir en paz, con su mujer y su pequeño, y la conciencia en calma.

Como seguía siendo muy goloso, el padre Florestán le obsequió con unas tortas de hojaldres y cabello de ángel, obra maestra de un lego de la Orden de Nuestra Madre Santa Teresa, la dulce y visionaria doctora...

EL DIVINO AMOR HUMANO

I

¿Y dice, hermano, que conoce a sor Agueda de la Cruz?

—Al pasar, bajo las alas de la toca, he creído reconocer a una buena amiga de mi adolescencia. Se llamaba en el siglo Teresa Marín y la llamaban «La Alondra», porque siempre estaba cantando. ¡Ha pasado tanto tiempo! Pero tal vez sólo se trate de una singular semejanza.

—Pues si quiere hablarla puede hacerlo, que nuestro reglamento no lo impide.

Y la hermana, doblando humildosa la cabeza, echó a andar con las manos exangües y amarillas como la cera de los ex votos, trenzadas dulcemente sobre la cruz oxidada del rosario.

Cruzaron las salas blancas, llenas de lechos iguales, en cuya cabecera había un número y la imagen nimbada de algún santo. Una religiosa leía con voz salmodiadora y monorrítmica milagrosos pasajes de santoral; las viejas incurables a quienes el mal no retenía en el lecho sonreían con beatitud bajo el buen

sol, que besaba piadoso su pobre carne lacerada, lamentable de lacras y de vejez. Las galerías, llenas de sol, caían sobre un jardín simétrico, con un estanque muerto, en cuya lámina verdosa el sol parecía una refulgente moneda de oro.

—Mírela, hermano, al final de la sala de San Francisco, junto a la escalerilla del jardín; allí encontrará a sor Agueda. ¡Que el Señor sea en su corazón!

Y se alejó con paso silente, como una sombra; el blancor de la toca resplandecía al pasar por la áurea escala de sol que entraba por los ventanales, y el lino de las alas se agitaba con la mística gracia de un vuelo.

El joven avanzó; sor Agueda hacía las particiones de pan para el yantar nocherniego y escanciaba el vino de claro color de rubí en pobres cubiletes de metal. Realizaba su humilde menester con unción evangélica, como si preparase la sangre y el cuerpo simbólicos para el sagrado sacrificio.

Al oir las pisadas del visitante abrió los ojos, y le contempló sin sorpresa, dulcemente, mientras sonreía ingenua y fraternal.

—Confiaba en que vendrías, Ernesto; te he conocido al pasar, cuando tocabas el órgano en la capilla. Me agrada mucho el verte; háblame de tu vida, de las amigas de Burgos, la melancólica y querida ciudad de mi adolescencia. Dime si eres feliz. Yo te he recordado mucho en la oración.

El habló de su vida, una vida vulgar, de pena re-

signada, mansa como la corriente de un río monótono y triste. Tuvo un amor, un amor gris, tedioso, con una mujer que murió sin dejar en su alma ningún rastro sentimental; de aquella unión le quedó una niña muy rubita, que ponía un poco de sol en las ruinas de su vida truncada; por lo demás, amarrado al grillete de un existir abrumadoramente cotidiano, siendo triste jornalero de su divino arte para ir viviendo... Sí, tocaba el piano en un café donde iban unas gentes absurdas, grotescas y a veces crueles, que exigían cosas antimusicales aullando y dando patadas. ¡Qué ideas tienen ciertas gentes de la armonía! Aquello era muy triste; él tocaba resignado, sintiendo cómo algo muy bello se moría en su alma. La vida amarga de los artistas pobres, de los tristes fracasados; aquello era una espantosa catástrofe moral, el derrumbamiento de su juventud.

—¿Te acuerdas cuando ibas al Conservatorio? Hablábamos todas las tardes; los canónigos pasaban para ir al coro y cantaban las campanas de la catedral. Me hablabas de tus futuros conciertos en todo el mundo, de tus triunfos en París. ¡Oh, París era tu gran delirio! Querías llevarme contigo para que viese cómo te aplaudían... ¡Aquel era un buen tiempo!

Inclinó la cabeza, toda blanca como una gran camelia, sobre la estameña burda de su ropón. El, acariciado por la magia evocadora de aquella voz,

que parecía sonar muy lejana, escuchaba las áureas trompetas de sus glorias, y la adolescencia marchita resurgía del fondo de su vida, milagrosa y magnífica, como una apoteosis.

Ella también habló de su vida. Muerta su pobre madre, ya no volvieron a sonar sus canciones de alondra en las salas vetustas del frío caserón provinciano. Sus días fueron muy tristes en la soledad; sus ojos se morían en la austeridad de la visión perenne; las campanas doblaban, doblaban eternamente; de todos los rincones surgían tristes sombras evocadoras, esas vagas sensaciones extrahumanas que flotan en las viejas casas deshabitadas, en los lugares por donde ha pasado la muerte. Su juventud se mustiaba en aquel ambiente de helada y venerable vejez, y para las llagas de su corazón buscó alivio en la profunda y dulce palabra de Teresa de Jesús, la celeste doctora. Sintió en su voluntad una suave y pía inclinación, y su mano, como la ungida mano de Santa Isabel, fué paloma de gracia en las lacerias de los llagados y de los miserables.

La voz se extinguió. Aquel relato suave, melancólico y resignado, tenía un piadoso encanto de otra edad. Recordaba esas historias edificantes y sombrías de las antepasadas doncellas señoriales, que ofrecían en el ara el ex voto de su juventud y cuyas vidas se iban extinguiendo dulcemente humildes y olvidadas, como las lámparas de la devoción.

Hubo una honda pausa, en la que flotó toda la amargura de sus vidas truncadas.

—¿Recuerdas cuando tocaba el «Nocturno», de Chopin? ¡Oh, qué gran silencio religioso al terminar! Los dos llorábamos de un modo muy dulce, y nos estrechábamos las manos largamente. No hablábamos, pero ¡qué divinas palabras ponían nuestras almas a aquella música inolvidable!

—¡Aquel era un buen tiempo! ¡Hacíamos tan lindos castillos de humo!... ¡Pero Dios no lo ha querido!

La tarde de Mayo moría, y el jardín era un incensario primaveral. Ascendía un intenso, un inefable perfume nupcial de las acacias, todas blancas como novias; un perfume romántico y ensoñador que inquietaba con una dulce emoción de exquisita voluptuosidad a la azorada sor Agueda de la Cruz. Era la hora de las flores, y las hermanas se encaminaban a la capilla, y a poco sonó el coro de voces cristalinas cantando las estrofas frescas y candorosas.

Ambos callaban; sentían en su ser toda la intensidad iniciadora de aquel momento de primavera; recordaban amablemente aquel lejano y pequeño idilio de la provincia, aquel amor tan pequeñito, tan infantil, revelado con los ojos entre el encanto de la música, romanza sin palabras, dulce momento sentimental, canción del viento. Un amor ingenuo y juvenil, que en las ruinas de sus pobres vidas vulgares era tan precioso, tan único y tan acariciador como

el dulce rayo de sol que llegaba a aquellos melancólicos lechos de hospital.

—¡No sabes cómo siento esta crueldad que nos separa!... El humilde y heroico sacrificio de tu vida, la tragedia grotesca de la mía. El hondo e ignorado dolor de nuestras existencias sombrías, que tienen la amargura de lo irremediable. ¡Oh, Teresa, querida niña, mi hermana! ¡Yo siento en este bello y melancólico momento la inefable emoción de aquellas horas! ¡Siento que te quiero y que ya no es posible!

Y sollozando, inconsciente, aprisionó las manos de la monja, que, azorada y esquiva, retrocedió hasta la ventana que se abría al jardín; el perfume penetrante de las acacias le besó en pleno rostro y le entró por los sentidos. Cerró los ojos; cerca del rostro sentía el hálito ardiente y varonil; se sentía posesa de una intensa y sutil emoción, y un mal pensamiento, lleno de hechizo y sortilegio, una mala idea inquietante y fascinadora como una bella diablesa, cargada de todo el enervante veneno de amor de aquel momento de primavera, violó la celeste castidad de su frente, y en sus mejillas de nardo florecieron como un prodigio dos rosas mundanas.

Llegaba la noche, y un ruiseñor cantaba un epitalamio en la arboleda.

Fué un divino momento. El órgano sollozaba a lo lejos sus dolores confusos y antiguos; sus sonoridades profundas y litúrgicas sahumaban como el incienso.

Un grupo de viejas avanzaba en la sala arrastran-

do los tardos pies; siluetas borrosas, contorcidas, que al pasar por el marco de la luz violeta de los ventanales formaban un hosco cortejo de pesadilla. Sor Agueda, a oirlas, tuvo plena conciencia del momento, y toda tremante, convulsa, pálido el rostro, en el que ardían los ojos fanatizados, se irguió fantasmal, con gesto de alucinada, y exhaló un alarido en el que clamaba el alma austera de veinte siglos.

—¡Pecado mortal, pecado mortal!

En el jardín, un soplo de brisa movió la fronda y parecía que de las hojas de los árboles, del seno de la tierra y de las aguas del estanque se alzaba un clamor fresco, juvenil y victorioso, como una gran risa pagana.

II

Al fondo de la sala había un retablillo, y como ya había caído la noche, se encendieron los dos cirios amarillentos. En el lienzo, sobre el negro del fondo, se vislumbraba apenas un cristo fatídico y lamentable, como los que presidían las liturgias macabras del Santo Oficio.

La campanilla del hospital volteaba melancólicamente entre el triunfo primaveral de los rosales, bajo el cielo ardiente y suntuoso de luceros. Una hermana cruzaba rezongando su rezo monótono, y las ancianas incurables alzaban su clamor coral, arrastrando los estribillos lentos y gangueantes. Comenzaban a desnudarse porque era ya sonada la hora de silencio, y junto a los lechos se divisaban sus cuerpos esqueléticos, contorcidos, lacerados, con todo el horror caricatural de la carne vieja y deformada.

Un grupo de asiladas, junto a la escalerilla, hablaba pausadamente con los ojos turbios y sin esperanza, con angustiosa lentitud, entre suspiros y quejum-

bres. Aquellas vidas no tenían futuro, y el presente era sórdido y sin amor; sólo hablaban del pasado, con jirones incoherentes de diálogo, más bien soliloquios evocativos y dolientes. Sus vivires, tatuados por el trágico «sin remedio», eran huraños y hostiles entre sí; no se amaban las asiladas, galeotes de la misma cadena, condenadas a la misma sentencia implacable, y en vez de fundirse en un inmenso amor de despedida a la vida, esperaban la muerte, odiándose con rencores y crueldades inconcebibles, rayando en la vesania. Parecía que en el ocaso de sus existencias solitarias, supervivientes de sus amores y aun de sí mismas, el dolor de haber vivido demasiado se plasmaba en un inmenso aborrecimiento a todas las cosas.

Una anciana enlutada, a quienes las demás llamaban con respeto la Señora, hablaba melancólicamente. Su mano muy fina y señorial y su noble cabellera nevada le daban un aspecto solemne de retrato ancestral.

—Ya ven ustedes, ahora nadie viene a verme. En aquel tiempo mi palacio era el refugio de toda la nobleza española; mis bailes, mis saraos, los más suntuosos de la corte. Ya casi todos han muerto, y los otros me han olvidado. ¡Es un dolor sobrevivirse!

Y en sus ojos claros vagaba una gran sombra de pesadumbre.

—Esa sí que es pena, señora; haberse visto tan

bien, mientras que ahora... Nosotras lo sentimos menos; como hemos sido siempre tan pobres...

La señora seguía su parla adolorida, con la mirada deslumbradora en los oros magníficos de sus faustos remotos.

—La Reina doña Isabel me amaba como a una hermana. ¡Qué gran dama era aquélla! Toda corazón y toda ternura. ¡La perdieron los traidores y los ambiciosos que la rodeaban! ¡Cuando la revolución, yo fuí con ella a París y la acompañé en su destierro, en el Palacio de Castilla! ¡Ya ven qué muecas tiene la suerte; sola y abandonada, morirá en un asilo la confidente de una reina!

Y abatió sobre el pecho la testa venerable que tal vez había oído lisonjas de príncipes, y que fué flor de belleza en los jardines cortesanos.

Una viejecita, con las manos rojas y sarmentosas, musitó, como si hablase consigo misma:

—¡La confidente de una reina! ¡Bah, yo he sido siempre lavandera; es lo mismo!

Igual era, de cierto, ante la suprema nivelación de la enfermedad y de la muerte.

La conturbada sor Agueda de la Cruz velaba junto al lecho de una enferma, que quizá no viese lucir el nuevo día primaveral, cuando el solecito dorado llevaba tan dulce y tibia paz a las melancólicas galerías. La sor rezaba para ahuyentar las turbulentas emociones de aquel encuentro inesperado. Aquel amigo de su niñez era tal vez la única impresión dulce,

el único recuerdo amable de su pasado; se habían amado mucho, en Burgos, el frío y conventual, y, ¡era extraño!, cuando se creía muerta para las solicitaciones del siglo, cuando su estado de religiosa era la losa de todos sus sueñecitos adolescentes, aquel crepúsculo de primavera ponía en su alma una sed loca de reir, de tender las alas, de soñar mucho. Bien sabía ella que era pecado abominable este divertimiento de la fantasía, y al pensarlo sentía los ojos llenos de un dulce llanto, que tal vez fuese de arrepentimiento, o las tristezas de todas las renunciaciones en plena eflorescencia de primavera y juventud.

En el dormitorio, la calma era honda. El ambiente tenía un vago olor de carne enferma, de fiebre y de medicinas. Se oía latir el corazón misterioso del silencio.

De súbito, la enferma lanzó un alarido, que resonó fatídico en los ámbitos del viejo caserón.

Acudió sor Genoveva, pomposamente matronil, de una fuerte hermosura plebeya, incitante y violenta, aun bajo el humildoso sayal.

—Creo, hermana, que deberíamos llamar al capellán. El número cuatro no sale de esta noche.

El capellán del hospitalillo solía pasar las veladas en la tertulia del director, bien platicando de cosas mundanas o jugando a los naipes, pues era un famoso y arriscado jugador de tresillo.

Cuando le llegó el aviso, estaba empeñado en un

lance dificilísimo, en el que comprometía toda su vanidad y, por lo menos, los emolumentos de un par de misas.

—Bien, voy en seguida. ¡Caramba, qué oportunidad tiene la buena mujer para morirse! ¡El basto!... ¡Fallo! ¡Por vida de...! ¡Vaya un codillo!

Y bajó a dar el pasaporte espiritual a la moribunda, entre la cantarina campanilla de plata, obseso por la mala jugada, malherido su orgullo de tresillista, deseando volver para el desquite...

Sor Agueda de la Cruz descendió al jardín. Por la ventana de la galería llegaba el rumor de las preces, que se fundía con la armonía vagorosa de la noche aromada, llena de azul y plata de la luna, con rumor de nidos en las frondas, y en la tierra como un rompimiento maternal de fragancias y frutos.

De la calle venía un jovial clamor de muchedumbre en fiesta. Se oían las notas populares de un organillo, que destrenzaba sus ritmos canallas en un baile inmediato de chulas alegres y mozos pintureros. Al silencio de encanto del jardín llegaba la música con una clara sonoridad de metal.

¿Qué cosa era aquella dulcísima emoción, aquella ardiente languidez de sus sentidos, que hallaba agradables las livianas músicas, bebía el aroma húmedo del jardín y devanaba bajo su frente aquellas danzas de imágenes mundanas, con tal dulce sortilegio, que le hacía sentir pesada y triste la suave austeridad de su convento? ¿Por qué el recuerdo del amigo

no se le iba de la mente y oía su palabra, honda y sentimental, y en la mejilla sentía la brasa de su boca varonil, como en aquel momento demoníaco de pecado mortal? Sus labios secos aleteaban como si fuesen a florecer en un beso, y sentía un deseo muy dulce de llorar sus dolores sin causa bajo la plata mística de las estrellas.

Cuando volvió a la sala de la moribunda, las hermanas rezaban junto al lecho. Las líneas angulosas, rígidas, del rostro se dibujaban confusas bajo un lienzo blanco. Y en la cama contigua, una vieja horrible y loca se incorporaba, con los ojos extáticos de terror, revuelta la maraña cenizosa de su cabello, como si ventease la muerte...

III

Cuando llegó Ernesto Luna, el nuevo organista del hospitalillo-convento, sor Agueda sintió un violento batir de corazón. Aunque lo deseaba ardientemente, largo espacio estuvo sin atreverse a entrar en la capilla, donde las madres alzaban su voz coral y gangueante. El recuerdo de la tarde pasada era como una brasa sobre su corazón; tenía miedo a que se desbordasen las ternuras antiguas, y la locura del amor profanase la gran paz de su vivir, plácido y austero.

Al cabo entró cuando las monjas iban saliendo en sombrío cortejo, al suelo los ojos y las manos cruzadas sobre el luengo rosario.

Ernesto estaba muy pálido y le ardían mucho los ojos, un poco tristes y cansados de ver pasar la vida tan vacía y tan penosa.

—Querida niña, perdona si acaso ayer turbé tu alma sumisa y abnegada con mi acento profano. Yo me arrepentí mucho después.

—Fué una locura, lo comprendo; pero, mira, tenía tantos deseos de dar suelta a todas las ternuras estranguladas que llevo dentro de mi alma... Además, tú representas aquel tiempo lejano, mis sueños de gloria, la ilusión de un amor que siempre ha perfumado mi vida. Pero ¡qué estoy diciendo! Perdóname, Teresa; me olvido de todo... Tú ya no puedes oirme hablar así; mi corazón debe ser mudo en tu presencia...

La monja, callada, extática, comprendía bien aquel horrible suplicio de ahogar el corazón a flor de labio. Sí, debían callar; que nunca profanasen las palabras aquel dulce secreto. Tal vez valían más las ansias mudas, las ilusiones acariciadas en la soledad, el cariño que nunca hemos gozado; la realidad pone un torvo y villano subrayado a las cosas, y en el sueño, el amor es una rosa casta e inmortal.

Pero, ¡era tan espantoso aquel tormento tantálico! Las dos almas sedientas se morían de fiebre en torno a la cisterna del amor, encantada.

En el alma del mozo, el derecho de amar tenía fieros sacudimientos de rebeldía. ¡Había sido una fatalidad volver a hallarse!

La monja desvió el diálogo enojoso:

—¿Y tu hijita? La querrás mucho, ¿verdad?

Y luego, con acendrada voz:

—¡Sí, se debe querer mucho a los hijos!

Y la doncella casta, acaso sentía una gran turbulencia en su interior, que la invocación maternal in-

quietaba el fondo ancestral y misterioso de sus entrañas de mujer.

—Sí, se les quiere mucho. Ellos son la cristalización alba y risueña de nuestra juventud y de nuestro amor. Soñamos que ellos hagan lo que nosotros queríamos hacer y no hemos podido. ¡Ya ves, yo pienso a veces que mi hija sea una gran concertista que recorra el mundo en triunfo! Ese era mi sueño de muchacho; que ella lo realice; su padre no ha podido pasar de ser un pobre pianista de café...

—¿Y cómo se llama tu hijita, Ernesto?

Hubo una pausa, henchida de una infinita ternura.

—¡Se llama... Teresa, como tú!

La hermana iba penetrando en el secreto de aquella vida consagrada del todo a su recuerdo, y el gran amor oculto y resignado que ya no era posible, le inspiraba un dulce temor. En su alma gris y adolorida aparecía la idea de aquel amor con toda la excelsitud y la pureza de un misticismo. La voz de Ernesto tenía el prestigio encantado de la milagrosa anunciación, de una nueva vida honda, fecunda y armoniosa. Una vida bien distinta de la presente, abrumada por la mortal tristeza del hospital, gris y vacía, sin esperanza, estéril y árida, como un largo camino sin fuentes y sin flores, a cuyo fin aguardaba la muerte.

Y sintió un gran terror físico. ¡La muerte! ¿Serían verdaderos los maravillosos paraísos de la fe,

o, sin un más allá de luminosa justicia, se pudriría bajo las sábanas de tierra la miserable carne sensual y triste? ¿Valdría la pena de sacrificar toda la vida a aquel ideal ultraterreno?

—Ernesto, ¿tú tienes miedo a morir? ¿Crees que hay algo más allá?

Y al formular la pregunta, bajó los ojos, como avergonzada de aquella duda abominable en una religiosa.

Ernesto Luna sonrió amargamente.

—Por desgracia, querida niña, no creo en nada ya. Mi única creencia, mi fe, mi religión es esta emoción del amor, que es el alma del mundo, que hace locos y santos, que abrasa las entrañas de Mesalina e inflama de una dulce demencia el alma visionaria de Teresa de Avila.

—¡Sacrílego!

—El amor es el mimo. Hace delirar de celo nuestros sentidos y lleva al cenobio al duque de Gandía. Sacrílego y sublime, infierno y gloria, es lo único que nos compensa, en parte, del dolor de haber nacido; baja como un gran río musical y profundo y misterioso desde los primeros días del mundo; así, cuando nos decimos la divina palabra, ungimos nuestra boca con una gracia de eternidad. Es una gran llamarada que incendia el universo, y debió de abrasar el alma de Dios mismo, porque amor es creación.

—Pero, ¿y la muerte, Ernesto?

—Es el horror de los horrores. La crueldad más

abominable de la conciencia, lo absurdo, lo que nos estremece y nos taladra; lo inconcebible para la pobre inteligencia de estas lamentables caricaturas humanas. Pero sobre el dolor de la vejez y de la muerte, eflora el dulce amor. Hay que gozar, Teresa, del momento encantado. ¡Tal vez tras del horario nos contempla la muerte en este instante!

Se separaron. Al punto tuvo noticias la madre superiora de que sor Agueda parlaba en demasía con el nuevo organista, a solas, muy bajito y muy íntimamente, y tenía la hermana la boca muy fresca y los ojos muy lindos, y gentil apostura el galán para que aquellas pláticas no fuesen en servicio del diablo, por gajes de la pícara voluptuosidad.

Dura reprimenda hubo de sufrir por su liviana inclinación. La voz de la superiora era inflexible, antañona, inquisitorial; todos los amores, lazos y gustos de la tierra habían de sacrificarse al divino Esposo. El cilicio y la penitencia sería freno para los devaneos de su carne joven.

—Reclúyase en su celda, hermana; haga tres cruces con la lengua en las baldosas, en señal de humildad. Y esta noche velará hasta la madrugada, en el depósito, que hay dos difuntas, y bien habrán menester que se rece por ellas, las pecadoras.

De fijo que había sido sor Genoveva la delatora; la vió pasar dos veces por la galería, mientras hablaba con el músico. La sonrojaba que dudase de la limpieza de su pensamiento, de su vocación religio-

sa, de su angélico amor a los pobres y a los enfermos.

Para ser enfermera de aquellas ruinas de vida, incurables, extravagantes, hediondas, se necesitaba tener puestos siempre los ojos en la altura, para no ver tanto miserable horror a ras de tierra.

Llegada la noche, sor Agueda se encaminó al pabellón de los muertos. Estaba separado del resto del caserón, en una corraliza, con un poquito de huerta y un pozo en medio, cercado por un muro pardo y empenachado de jaramago, a cuyo exterior había una plazuela con torcidos arbolillos, balcones con macetas y una fuente vieja de piedra, de esas ornadas fuentes que se fabricaron en los días dichosos del señor rey don Carlos III.

El pabellón era de cal y de ladrillo, blanco y paupérrimo. Tenía dos ventanucos abarrotados casi en el techo, renegridos por el humo de los hachones. Sor Agueda empujó la puerta, entornada; sobre un tablado de pino había dos ataúdes, donde dormían las dos incurables a quien el azar había unido para hacer juntas el supremo viaje. Un ataúd era negro y con galón dorado; el otro era uno de esos pardos y siniestros ataúdes de hospital que conserva hedores de otros cadáveres.

Sor Agueda se arrodilló junto a las dos muertas. Iba pasando la noche. Armoniosa y encendida de estrellas, fuera, cargada de un olor fuerte de cera,

de flores y de cadaverina, alucinante y angustioso, en el pabellón.

Sor Agueda, para ahuyentar aquellas malas ideas que turbaban su santa simplicidad, buscaba refugio en la oración. La luz amarilla de las hachas, batidas por el leve viento, al extenderse por el rostro de las finadas, les daba una inquietante ilusión de movilidad. La monja sentía un vago terror. De más allá de los muros llegaba el clamor de la vida ciudadana; se veían los últimos balcones iluminados de las casas abiertas a la noche cálida, perfumada, y de la plazoleta provincial y arcaica ascendió el perlado reir de unos niños, y las voces frescas y candorosas cantando una de esas canciones de los jardines que conservan un espíritu legendario, de encanto, renovado en cada labio ingenuo que lo canta:

«Papeles son papeles,
cartas son cartas,
palabras de los hombres
todas son falsas.»

Y la voz dejaba una dulcísima estela sentimental, mas luego ardía en un infinito anhelo de amor:

«A lirón, tira del cordón,
cordón de la Italia.
¡Dónde irás tú, bien mío,
que yo no vaya!»

¡Qué gran emoción pasional iba en aquellos dos versos infantiles!

—«¡Dónde irás tú, mi bien, que yo no vaya!»—repitió la monja, sintiendo la intensidad, el excelso lirismo de la tonadilla.

Tenía la sensación de un amplio horizonte, con mucha tierra florida que recorrer, y su alma viajera oía sin cesar la frase ardiente de la canzoneta, aromada de eternidad. ¿Dónde iría su pobre alma tras de aquel amor loco e irrealizable? Pero su imaginación volaba, volaba, como hacia un lucero muy alto, y su corazón sentía la angustia de un pájaro al que le atan las alas.

Recordaba la frase de Luna: «Hay que gozar del momento encantado»; tal vez detrás del horario la miraba la Muerte en aquel mismo instante. ¡La Muerte! Y volvieron los terrores infinitos a luchar con el amor y con la juventud, que tan ardientemente llamaban a su puerta.

Se irguió horrorizada; contempló los cadáveres, con los rostros helados y amarillos, con las huellas violáceas, inmóviles eternamente. Y en tanto era tan bella la vida fuera de aquellos muros, en aquellos cuartitos que se veían en lo alto de las casas, donde había tanto sol por la mañana, entre los romances de los niños, que son el mismo amor hecho carne y canciones.

Y la doncella lloraba hilo a hilo el hondo y dulce

anhelo de vivir, sepultado en el horrible «impace» de su convento.

Chisporroteaban los cirios, el olor macabro se hacía más intenso; sor Agueda, dentro del pabellón, se sentía como muerta, encerrada para siempre con aquella carne vieja y lamentable. Oyó un gran crujido: uno dé los hachones cayó sobre los ataúdes, y ante sus ojos pasó veloz una forma negra y liviana. Parecía que todo el negro horror de aquella casa, de su vida, de su pobre alma delirante, se desplomaba sobre ella. Ahogó un grito de espanto; en un rincón, azorado, un gato negro y espectral la contemplaba con lo ojos verdes, fosforescentes como dos esmeraldas, en un éxtasis de terror...

IV

¡Mañana de domingo! La campanita loca volteaba, había mucha música de pájaros en el jardín y un dulce sol de paz doraba las galerías. El retablillo tenía rosas nuevas; todo brillaba alegre y limpio; las camas, con los lienzos olorosos y colchas rameadas; el suelo, recién lavado, relucía; el ambiente letal estaba purificado por el aire suave de la mañana azul.

—Aquí, que hay solecito...

—¡Bendito sea Dios, que siente una el calor hasta en el alma!

—¡Luego vendrá mi Luisa y mis dos nietecitos! Ya verá usted qué angelotes; da gloria mirarlos... Estoy toda la semana suspirando por el domingo, ¡como que es el día que veo a la hija de mi alma!

—También a mí vienen a verme mis sobrinas... La mayor ya está hecha una mujer; gana catorce reales en su oficio... Por su gusto no estaría yo aquí; pero, ¿qué van a hacer las pobres? Sería una carga muy pesada; los viejos no damos más que cuidados.

Las hermanas iban y venían, disponiéndolo todo; a la tarde visitaría la casa el director, con el capellán y algún señorón del Patronato. A la hora de las flores habría función en la capilla y traerían a otros dos músicos, con sus volines, para que acompañasen al organista.

Entre las asiladas que tomaban el sol en la galería, había una muchacha, que era la única incurable joven. Era su vida la más trágica y la más miserable, porque ni aun recuerdos tenía. Se llamaba María Expósito, para que hasta en el nombre llevase la crueldad de la ignominia, como una voz que a lo largo de su vivir parecía decirle: «Para que nunca olvides tu origen desdichado y que lo sepan todos, para afrentarte.» Era como un tatuaje de la cruel caridad que la acogiera.

Nació con la herencia de un mal incurable; de la Inclusa pasó al Hospicio, donde corrió su infancia triste y gris con esa conmovedora tristeza de los niños muy infortunados. Era muy delgada, dulce y feíta; sonreía a todo, resignada a vivir la desolada tristeza de aquel asilo, con su traje de paño burdo y azulenco, peinados sin coquetería sus cabellos escasos, de un rubio cenizoso.

Sor Agueda quería mucho a la expósita, que la profesaba una dulce veneración y estaba siempre como maravillada ante la suave belleza de la religiosa.

A media tarde fueron llegando las visitas de las

asiladas. Se abrazaban con ansia, entre risas y llanto, y hablaban todos a la vez, en un amplio desbordamiento de emoción. Les traían paquetitos con golosinas y aun algunas viandas; eran dos horas de alegre intimidad para aquellas desterradas de la familia.

La señora, retirada de todas y un poco triste, contemplaba el simétrico jardinillo, más sola entre la alegría de las demás.

Luego se vió aparecer por las galerías la jocunda persona del clérigo tresillista y otros dos señores ancianos, enlutados y solemnes. Y el director, con sus dos hijas, dos adolescentes lindas y enjoyadas con vestidos coquetones y perfumados, daban una sensación de vida burguesa, serena y feliz, que dejaba al pasar en las galerías del hospitalillo un suave rastro de nostálgica pesadumbre.

Más tarde llegó el organista, con dos cofrades que traían las cajas de sus violines, como féretros pequeñitos. Sor Agueda esquivó platicar.

—No me hables, Ernesto; la superiora me ha reprendido...

—¿Por qué motivo? ¿Qué hemos hecho de malo?

—Nada...; pero la regla lo prohibe, y...

Estuvo a punto de romper a llorar. Ya no podrían hablarse nunca; detrás de ellos estaría siempre la mirada fija de alguna hermana, escudriñando sus movimientos y sus almas con suspicacia inquisitorial. Estaban cautivos con unas cadenas invisibles,

que serían grillete sangriento cuando la pasión les hiciera olvidar la necesidad del sacrificio.

—¡Y hoy, que tenía tanta necesidad espiritual de hablar contigo! ¡Mi hija está enferma, y me da tanta tristeza y tanto miedo!

—¿Y quién la cuida, Ernesto?

—Yo mismo, en las horas que me quedan libres. ¡Figúrate con qué ansia volveré a mi casa; estoy tan solo!

La figura opulenta de sor Genoveva apareció al final de la galería. Sor Agueda, todo temblorosa, azorada, huyó hacia la capilla, mientras murmuraba con un extraño acento de rencor:

—Esa, esa es la que me espía.

Sor Genoveva pasó junto al músico, con los ojos negros y ardientes clavados en el suelo, con beatífica humildad, que desmentía sus pomposas caderas matroniles y su boca gruesa y voraz de gozadora.

La monjita sentía una pena muy honda al pensar en aquella niña enferma, a quien no conocía, que era, sin embargo, algo muy suyo, muy íntimo, como una hijita ideal, que se llamaba también Teresa, y que en su alma debía tener un rastro de aquel profundo amor que había sabido conservar el músico hacia ella, vencedor de la ausencia y de la distancia.

Luchando bravamente con la vocación monástica, que se le iba, con aquel absorbente y extraño amor, con su ansia de volar hacia otra vida, sor Agueda parecía una pálida sonámbula, rodeados de círculos

azules sus ojos pardos y melancólicos, de una espiritual delgadez el cuerpo virgen y armonioso.

En vano se arrojó a los pies ungidos y llagados de los cristos en demanda de su dulce simplicidad pretérita; el diablillo del amor no habría de salirle del cuerpo ni a fuerza de exorcismos ni con el hisopo de las prácticas bárbaras e ingenuas. Y turbada su alma, algunas noches se había despertado inquieta en su celda, con los sentidos exaltados en un extraño ardor inefable y cruento. Y entre la niebla de su ensueño pasaba la figura de Ernesto Luna, sentimental y visionario, como en aquellas tardes provincianas, y otras veces como un vampiro de amor que quería sorberle la vida a flor de labio.

La sangre ardiente y joven, y la enardecedora primavera se conjuraban contra el árido concepto de la castidad. Algunas veces salía de su celda, en la alta noche, y se iba al jardín, a mirar a las estrellas azules y parpadeantes, que, en los espíritus alados, dejan la sensación del infinito. Una vez, mientras el hospital estaba en silencio, sin más luz que la lamparilla roja del retablo, oyó un vago rumor al pasar por la sala de visitas. Inquieta y curiosa, alzó el picapote; la sala estaba en sombras; avanzó; ¿sería sólo una ilusión de su oído? El ruido extraño, como un jadeo y musitar de palabras en voz baja, volvió a sonar. Sor Agueda sintió miedo. Allí había alguien, y no acertaba quién podría ser a hora tan desusada. De súbito, la voz se hizo más clara, y era varonil

y cariñosa, y, al oirla, la monja se quedó inmóvil de sorpresa.

—¡Dame tu boca, mi alma!

Tornó el rumor, como de besos largos y silenciosos. Cerca de ella, en la penumbra, lo mismo que un delito, el placer alzaba su himno a la vida. Volvía la voz femenina, trémula y como enloquecida:

—¡Me vas a matar, me vas a matar!

Y había una inefabilidad de delicia en aquel acento que sor Agueda se preguntó qué especie de dolor o placer era aquél, en cuyo paroxismo el amor se abrazaba con la muerte.

Más habituada a la obscuridad, vió en un ángulo, sobre el gran sofá, dos figuras que se enlazaban hasta formar una, y el blanco aletear de las tocas monjiles. ¡Era una religiosa la que así se extraviaba en aquellos vergonzosos deleites! Pensó en ella, sonrojada; no quería ver el rostro de la pecadora; pero la curiosidad o la atracción de la culpa la retuvieron en su miradero. Vió ya más claramente cómo los rostros se juntaban en besos absorbentes y se trenzaban los cuerpos. En aquel punto, la estancia se iluminó con la luz suave y azulada de la luna, que se entraba por el vitrial. Entre la lacería del amor varonil, bajo los mostachos y la boca mordiente del galán, el rostro de sor Genoveva, la matrona opulenta, estaba transfigurado por el placer.

¡Qué grande debía de ser aquella delicia, cuando no la vieron entrar ni salir, en la quintaesencia de

sus livianos paraísos! Momentos después, un hombre pasó ante el retablillo del portalón; sonó la puerta lentamente, temerosamente.

Sobre su lecho de virgen, sor Agueda rompió a llorar, con lágrimas hiperestésicas, deslumbrada por lo que había visto, como por una gran claridad.

Pensó, al principio con horror, en la hermana pecadora, que se entregaba a aquellas escenas de burdel.

—Miren la hipócrita, la espía, que abre a un hombre la puerta por la noche.

Después, su rencor se fué fundiendo en una suave piedad hacia aquella carne que, como la suya, se abrasaba en los fuegos del pecado. Era como una llamarada de la hoguera del mundo, que el aire empujaba hasta aquel melancólico retiro.

¿No era tal vez absurda y cruenta y antihumana aquella vida de renunciaciones? Buscando en su conciencia halló menor la falta de la hermana; pensó en la frase de Ernesto Luna: «Hay que gozar, Teresa, del momento encantado; tal vez tras del horario nos contempla la muerte en este instante.»

Y se durmió, soñando con los ojos negros y cariciosos del músico. El ciego ruiseñor de los epitalamios cantaba en el jardín; veía un interior iluminado, lleno de paz, con una cunita blanca, donde dormía una niña rubia y pequeñita, y soñaba, entre lágrimas inefables, que ella velaba junto a la cabecera de la hijita ideal a quien no conocía.

V

Ernesto Luna vivía en un modesto piso limpio y soleado, en un barrio extremo. Sus únicos vecinos eran los gatos del tejado, con tejas bermejas y verdinegras; su vivienda formaba una especie de torrecilla, desde la que no se veía más que azul. En un ángulo estaba el piano; a su lado un musiquero y una mesa con libros y papeles en desorden. Una buena comadre de la vecindad subía a hacer la comida y a atender a los menesteres domésticos.

La enfermedad de la niña le había retenido en la casa aquellos días. Muy a su pesar, no había ido al hospitalillo-convento; no podía separarse de la cabecera; la hijita le llamaba a cada instante, y era triste y cruel que, al abrir los ojos, se hallase sola. También había abandonado el café, donde solía ir a tocar por las noches; pero el dinero se iba agotando y la espantosa pobreza estaba siempre acurrucada en la puerta de aquel hogar.

Una tarde salió a vender unas partituras a un librero de viejo; llevaba una receta y no podía volver

a su casa sin la medicina y algunos dineros para el día siguiente.

Había en Madrid una calle, estrecha y lóbrega, donde estaban las covachas de los mercaderes de libros. Son ellos los más aventajados comerciantes, y por sus finas uñas, parecen haber cursado en los patios de Monipodio, en el Perchel o en alguna otra aula de fullería y malas artes. Yo creo que en toda trastienda, y sobre todo de este gremio, deberían de lucir dos candelarias ante la efigie de San Dimas, cuyo es el patrón de la cofradía.

Un librero de viejo es el animal menos sentimental de la creación, que toda su alma está puesta en su honrado comercio, que consiste en vender en ciento lo que compraron en uno y medio, robo legal en el que no tiene intervención la garra curialesca, aunque en buena moral más fuerte grillete merecían que los bandidos esforzados de los caminos, honra y prez de la majeza española.

Luna pudo obtener apenas, de la sordidez de los libreros, el importe de la receta. Volvió a su casa muy triste; la siniestra pobreza le obligaba a tornar a su trabajo cotidiano, aun abandonando a la enfermita durante unas horas. Aquella noche volvió a tocar al café.

Era noche de domingo. El público plebeyo, y en traje de fiesta, alzaba su algarabía mientras los músicos tocaban. Luna miraba el reloj constantemente,

anhelando, con fiebre, que llegara la hora de volver a su casa.

¿Y sor Agueda de la Cruz, la novia mística, la niña angélica y abnegada, que le hacía pensar en cosas muy bellas y muy irrealizables? Todo su viejo amor había florecido de nuevo, y aquella nueva primavera de su alma le confortaba para luchar a brazo partido con la miseria y con la vida. ¿Qué epílogo tendría aquella dulce y triste novela sentimental, en cuya fábula se hundían dos vidas fracasadas y heroicas, la suya de héroe del vivir cotidiano y la de la monjita, alma celeste, llena del resplandor de la fe, flor de piedad cristiana, mártir de un ideal de renunciación? ¡Bah! El epílogo sería separarse, para no verse nunca más. Era lo menos novelesco; pero la vida suele ser la gran destrozadora de los sueños.

Llevaba ocho días sin verla; pensó en escribirla una carta tan íntima como una suprema confesión, con esa sinceridad de los que se despiden de la vida o del ideal...

La gentualla del café aullaba y pataleaba, pidiendo la repetición:

—¡A ver, maestro, el *Relicario*.

—¡No, el *Relicario,* no; *La Regadera,* que es más sicalíptico!

Y continuaba el desconcierto de aullidos, mugidos, golpes con los pies, carcajadas plebeyas, tintinear de cucharillas. Ernesto, angustiado, oía con horror el rugido de aquel energúmeno de doscientas bocas. Y re-

petía la música canalla, nervioso, febril, ansiando que en el reloj se marcasen las doce y media para volver a su casa.

—¿Qué habrá pasado? ¿Estará despierta? ¿Se habrá puesto peor?

Y corría después por las calles, apretando en el puño las siete moneditas de plata, que eran el pan del día siguiente.

Aquella noche, más abrumado que nunca, tomó su cotidiano derrotero. La memoria le traía sin cesar el recuerdo de la monjita, toda blancura, castidad e idealismo, que tal vez se dolía de su ausencia en la gris soledad de su retiro.

Abrió la puerta de su mechinal. Silencio hondo; fuera se oía a los grillos cantar la sinfonía de la primavera. La casa estaba a obscuras; prestó atención; se escuchaba el ritmo acompasado del respirar de la enfermita. Dormía.

La ventana estaba abierta a la noche calina. El músico se asomó a contemplar el cielo, igual que un parque azul donde brillaban margaritas de luz. La luna tenía un halo de oro, y sobre su frente monda una nube azulenca semejaba un largo velo al viento.

La suave poesía de la noche vertía en el alma como un ungüento milagroso para las miserias del vivir. Los luceros lejanos le suscitaban dulces emociones, de un alado lirismo; se dijera que su alma, toda música, se esparcía en el alma de la noche en

una comunión profunda y religiosa. La voz panteísta del universo le adormecía con su salmo de una liturgia azul y perfumada de primavera.

Después, de puntillas, se fué acercando a la cuna a besar la frente infantil entre los rizos rubios Del fondo de la alcoba surgió una voz fresca y musical. Ernesto Luna creyó estar soñando, y estuvo a punto de caer de rodillas como ante una aparición.

—¡Teresa! ¡Tú!

—Sí, yo—dijo la dulce voz—. Mientras tú luchas por la vida, yo velo junto al lecho de tu hija.

Al rayo azulado de la luna se veía a sor Agueda de la Cruz inclinada sobre la cunita, iluminado el rostro de azucena por una angélica sonrisa.

VI

—Te parece milagroso, ¿verdad?

Ernesto, deslumbrado, mudo, oyó el relato de aquella maravilla. Durante aquellos días que no fué al hospital estuvo muy triste, muy triste..., con el alma absorta en su recuerdo, pendiente de la puerta, y cada vez que ésta se abría y él no llegaba, pensaba con una macerante amargura que la niña pudiera estar peor, tal vez muriéndose... Ella, al ir allí, no hacía más que cumplir con su deber de Hermana de la caridad... Después, cuando se restableciese la pequeña, se volvería al hospital de incurables. No tenía aquello nada de extraordinario; en el reglamento estaba permitido que las religiosas fuesen a cuidar enfermos a las casas. La superiora le había dado permiso.

Aquel relato sencillo y vulgar, narrado con su voz suave y casi infantil, tenía una honda extraña de ternura y de resolución. En su espíritu había sentido el deseo ardiente de ver a aquella hijita ideal, a quien no conocía. No pensó en los peligros de

aquella aventura, en que tal vez no podría resistir la palabra apasionada de Ernesto, no; se temía a sí misma, a su propio corazón, que era su más formidable enemigo.

—Y ahora, acuéstate; tienes algo de fiebre, de no dormir estas noches pasadas, y mañana tendrás que conquistar el pan de cada día. Descansa, que yo estoy junto a ella.

Hubiera querido besarla la mano, la orla de su vestido, el cordón del hábito, como la reliquia de una santa. Durmió con una gran paz sobre el corazón. Al despertar a la otra mañana vió abiertos, junto a él, los ojos luminosos de la monja, como dos flores doradas.

El trabajo del día fué alegre, preñado de risueños optimismos; en su alma sentía el encanto de una jugosa renovación.

Comieron juntos y se reían ingenuamente, sin causa alguna, como dos niños, por la íntima y clara felicidad de hallarse juntos. Fué un mediodía jubiloso, lleno de sol, que irisaba la cristalería, doraba el blanco mantel y daba un beso de luz en el pan amasado con el dolor del hombre.

—¿Verdad que estás más alegre que en el convento?

—Sí, estoy más contenta. Me pesará volver; pero es mi obligación; he hecho voluntad por toda la vida.

Y bajó la cabeza, abrumada por la eternidad de

aquel voto, que le pesaba igual que la losa de un nicho.

El ajuar de Luna estaba en un pintoresco desorden, todo empolvado y revuelto. La mano femenina le prestó aseo y armonía.

—¿Cómo es que no tienes pájaros, Ernesto? A mí me gusta mucho que me despierten con su canto. ¡Ni flores tampoco! ¡Vaya un artista, a quien no le gustan las flores!

Al día siguiente los trinos de un jilguero llenaban el cuarto, y la ventana estaba cuajada de macetas, cuyas flores embalsamaban el ambiente.

La enfermedad de la pequeña no cedía. Al caer la tarde aumentaba la fiebre, y cuando el músico se iba a su tarea cotidiana aún no había cesado. El médico sólo daba este terrible diagnóstico: pobreza de sangre, anemia, miseria... La falta de aire puro, de alimentos sanos y fuertes; la falta de dinero, que es una hoja homicida levantada siempre sobre tantas cabezas. En aquel hilo de vida dulce y débil que se iba extinguiendo había una tragedia honda y vulgar, el drama cotidiano de la pobreza.

Muchas noches, al volver, hallaba a sor Agueda con los ojos húmedos, con rastros de haber llorado. Horas de angustias mortales pasaban ambos junto a la cuna, con el alma pendiente del termómetro, cruelmente invariable en los cuarenta grados.

En la muda desesperación lloraban silenciosamente con idéntica agonía, que la monja sentía una ternura

maternal por la enfermita. Era el sentido preclaro de la vida, que iba abriendo ante sus ojos como una deslumbradora verdad.

En los transportes de emoción, inconscientes, llegaron a cogerse las manos, en lacería de consuelo, ante el mutuo dolor. Cuando, rendido de fatiga, Ernesto dejaba reposar su cabeza sobre la almohada de la niña, sor Agueda jugaba con los cabellos negros y luengos del organista. Era una suave confianza, sin turbulencias pasionales, con dulcedumbre de remanso.

Por las mañanas, la nena estaba mejor y charlaba con su encantadora media lengua, y besaba la mano pálida de la hermana, mano breve y cerúlea, como la de algunos retratos antiguos de santas y de emperatrices.

Varias veces, al volver a su casa de improviso, Ernesto la había visto de bruces sobre la cuna, asiendo una mano de la nena, con la cabeza al lado de la suya y los ojos llenos de llanto.

—¿Por qué lloras, Teresa?

—Por nada; es una tontuna, ya ves: lloro por el día que tenga que marcharme de su lado.

VII

Una tarde oyeron gran tumulto a la puerta, a tiempo que llamaban con alegre repiqueteo.

—Abre, Ernesto, abre, que soy el mensajero de la fortuna.

Y resonó un coro juvenil de carcajadas.

El visitante que llevaba tan fausta mensajería era Pedro Luján y otros dos cofrades en buenas letras y malas hambres.

El literato, un muchacho moreno, fuerte y simpático, traía un periódico en la mano.

—¿De modo que esperas a que venga yo a tu casa? Lo lógico hubiera sido que nos hallásemos en el camino. ¡Por fin, chico, por fin, la fortuna se ha acordado de nosotros!

Ernesto estaba completamente asombrado.

—Pero ¿es que no te has enterado del resultado del concurso? Lee aquí y abrázame después.

Ernesto leyó: «...y abierto el sobre, resultó que la obra premiada era original de Pedro Luján y la partitura de Ernesto Luna...»

—Pero, ¿es que no te vuelves loco de alegría? ¿No sientes ganas de bailar, de dar gritos, de tirar el sombrero al aire? Pues ahí es nada: la consagración de nuestros nombres, los derechos de autor y cinco mil pesetas de premio. ¡Cinco mil pesetas juntas! Hay que celebrarlo dignamente; esta noche te vienes a cenar con nosotros, y que toque el piano el animal del dueño del café.

Ernesto rehusó el convite.

—¿Que no quieres salir? Pues es lo mismo; cenaremos aquí y convidaremos a todos los vecinos y al casero, y a los transeuntes, y gritaremos hasta que sea de día.

—No es posible, Luján. Tengo a mi niña enferma.

Levantó la cortina de la alcoba y los cofrades vieron, con asombro, la gentil silueta de sor Agueda de la Cruz.

Cuando hubieron salido los regocijados camaradas, preguntó la monjita:

—¿Por qué no te has ido con ellos a celebrar el éxito? Era muy justo.

—No, prefiero quedarme aquí... contigo.

¡Aquél era un gran suceso en su vida, el logro de sus vigilias de muchas noches de fiebre y de poesía, en que la creación tiene sublimes angustias de alumbramiento. Aquella obra, que ahora la loca casualidad premiaba en un concurso, había sido rechazada por todos los cretinos empresarios—todos los empresarios son cretinos—y había sido la befa de histriones y de

comediógrafos de pan llevar, y hasta de algunos señores críticos, distinguidos buhos, siervos de la retórica, paladines del tópico, cuyas antiparras no ven sino por el sendero trillado.

—Tú no sabes qué mundo tan cruel es el del arte.

Ahora ya era distinto; el porvenir se mostraba propicio; escribiría mucho y estrenaría todo lo que había hecho en los días obscuros y penosos. Ganaría dinero, mucho dinero, para que su hija se pusiera buena con alimentos sanos y aire puro. ¡Hasta el aire costaba dinero! Y después de esto, la gloria. ¡Oh, qué gran embriaguez la de sentirse aclamado en un proscenio o en una gran sala de concierto, en París, la ciudad luminosa!

—¡Oh, casi podría ser feliz!

Y miraba a sor Agueda con una intensidad visionaria y ardiente. Sólo le faltaría que ella presenciase sus triunfos, que le animase en los desfallecimientos; para ella serían las primicias de sus nuevas obras, escuchadas de corazón a corazón en el tibio remanso de un hogar que ella perfumaría con su presencia.

—Pero tú no estarás conmigo, ¡mi alma! Tu juventud y tu corazón se irán mustiando en la melancolía de las salas del hospital, entre aquella podre viviente, en la soledad helada y macerante de tu celda.

—¡Así lo ha querido la suerte! Mi voto es inmutable, aunque al cumplirlo me despedace la vida y me haga enloquecer de dolor. Y es tarde, amigo mío. ¡El Señor nos dará fuerzas para olvidarnos!

El yantar nocherniego fué dulce y regalado. La nena no había tenido fiebre y lo alegraba todo con su graciosa parlería. Se estaba allí tan bien... El alma de aquel interior tenía una voz tan suave y penetrante... ¡Qué contrariedad tener que ir a tocar al café, para holgorio de aquel concurso rufianesco! ¡Bah! Aquella noche no iría; buscaría a un compañero para que le sustituyese, y salió en busca del cofrade.

Además quería aprovechar el tiempo precioso que le restaba hasta que sor Agueda se tornase al convento.

Regresó al punto. La noche era muy calurosa y abrieron la ventana; se llenó el cuarto de la fragancia primaveral.

—Apagaremos la lámpara, ¿verdad? Nos basta con la luz de las estrellas.

Ernesto se sentó al piano. Brotó la melodía cristalina y sonora como un canoro surtidor.

—¿Te acuerdas?

Y el alma dolorida y romántica de Chopín sollozaba en la clave marfilina. La música rimaba con la noche, con la mística luz de los luceros, con la fragancia de jazmines que erraba en el ambiente dulce y diáfano. Los corazones ascendían al ensueño como por una escala hecha de albor de luna. Era un divino momento en que el alma transfuga y se hace viento y flor, élitro y nube, se pierde la sensación pesante de la carne y se vuela por el azul, hacia el infinito, como si nos hubisen brotado alas.

La mano hábil de Ernesto evocaba las notas de un «Nocturno», el mismo que sonara, allá en los días floridos de la adolescencia, en el viejo salón provinciano. La sor, en éxtasis, creía que escuchaba la voz del pasado, lejana y apagadamente, como las sonatinas de una caja de música.

Entornando los ojos veía el cuadro de la vida pretérita. Se veía ella misma, con su vestido azul y un delantalito con peto, de encaje, y sobre la espalda la trenza espesa y rubia. Recordaba su piano, su alcoba virginal y su balcón, desde donde todas las tardes hablaba con Ernesto Luna, que iba a la escuela de música, mientras pasaban los canónigos para ir al coro y cantaban las campanas de la catedral.

Evocaba aquel viejo salón, lleno de los solemnes retratos tutelares, donde estaba el piano con las bujías rosa, azules, que exhalaban fragancia al consumirse. Y aquellas noches del hogar, en que la vieja criada refería el cuento de una niña perdida a quien se comen los lobos. Ella sonreía entonces, incrédula; después, en la vida, tuvo que refugiarse en el aprisco del Señor, porque sola y pobre, en una gran ciudad, tenía miedo de que se la comiesen los lobos.

Ernesto seguía evocando el alma lírica de aquel pálido artista, cuyo corazón fué pasto de aquella gran vampiresa de amor que se llamó Aurora Dupín; hermano de dolor de Alfredo Musset, que se hundió en los paraísos artificiales del alcohol. Chopín se dejó morir dulcemente... «El Nocturno» era una despedida

a todas las cosas, una gran dulcedumbre otoñal, con el encanto romántico de las hojas secas y del horizonte gris.

Cuando acabó la melodía, flotaba en el ambiente un aroma de idilio melancólico, como el rostro doliente de una vida truncada.

. Y en el silencio hondo y religioso, sor Agueda y Ernesto se asieron de las manos, sin decirse nada, rimando la tristeza de su íntimo dolor con aquella música inolvidable.

VIII

¡Encanto del domingo! ¡Fiesta de los humildes y de los laboriosos; día de liberación y de paréntesis en el dolor y la tarea! ¡Día sereno y familiar; el corazón se ensancha en los campos floridos, y el vino del banquete da paz al corazón y esperanzas al alma! ¡Día en que salen del arca los vestidos joyantes, con un suave aroma de manzanas agraces o de alcanfor! ¡Día sagrado y bíblico, del plebeyo solaz, ingenuo como el alma del pueblo; los ociosos abominan el domingo, porque, los míseros, no saben de esa gran alegría luminosa que se siente en el pecho de los menestrales! Día de danzas y de jocundas canciones, en que los jóvenes se enamoran y los viejos recuerdan!...

Las calles parecían interminables hormigueros humanos; era la hora del paseo...

Por la ventana abierta entraba el sol, el azul y la alegría de la tarde fiesta.

La hijita de Ernesto Luna ya estaba bien, y corría de su padre a la monja, loca de risas, con la

cabeza llena de lazos, en ese feliz renacimiento de los convalecientes, como una gran sonrisa de carne de la vida.

El jilguero cantaba, con alegre voligear, y las macetas de la ventana estaban en plena pompa de floración.

El pájaro y las flores, y la armonía y la limpieza del interior, eran el rastro divino que sor Agueda dejaba al pasar por aquella casa.

Era el día de la partida. Ya la aguardaban las piadosas madres del convento, y las enfermas preguntában mucho por ella.

Se separarían, sabe Dios hasta cuándo...

No se hablaban; abrumados por el dolor del cruento sacrificio, temían que al hablar se desbordase la íntima ternura en un raudal de lágrimas.

Tenía aquel instante la infinita amargura de los adioses para siempre.

—¡Te vas!

Sor Agueda inclinó la cabeza sobre el tosco sayal. ¿Podría irse? ¿Tendría fuerza de espíritu para abandonar aquel rinconcito lleno de amor y de sol? Pedía energías a Aquel que animó al Santo en el desierto contra las emboscadas del Maligno.

—¡Es necesario, Ernesto, es necesario!

Y se retorcía las manos pálidas, igual que un condenado, que tal era la cuitada, ardiendo en las brasas de su propio amor.

Había conocido la felicidad, por la alta permisión,

para que fuese luego más horrenda la renunciación de su vida.

—¡No, niña de mi alma; tu piadoso error nos va a hacer infelices! Créeme a mí, que conozco el preclaro sentido de la vida. Tu Dios, que es dulce y bueno, no quiere que sus criaturas se retuerzan en el ara, posesas del demonio de la desesperación. Sería un ser monstruoso El, que es supremo amor de los amores. Tú tienes en el mundo tu misión que cumplir; más que un amor estéril, extático, conturbado por todas las ansias estranguladas, gusta del otro amor, del dulce amor humano, que es semejanza suya por ser ternura y creación; de ese divino amor religioso, profundo y milenario, que es en la carne del recién nacido el milagro divino, la sonrisa de Dios.

En la exaltación del sentimiento, la palabra de Luna tenía prodigiosas iuminaciones. La niña, testigo de aquella tragedia de almas, sentía un gran temor y se refugiaba en el halda maternal y protectora de sor Agueda de la Cruz.

—¡Oh, vendrán por mí; me arrancarán de tu lado!... ¡Hay un voto implacable!—Y su voz tremaba en un pavor supersticioso, temiendo que viniese por ella el espíritu de la Sombra.

—Yo te defenderé de todos, orgulloso de haberles arrancado una víctima a esa muerte del alma letal y cotidiana; yo les diré que la vida te reclama, en nombre de esas vidas en fárfara que laten en el fondo de tus entrañas de mujer.

La monja, sollozando, asió la cabecita dorada de la niña y besó la blanca frente y los cabellos rubios que ella, aquella mañana, había adornado con lacitos de seda, con todas sus ternuras por la hijita ideal.

El sol doraba el rostro de sor Agueda, que resplandecía cual si tuviese un nimbo. De la calle llegaba un clamor jovial de muchedumbre en fiesta, igual que una oración a la vida.

Ernesto puso la mano de la monja sobre la frente nívea de la niña.

—¿Ves, alma de mi alma, ves tú cómo te quiere? Sabe que te debe la vida... No la abandones nunca... Sé tú su madrecita.

Y asió, febril, las manos exangües de la monja, que, cerrando los ojos y con el alma abierta lo mismo que una flor a aquella nueva vida, apoyó sobre el hombro de Luna la cabeza toda blanca, como una gran camelia.

Fué un momento solemne de eucaristía. Los labios ardientes del músico se posaron plenamente sobre la boca de la monja en un beso infinito, que era amor, era luz y era semilla... Era la apoteosis del divino amor humano.

Aromaban las flores, y el pajarillo cantaba, y reía la niña, que era el humano amor hecho carne y canciones.

Sor Agueda no volvió al convento.

LA MALA PASIÓN

I

Jaime del Arco había oído hablar constantemente de aquella mujer. Sobre todo, Margarita Doral, su amante, le contaba a diario sus originalidades, los rasgos de su temperamento excepcional, las fantasías de su gran espíritu. Margarita Doral quería entrañablemente a Augusta Palma, y al volverla a ver, ya casada, después de los alegres días colegiales, lloró mucho tiempo con ese sentimiento de dicha, mezclado de saudade, entre los brazos de su compañera, de su hermana de alma. Habían estado juntas cinco años en Francia, en el Liceo. Ella era como una hermanita menor, tan frágil, tan delicada, cobijada siempre en el amor de aquella muchacha fuerte, alegre, imaginativa. Fué la amiga única, cuyo cariño consoló sus melancolías de señorita pobre y huérfana. Habían pasado dos años sin verse. Margarita Doral, un poco sola en la vida, se había enamorado de Jaime del Arco, un ingeniero de gran talento, que empezaba a abrirse paso en la vida, y había caído locamente

enamorada, suceso que escandalizó a sus únicos parientes, avaros y pacatos, *gente bien*—que es la gente peor—de patronatos y archicofradías, que aprovecharon la oportunidad para despreocuparse de la muchacha y ponerla en el arroyo, en nombre de la moral escarnecida. Jaime la quería de un modo hondo, apasionado; era el gran amor de su vida triste de estudiante pobre, de luchador sin fortuna. Al saber Augusta esta historia de amor, referida con llanto, unió sus lágrimas a las de su amiga.

—¡Pobre hermanita! Siempre tan romántica. Tu gran corazón te ha perdido.

—Le quiero mucho, Augusta. Es muy bueno, tiene mucho talento. Créeme que soy feliz a su lado, cuando se me olvida que ya no puedo volver al mundo en que siempre he vivido, a mis amigos, a mi familia, a la que conservo cariño, aunque me han tratado tan cruelmente.

—Y, ¿por qué no ocultasteis vuestras relaciones?

—Era imposible. Nos queremos demasiado para poder fingir. Nuestro amor nos parecía una gloria, y hubo un instante loco en que nosotros mismos lo dijimos a voces.

—Me lo presentarás, ¿verdad? Quiero conocer a tu ingeniero, que todavía sabe sentir pasiones de novela, a pesar de sus matemáticas y del ambiente tan burgués en que vivimos.

—Sí, Augusta. Pero antes quiero que me digas que no me desprecias a pesar de mi situación anormal,

que sigues siendo la hermana mayor, fuerte y protectora, de los años del Liceo.

Augusta la besó en los ojos.

—¡Qué ocurrencia! Yo soy muy mujer y comprendo y disculpo las faltas por amor de las otras mujeres... Yo me he salvado acaso por casualidad... Mi marido llegó oportunamente en esa hora de gran curiosidad que tienen todas las muchachas. Me enamoré de él ciegamente. Fué cuestión de tres meses. Pero quiero decirte un secretillo que ya no tiene importancia, porque estoy casada con él. Si nos hubiéramos separado, sería una catástrofe. Antes de ser su esposa, fuí suya. Una noche, no sé cómo, me volví loca... Ahora es un recuerdo feliz. Nadie supo nada. ¡Aquellas citas furtivas tenían, acaso, más encanto que la actual seguridad conyugal! Ya ves como puedo comprenderte y que a tu confidencia correspondo con el único secreto *grave* que hay en mi vida mansa, burguesa, de señora casada.

Y Augusta sonrió feliz, con ingenuas malicias de colegiala en sus ojos profundos, rodeados de ojeras azules.

Era muy simpática, muy comprensiva aquella muchacha. Otra cualquiera de las del colegio hubiese tenido escrúpulos de reanudar aquella amistad. Al cabo, era una mujer caída—por una divina locura de amor—, colocada al margen de su antiguo ambiente tan gazmoño, tan hipócrita, tan respetuoso con todos los prejuicios.

Se sintió entrañablemente unida a Augusta y besó sus manos ebúrneas y enjoyadas, con inmensa gratitud.

—¡Tonta! ¿Qué haces?

Desde aquella tarde que un encuentro fortuito las volvió a reunir, salieron juntas todas las tardes. Augusta se complacía en conocer todos los episodios del idilio romántico de Margarita. Correteaban por Madrid, cogidas del brazo, riendo locamente, como dos colegialas aturdidas. Augusta reía siempre con una fresca música de plata. Iban a los teatros, a la repostería de Molinero, a la cripta de la vieja botillería de Pombo. La alegría, la juventud de Augusta influían benéficamente en el alma melancólica de su hermanita menor.

Por la noche veía a Jaime y le hablaba constantemente de la amiga. Tenían alquilado un estudio en una calle apartada. Un gabinete coquetón para Margarita, lleno de su suave fragancia peculiar, y una amplia sala llena de luz, abarrotada de libros, con una gran mesa donde Jaime trabajaba en sus planos hasta las primeras horas de la madrugada.

Jaime tenía un gran deseo de conocer a Augusta.

Una tarde que Margarita le había advertido dónde iban, se hizo el encontradizo. Margarita hizo la presentación. Se inspiraban una enorme curiosidad. Ella era la única amiga, la hermana que había acogido sus amores prohibidos con una cordial comprensión.

Margarita la había hecho una aureola de bondad, de simpatía, de fortaleza de alma.

—Augusta es un gran espíritu.

Le había contagiado a Jaime el cariño que tenía a su amiga. El estaba rodeado por una leyenda encantadora de hombre de talento, de enamorado elocuente y apasionado, de un alto espíritu, exquisitamente creado para el amor. Era casi una figura de novela romántica.

Se contemplaron en silencio. Se analizaban minuciosamente.

—Es una mujer guapa—pensó Jaime—. Acaso una belleza demasiado sensual. En los ojos tiene realmente un algo extraordinario. Pero no acaba de serme simpática...

Augusta le clavaba las rodelas magnéticas de sus pupilas. Tenía un fulgor siniestro, enrojecido, una fascinación de ofidio en sus bellos ojos llameantes. Hizo un mohín equívoco. ¿Qué pensamientos turbulentos se retorcían bajo su bella y clásica frente de Minerva? Augusta miraba a todos los hombres de un modo profundo, misterioso y fulgurante, como un envolvimiento de hechicería... Después murmuró entre dientes:

—Acaso sea interesante.

Y le tendió la mano. Jaime la estrechó largamente. La mano ambarina y patricia tenía un fuego de ascua, como si aquella mujer fuese una serpiente de

lumbre. Un magnetismo violento fluía de aquella mano señorial y enjoyada.

Margarita sonreía feliz.

—Yo os quiero a los dos con toda mi alma. Me haréis dichosa si llegáis a quereros como hermanos.

Jaime no respondió. Augusta le parecía una mujer extraña y acaso peligrosa. Ella sonrió, con un grácil movimiento de cabeza, arreglando con dos quiméricos deditos los encajes de su escote de mármol azulado, fragante, tembloroso y opulento, que atraía irresistiblemente la mirada con bella y desafiadora desnudez.

II

Jaime del Arco era un hombre contradictorio. Era un enamorado de la ciencia, que comprendía la suprema poesía de las Matemáticas. Tomás Alba Edisson era el sumo pontífice de su religión. Durante diez años vivió entre libros, refrenando su juventud, en una paz casi conventual, con esa noble serenidad y ese ardiente entusiasmo con que algunos raros espíritus van arrancándole sus enigmas al misterio de la Naturaleza. Terminó su carrera y tuvo que pensar en ganarse la vida. Al salir a la vida exterior era un muchacho serio, estudioso, indiferente al bullicio y a las costumbres alegres de los demás estudiantes. Pero en el fondo de aquella alma ecuánime se revolvía una segunda personalidad distinta. Sentía la influencia de la mujer como un dominio irresistible. Era la única sima de pasión en que se podía precipitar. El comprendía que entre una vida intelectual, de estudio profundo, de audaces investigaciones, y el torbellino de la vida sensual había una incompatibi-

lidad absoluta. Los sabios son castos, según su cábala; la mente debe ser el jinete de los sentidos desenfrenados. Pero no podía resistir aquella pasión de mirar, de poseer con los ojos y con el pensamiento a todas las mujeres que se cruzaban en su camino. Esta violencia se disfrazaba, al pasar por su mente de hombre de biblioteca, con una mascarilla de amor estético a la forma femenina. En realidad era la violencia bruta del instinto que le atarazaba la carne.

Se enamoró en seguida de una muchacha que había conocido desde niña. Al volverla a ver quedó deslumbrado por una magnífica belleza sensual, fuerte y poderosa que se desbordaba en aquel cuerpo de diez y seis años. No pensó nunca en saber cómo era el espíritu de aquella criatura. La deseó frenéticamente durante muchas noches de ardores de infierno. Amó sus senos, sus grandes senos blancos, erguidos y perfumados. Fué esclavo del fetichismo de aquel busto armonioso y magnífico. Aquella primera pasión sacó de su cubil a la fiera que llevaba dentro. Era un deseo doloroso, agudo, inefable, que se saciaba en los lechos prostibularios, todas las noches con cuerpos distintos de mujer, en los que su imaginación sólo veía la carne de aquella adolescente adorada. Esta forma vesánica de placer solitario le hizo perder el amor al estudio. Sólo era carne de lujuria y de pasión. Sus violencias de temperamento, el trato con mujeres fáciles que viven de saber arder, su imagi-

nación pervertida por los más locos sueños de lujuria, se estrellaban ante la mujer serena y casta.

Realmente pudo haber sido feliz casándose con ella, en una vida de serenidad y de amor, propicia para el estudio y para una honda labor intelectual. Pero estaba en la hora de la vida en que cantaban en su médula y por los canales de su sangre las más furiosas sirenas de la lujuria. La imaginación contribuía a desquiciar la serenidad de su vida. Era un voraz, un insaciable, un devorador de carne de mujer.

Fué su primera novia la iniciadora inconsciente. Terminó con ella y no volvió a verla jamás.

Tenía un amigo, Pedro Sandoval, escritor de algún talento, enfermo también de aventura y de imprevisto, muy amigo de todas las desnudables de Madrid. Jaime conoció todas las llamas, todas las rarezas, todas las monstruosidades del pecado. Fué iniciado en los más raros deleites, en las más exquisitas monstruosidades. Infinitas mujeres locas y prostituídas le ofrecieron sus rosas de vesania. Gustó, como Don Juan, de la hembra desconocida, con la misma furia de infierno del burlador. La diversa fragancia, la distinta piel, la forma diferente. Las múltiples almas que le hablaron del eterno lenguaje del amor con acentos tan multiformes. Supo bien que no hay una mujer íntimamente igual a otra. No hay dos que sepan besar lo mismo; cada una se entrega con una gracia peculiar; ondulan, acarician, muerden,

nos injurian o nos adoran con una varia locura. Este es el placer supremo del *coleccionista* de mujeres.

Fueron seis meses de vértigo. Una mañana quiso reanudar su trabajo. Una espesa niebla le cubrió los ojos, le zumbaban las sienes. Un agudo dolor de la nuca le obligó a acostarse.

Fué una caída grave. Durante la convalecencia conoció a Margarita Doral, que vivía en la misma casa, en el piso inmediato, con unos parientes huraños a los que pesaba la carga de la huérfana.

Jaime se encontró muy solo, heladamente solo en su casa-estudio de hombre de ciencia.

Quiso refugiarse en el trabajo, pero aún estaba muy quebrantado. Margarita vino alguna vez; como una celeste hermana de la caridad, le habló con palabras claras y luminosas, le leyó las revistas científicas. Era una mujer inteligente, y muy pronto comprendió el encanto de la matemática, que era la antigua y más noble pasión del ingeniero. Fueron unos dorados días de primavera en que su carne renacía gozosamente. Y también, como por un sortilegio, fué renaciendo su alma y poblándose de sueños de paz y de serenidad. Llegó a mirar el torbellino del pasado como una sima de locura y de vergüenza. Un hombre que tiene algo grande que hacer intelectualmente no puede malgastar su cerebro en las bestiales y estúpidas vorágines de la materia bruta.

Tuvo vergüenza de sí mismo en aquellas pasadas horas de fiebre. Por fortuna, ya estaba curado. Ha-

bía visto muy cerca la carátula de la muerte. Pero su alma había recobrado ya la armonía y la serenidad.

Un gran proyecto, un sueño de poeta de los números germinaba en su cerebro, una de esas obras de magia que el genio de un hombre arranca a la esfinge de la naturaleza. La ciencia, su antigua y casta novia de estudiante, volvía a él para salvarle. Pero, ¿era la ciencia, o los divinos ojos negros de Margarita Doral? ¿Acaso una nueva complicación se anunciaba en los tumultos de su alma contradictoria? Recelosamente misógino, intentó analizar la categoría de sentimiento que le inspiraba aquella muchacha. Y comprendió que no podía ser sólo una pasión sensual.

Muy pronto Margarita fué necesaria para su vida. Se había identificado con sus sueños, con sus libros, con sus palabras. Comenzó por ser un puro amor de la inteligencia, amor que podía ser imperecedero por ser de esencia de alma, de fuego misterioso del espíritu, inaccesible a la sucia tristeza de la sensualidad. Se comprendían plenamente, con una dulce sumisión admirativa por parte de la muchacha, que a él le halagaba ingenuamente, porque los hombres excepcionales exigen a las mujeres acaso tanta admiración como cariño.

Como a una cita sin palabras, ella llegaba todas las tardes a la misma hora. El trabajaba, con el alma abstraída en un laberinto de cifras, en cuyo

fondo se escondía un luminoso misterio poético, la belleza profunda y pitagórica. La confidenciaba todos sus sueños, seguro de que ella sola podía comprenderlos.

En los primeros paseos de convaleciente, Margarita le acompañó. No salieron juntos de la casa; pero... se encontraron *casualmente* bajo las frondas de la Moncloa. En torno suyo ya comenzaba la murmuración su labor de beata escandalizada.

Jaime hablaba bien, con un galano lirismo exaltado, henchido de todas las inquietudes universales. Margarita oía aquellas palabras de magia casi en éxtasis. Su fuerza de conquistador estaba en su manera de hablar, irresistible para las mujeres de sensibilidad o de imaginación.

Regresaban muy lentamente, envueltos en la sombra azul del crepúsculo, con los ojos en alto, como dos místicos de las estrellas. Era la novia ideal de un hombre intelectual que al mismo tiempo fuese artista. Jaime sabía que en las cumbres del espíritu la ciencia y el arte se funden en la misma emoción luminosa. El gran sueño científico de Jaime, ¿no sería acaso el sueño de un filósofo poeta? La Geometría tenía para él su pura trascendencia clatoniana.

Una vez, en un momento de noble exaltación, le llamó de tú a Margarita, como a una novia o como a una hermana. Y ya siempre, desde entonces...

Una mañana fueron al Museo del Prado. Ante la Maja desnuda, Jaime exclamó:

—Tú debes de ser como fué la duquesa de Alba— Y envolvió su cuerpo gentilísimo en una larga mirada de deseo. Ante el lienzo inmortal veía desnuda a Margarita, morena, armoniosa, ondulante.

Fué la primera idea impura... Pero desde entonces tuvo la obsesión de besar el cuerpo desnudo de Margarita Doral. La pasión volvía a encresparse en las terribles simas de su alma. Estalló por sorpresa, como una tormenta agitando la quietud del remanso. Ya estaba allí otra vez la terrible sirena de la Voluptuosidad. Una tarde, ella leía junto a él, muy cerca, muy cerca... Aspiró su perfume, suave, fresco, juvenil, con el olor de novia de las azucenas, casi místico, dulcemente nupcial. Todas las fragancias le enardecían. Tenía la memoria de los perfumes y recordaba a todas sus amantes por el aroma. Aquel perfume era inédito para sus sentidos. Un poco le recordaba el de su primera novia adolescente. No era un deseo frenético de posesión, como otras veces; era un dulce anhelo de acariciarla, de besarla sobre la seda de las pestañas, tal vez en el cuello turgente y entre los senos suavemente dorados y erguidos. ¿No podría nunca querer a una mujer como a una hermana? La enlazó por el talle. Era flexible, quebradizo, ondulante sobre las caderas ligeramente mórbidas. Después, ya con el interno temblor de sus terribles espasmos, la mano audaz ascendió hasta los senos. Vió sobre el escote los blancos encajes de la camisa. Era éste otro de sus fetiches enloquecedores.

Un minuto volvió a ser *el otro,* el devorador de carne femenina. Y la besó en la boca.

El diablo se burlaba de nuevo del ermitaño del intelecto. Margarita no habló. Temblaba, temblaba... Cerraba los ojos en un arrobo inefable. Y acabó por besar dulce y largamente.

En el triunfo de la primavera, otra vez el fauno borracho de sol y de lascivia aulló de alegría milenaria, sádicamente triunfador, teñido con la púrpura de las violaciones, gozoso por el dolor de las vírgenes estupradas.

Los libros fueron olvidados; su gran proyecto científico aguardó a que se apagase aquella hora encendida. La Juventud se burlaba de la Matemática.

Fué un breve paréntesis. Ella dejó de ir a la casa de Jaime. Por las mañanas la aguardaba en la puerta de un café de fama galante. La veía, con emoción, desde lejos, con su andar lento y señorial, bajo su sombrilla roja que encendía su rostro de reflejos de sangre.

Margarita era apasionada, con un ardor romántico más que sensual. Su adolescente belleza de ámbar ejercía un extraño sortilegio sobre Jaime. La amaba, la deseaba, pero no como a una querida. No dejó un instante de hablarle como a la novia enamorada que ha caído en un momento de locura. Seguía siendo noblemente casta.

Después de poseerla la quiso más apasionadamente, lo que probaba la fortaleza de sus sentimientos.

Fué un magnífico idilio, paseado por todas las calles por todos los jardines. Al llegar el otoño, surgió la ruptura con los parientes. Margarita se encontró sola, como una niña asustada al margen de la vida. Entonces alquilaron aquel estudio, donde muy pronto reanudaron la antigua vida de serenidad y de trabajo, en una dulce intimidad, enlazadas sus almas con un amor fuerte, optimista, perfumado de poesía, en un remanso de paz. Realizaban el ideal de la plena identificación del espíritu. Ella estudió hasta saber casi tanto como él. Tenían los dos un ansia enorme de conocimiento, una fiebre frenética de saber. Margarita tocaba el piano; él trabajaba; después se besaban infinitamente. Margarita era la verdadera esposa de su inteligencia y de su corazón.

III

La aparición de Augusta Palma turbó su vivir sedante. Era una muchacha alegre y estrepitosa. Salían juntos todas las tardes.

—Mi marido está en Alemania. Ya sabes que es piloto aviador. ¡Oh! ¡Es muy guapo, muy fuerte! Yo estoy cada día más loquita por él. Pero no temo que ninguna me lo quite. Sólo tengo celos del espacio, de la inmensidad, como él dice, con entusiasmo igual que si hablase de una mujer...

Augusta se aburría sola y se unía a los enamorados.

—Yo no os estorbo para nada. No me asusta que os hagáis el amor y hasta que os beséis si os parece bien. Es una cosa bonita ver a dos muchachos que saben quererse—exclamaba con un semitono sentimental, lleno de coquetería.

Jaime comprendió que en todos los momentos aquella mujer quería parecer interesante, lo que era fácil de conseguir, porque era realmente muy guapa.

El ingeniero llegó a tenerla simpatía, principalmente porque se mostraba cariñosa con Margarita. Se estableció una agradable confianza entre ellos.

Jaime, algunas veces, se olvidó un poco de la presencia de su amiga. En una excursión que hicieron a El Escorial, llegó a besarla en la boca, delante de Augusta.

Margarita huyó de sus caricias, un poco avergonzada.

—Perdóneme usted, Augusta. La quiero mucho; ha sido un instante de olvido... Perdóneme.

Augusta se echó a reir.

—¿Por qué he de perdonar? Son ustedes unos chiquillos. No me importa que se besen delante de mí. Al contrario: puede creer que me gusta verles...

Lo dijo con un acento muy extraño y la mirada muy turbia. Parecía que realmente sentía un placer exquisitamente raro siendo espectadora de sus mutuos apasionamientos.

Jaime acariciaba constantemente a Margarita. Jugaba con sus manos finas y pálidas, abrazaba su talle, la reclinaba sobre su hombro, besándola intensamente en los ojos. Y siempre Augusta los contemplaba sin pestañear, con una rara agitación que levantaba su busto magnífico, de blanca carne levemente azulada.

Jaime las entretenía con su charla pintoresca. Por delicadeza, procuraba hablar preferentemente con Augusta. Una noche cenaron juntos en el Pardo. Des-

pués pasearon por los reales jardines que vieron la sombra galante y moribunda del Rey chispero.

Una clara luna de Mayo fantasmagorizaba los boscajes. Jaime, enardecido por el encanto de la noche, por la fragancia del campo, y teniendo sobre su corazón a aquella mujer tan adorada, encontró acentos extraordinarios de pasión y de poesía. Su voz era una música irresistible, de una belleza melancólica y misteriosa, y cantaba muy bien aquel divino, profundo e inmortal amor, con una gran emoción que acabó por hacer llorar a Margarita. La noche blanca, el perfume de las primeras acacias, el rumor de los nidos, ese hálito perfumado y penetrante del campo en primavera, supo hacerle hablar como un gran poeta.

—Nadie diría al oirle hablar que es usted un matemático.

—¿Y por qué no? Margarita y yo comprendemos la enorme poesía que hay en esos signos misteriosos que son la clave de todos los misterios, desde el enigma de los luceros, pasando por la magia increíble de la luz y de la armonía, vibraciones diversas del alma misteriosa del Universo, hasta quizá el misterio de la muerte y de más allá de la muerte... Y también sabemos que lo único que no puede descifrar el cálculo es el misterio de Dios, el divino enigma de nuestro cariño. ¿Podrá algún sabio decirnos de qué esencia inefable es esta emoción que yo siento cuando me envuelve el magnetismo de tu belleza?

Augusta le miraba absorta.

—Un hombre que comprenda el alma de los números tiene que ser un gran poeta. Lo que no sea esto, los que sólo comprenden esta ciencia como el arte de lo exacto, sin comprender su sentido filosófico, sólo serán unos ajedretistas o unos catedráticos. Complicación, vacío, pedantería.

Vino una música de lo lejos. Tenía melancolías de fado y un ritmo lento, apasionado, de zambra moruna. Una voz de mujer llegaba a los jardines, como un ensueño de cristal y plata, muy vaga, muy saudosa, cantando una canción cuya letra se perdía en la distancia, pero que dejaba en el ambiente como una estela de lágrimas.

Margarita y el ingeniero iban delante, besándose, bajo la plata de las estrellas, en inefable comunión con la noche, con la luna, con el alma galante y señorial de los jardines, en el éxtasis de su noble amor, hecho de juventud, de belleza; alumbrado por los resplandores del espíritu y encendido por el fuego creador y misterioso de la pasión de la carne.

De pronto oyeron un sollozo junto a ellos.

Augusta Palma estaba llorando.

IV

¿Era la poesía de la hora, la melancolía de la canción o algún recuerdo de íntima tristeza?

—Pienso en Alfonso, que está tan lejos de mí. ¡Oh! ¡Mi marido me quiere tanto como a ti Jaime! Acaso no sepa decirlo tan galantemente. Pero me adora, con toda su alma.

—A mí no me gustaría ser la mujer de un aviador. ¡Siempre en peligro!—exclamó Margarita Doral.

—Está cumpliendo con su deber. Estoy orgullosa de él. El Gobierno le ha encargado unos estudios que transformarán esta ciencia de la audacia. La inmensidad azul será su esclava.

La voz de Augusta vibraba de orgullo, como un clarín de oro. Pero en sus ojos, aún húmedos, había una honda tristeza, y contemplaba a los amantes con un sentimiento de rara melancolía.

Hablaron de Alfonso Nevares, el marido de Augusta. Ella estaba entusiasmadísima, sobre todo cuando le describía vestido de uniforme.

—Es fuerte como un roble, rubio, con los ojos

verdes, y sereno y valiente. ¿A ti no te gusta que los hombres sean muy bravos?

—A mí me basta que Jaime tenga mucho talento—. Y miraba al ingeniero con una sumisa adoración.

Siempre que Jaime iba a buscar a Margarita, ya estaba allí Augusta Palma. Pasaban muy bien las horas, sin lagunas de silencio o de vulgaridad.

Una tarde, Margarita se puso enferma. Era muy débil, muy quebradiza.

—Tengo miedo a abrazarte muy fuerte. Parece que te vas a romper entre mis brazos.

Se apoyó en su amante, aburujada contra su pecho. Caminaron silenciosamente. Jaime estaba triste. Aquella niña era demasiado delicada. Cualquiera cosa podía ser grave para ella. Su amor se alarmaba fácilmente. ¡Qué horror, si se pusiera enferma!... La gentilísima figulina daba la sensación de que habría de aniquilarse en seguida, como una flor de estufa.

Pasó dos días aburujada en su sillón, mimosa y doliente, como una linda gatita. Augusta no se separó de ella.

Reclinado sobre la enferma, por un azar, la mano de Jaime rozó un flanco opulento de Augusta. Se separó rápidamente. Pero le obsesionó durante algunas horas aquel contacto fugitivo con la carne turgente, dura y pomposa. Le pareció que su mano ardía como si hubiera tocado una llama. La seda del vestido hizo más suave, más voluptuosa la ca-

ricia imprevista. Al otro día buscó voluntariamente la proximidad. Su mano audaz se deslizó a lo largo del muslo, que se estremeció eléctricamente. La miró al mismo tiempo a los ojos, que se habían tornado turbios y fulgurantes. Pero también se encontró con la mirada de Margarita, triste, suplicante, sorprendida.

Jaime tuvo un impulso de arrepentimiento. Aquella noche tardó mucho en dormirse. La sugestionadora belleza de Augusta Palma le conturbaba. La iba desnudando mentalmente. ¡Debía de estar radiante de hermosura aquella mujer! Tenía una fuerte emanación de lujuria, una magnífica pompa de líneas, una boca húmeda, grande y encendida... Se durmió, de madrugada. Y su imaginación penetró en esos raros y ardientes paraísos artificiales que a veces dan a los sueños una realidad deliciosa y extenuante.

Reanudaron los paseos.

Pero había un ambiente extraño. Hablaban menos y ya no reían nunca.

Margarita no acababa de ponerse bien. Una ligera fiebre la poseía, conforme iba cayendo la tarde. Augusta también dijo que estaba mal.

—El corazón, lo mismo que mi madre. Yo moriré como ella.

Y hacía un mohín doliente de película. Jaime quiso desviar la conversación. Sobre ellos pesaba una sombra de tristeza.

Después de un largo silencio, vió que Margarita iba llorando hilo a hilo.

—¿Qué tienes? ¿Por qué lloras, chiquilla de mi alma?

—Nada. Estoy un poco mal. Algo de excitación nerviosa tal vez. Llévame a casa.

El crepúsculo ponía rojos penachos sobre las arboledas de la Casa de Campo.

Al llegar, Augusta se despidió.

—Esta noche tengo prisa. Espero un cable de Alfonso.

Y se besaron fríamente, sin mirarse.

—Hasta mañana. Voy a ver si encuentro un coche, porque a estas horas están las calles llenas de Donjuanes y no se puede ir sola.

Y sonrió con orgullo de mujer hermosa.

—Puede acompañarte Jaime—dijo Margarita con sarcasmo mal velado.

Con un poco de sorpresa, accedió.

Comenzaron a andar lentamente. Al cabo de un gran silencio dijo el ingeniero:

—No sé qué le pasa a Margarita. La he encontrado un poco extraña.

Augusta hizo un gesto brusco.

—Parece que está celosa.

Jaime no supo qué contestar. No quería abordar aquella conversación escabrosa.

—Pues no tiene motivos.

—¡Ah, ningunos!—exclamó ella, entre irónica y despechada—. Usted es un amante fiel, ¡un novio

de folletín!—se rió atropelladamente, con una risa de burla, que desconcertó al muchacho.

Después parloteó, nerviosa, de cosas pueriles. Por lo visto, ya no tenía tanta prisa.

Llegaron cerca de la casa de Augusta. Había muchas comadres en la puerta.

—Venga usted por esta calle; no quiero que nos vean llegar juntos, que esta gente es muy maliciosa.

Se complacía en abordar la conversación peligrosa. Jaime lo comprendió. Pensó amorosamente en Margarita y no dijo una palabra. Le parecía una infamia engañar a aquella niña enamorada y buena, que se lo había sacrificado todo. Iba comprendiendo que Augusta no era una mujer difícil. Tal vez pudiera ser una coqueta que se complacía en jugar con la pasión de los hombres, para a la primera ligereza erguirse como una reina ultrajada.

—Esta vez creo que seré yo más fuerte que el deseo—pensaba.

Y extremaba su corrección, eludiendo los diálogos difíciles que ella planteaba tenazmente.

Dieron varias vueltas por unas callejuelas obscuras, en silencio. De pronto, bruscamente, ella se despidió sin tenderle la mano.

—Hasta mañana.

Y se alejó taconeando con garbo, con su magnífica prestancia de real hembra. Todos los hombres se volvían a mirarla. Era una belleza que inspiraba los piropos más feroces.

Clavado en la acera, Jaime la vió alejarse. ¡Era guapa, guapa, aquella mujer! Y con él seguía una conducta muy equívoca. Margarita le había asegurado que era una muchacha de una gran familia y que estaba ciegamente enamorada de su marido... Acaso todo fuese una imaginación de su vanidad de conquistador.

A pesar suyo, en toda la noche no pudo dejar de pensar en Augusta Palma.

V

Y todas las tardes, al volver del paseo, Jaime acompañaba a la amiga. Margarita los veía alejarse y lloraba en silencio. La figura de Augusta se alzaba ante ella, como una expiación.

Tácitamente se trataban de distinto modo cuando Margarita no estaba delante. Ella quería penetrar en el pasado del ingeniero.

—Me han dicho que, a pesar de su capa de santo, ha sido usted un torbellino.

—He hecho muchas locuras, es verdad. Pero creo que ya estoy curado.

—¿Está usted seguro?

Vaciló antes de contestar. Acaso fuese poco galante decir que sí.

—Las mujeres me dan miedo. Es la única rendija por la que el diablo puede tentarme. Tengo un veneno en mi sangre, que me enloquece cuando me apasiono por alguna mujer. En mí hay dos hombres distintos: el que usted conoce, sereno, estudioso, dulcemente enamorado de... ella, y el otro que

duerme en su cubil como una fiera. En el umbral de una nueva pasión, siento espanto como ante una emboscada del dolor, como junto a un peligro inevitable. El Deseo es una sirena irresistible y asesina. Cuando comienzo a desear a una mujer nueva, sé que estoy creando un dolor futuro.

—¡Qué ideas más extravagantes! Me parece que se complace usted en complicar la realidad. Si yo fuese hombre, sería más peligroso que Don Juan, que Casanova y que el estudiante Lisardo..., sin ningún remordimiento.

—¿Y siendo mujer?

Ella no respondió. Sus ojos se nublaron y una luz metálica brilló en sus pupilas como un resplandor en un pantano.

—¿Y no cree que el amor, el verdadero amor, hecho con la fiebre de nuestra médula y con el hervor de nuestra propia sangre, es lo único que vale la pena de la vida? ¡Oh! ¡Es hermoso vivir así, con el alma batida por todos los vientos de la pasión, en la cumbre magnífica de un amor de infierno o de gloria, llenando con una sublime locura el aburrimiento de la vida! La violencia, el sacrificio, la abyección..., hasta la muerte. En mi cerebro la palabra pasión aparece salpicada de sangre, como una magnífica tigresa en celo, que aún conserva en la piel los zarpazos del macho enloquecido de sol y de lujuria.

Jaime la escuchaba casi con fiebre. Veía el ritmo jadeante de su busto magnífico; aspiraba su aroma

de hembra complicado con un nupcial perfume de azucena.

—¡Yo soy muy mujer, muy mujer!

Y entornaba los ojos, como acariciando una suntuosa visión de sensualidad.

Estaban en la solitaria calle del Acuerdo, junto a las tapias del convento de las Comendadoras. Sus sombras se juntaban en la obscuridad, muy cerca, como un solo cuerpo. El brazo desnudo de Augusta fulgía con blancura de luna en la obscuridad. Había ligeros contactos, en las manos, en las caderas, en la curva de los pechos, y cada vez se hacían más frecuentes, gozándose los dos en la caricia hipócrita inconfesada.

Augusta, mirándole a los ojos, exclamó:

—¡Yo no puedo estar sola! ¡Alfonso no debió nunca separarse de mí!

Después estalló en sollozos, casi desvanecida sobre el pecho de Jaime, que al sostenerla la enlazó ansiosamente por la magnificencia de los senos. El temblor interno que precedía a sus terribles crisis de lujuria, tara de sus nervios destrozados por los latigazos del deseo, le hacía desfallecer. Augusta gemía, debatiéndose en una lucha desesperada.

—¡Soy muy mala, muy mala! ¡Alfonso no merece que yo le haga esta infamia! ¡Pero no puedo resistir más! ¡Usted ya ha comprendido mis sentimientos!...

—¡Sí, Augusta!...

—¡Usted ha comprendido que le quiero a usted

como una loca, como nadie le ha querido en su vida!

Jaime se arrojó sobre sus labios voraces, llameantes; boca carnal por donde fluía todo el fuego de sus entrañas. ¡Fué el inefable delirio del primer beso a la mujer no gozada, que es una borrachera de infinito, donde todas las sensaciones—sabor de la carne nueva, fragancia, violencia, delicia extenuante, vértigo de posesión—, constituyen el momento más fuerte y más inolvidable de la historia de todas las pasiones!

La imagen casta de Margarita Doral se borró un momento en el pensamiento de Jaime. El ídolo negro, la Emperatriz siniestra, Nuestra Señora del Infierno, la Lujuria inmortal, se irguió triunfante en el incendio de sus almas. El Placer, terrible sirena, sembraba los dolores futuros. El misterio inefable y tremendo del sexo, como una irónica divinidad, levantaba la cortina para la tragedia de toda su vida.

Margarita le esperó llorando, hasta muy tarde...

VI

Pasearon mucho. Se sentaron en los jardines de la Plaza de España, en el banco más escondido, para besarse hasta la extenuación.

—¡Bésame muy fuerte, como tú sabes! ¡Como tantas veces la has besado a ella delante de mí!

Su voz tenía hondas vibraciones de odio.

—Quiero ser tuya, sí; pero no esta noche. Es pronto aún. ¡Yo también quiero tener un idilio romántico! ¡Que me digas esas cosas tan apasionadas, que emborrachan como un veneno ardiente!

Una envidia rencorosa a Margarita Doral trascendía de todas sus palabras. ¿Se habría enamorado verdaderamente de Jaime, o era un capricho de mujer coqueta y sensual? ¿Habría en su alma el maligno deseo de destrozar la felicidad de su amiga, quitándola el amante, sólo para satisfacción de su vanidad de real hembra?

—Yo estaba enamorada de mi marido; pero después de conocerte a ti, le detesto. Es un bruto... guapo, pero no sabe querer como tú. Y, además, siem-

pre en el aire. ¿Pero no comprende que a una mujer como yo no se la puede dejar sola? Yo estoy hecha para amar, estoy en la hora de la plenitud de todas las violencias del deseo. No soy una burguesita, como tú creías—y reía desatinadamente—. Soy una mujer peligrosa, una devoradora, como tú. Si ya no te quisiera como una loca, jugaría contigo como con un ratoncillo y te comería después; mira, así...

Y le clavó los dientes en los labios, hasta que brotó sangre.

—¡Me gusta el sabor de tu sangre!

Después los absorbió con su boca grande y roja, saboreando con una extraña gula los labios sensuales de Jaime.

—¡Quita, fiera!—Y huyó de la boca de vampiro de Augusta.

—¿Te he hecho daño, chiquillo mío? Mi amor hace daño, ya lo sé. Si te doy miedo, separémonos desde este instante...

Y le envolvía en el hechizo de sus ojos azul Prusia, en cuyo fondo fulgían irisaciones metálicas.

Jaime sé reclinó en su pecho y la besó en las pomas temblorosas, sobre los perfumados encajes del escote.

Augusta se irguió.

—Vámonos. Rehuyamos el peligro por esta noche. Ya no tengo fuerza para resistir tus besos. He estado a punto de entregarme a ti en este jardín. ¡Qué loca soy, verdad?

Y se reía, se reía con una áurea risa de frescas escalas.

Su alma caprichosa amaba lo raro, lo extraordinario, lo sorprendente. No era en ningún momento *un alma burguesa,* como ella decía.

Acaso le amase con un sentimiento de fuerte capricho y esas ondas fugitivas y ardientes de romanticismo que pasan por algunas almas tempestuosas, como la suya. Jaime la había conquistado cuando enamoraba a Margarita, delante de ella. El espectáculo de la pasión ajena la había exasperado, con un agudo dolor de envidia, por no ser ella la heroína que sabía inspirar tân ardientes palabras. Y su orgullo de mujer guapa se propuso conquistar a aquel hombre.

Cuando se separaron aquella noche, Jaime pensó con remordimiento en Margarita, la dulce, la inteligente, la abnegada. Corrió al estudio. Y con sus labios inflamados por los besos y por los fieros mordiscos de Augusta, besó la frente pálida de Margarita.

La pobre chiquilla tenía fiebre. Sus ojos estaban rodeados por el surco quemante de las lágrimas. La acarició toda la noche con vergüenza, con remordimiento.

VII

Se levantó muy tarde. Margarita estaba muy contenta.

—¿Sabes? ¡Ha llegado Alfonso Nevares, el marido de Augusta! Está aquí, esperando para conocerte. Es un muchacho muy franco y muy simpático.

Jaime quedó sorprendido. Un sentimiento confuso de malestar, de inquietud. ¿Tendría celos ya de aquel hombre, que era el dueño *legal* de la magnífica belleza de Augusta? ¡Oh, no! ¡Eso sería absurdo! Los amantes no tienen derecho a tener celos. Es el único triste privilegio de los esposos burlados.

Margarita parecía feliz, como si con la llegada de Alfonso desapareciese un peligro...

Los dos hombres se dieron la mano.

—Seremos buenos amigos. Yo también soy ingeniero. Pero me gusta más la vida de acción. ¡La inmensidad es como una peligrosa querida! Ha sido siempre mi gran ilusión.

Sus ojos verdes, hipnóticos, que no parpadeaban nunca, se encendieron con la evocación, y su nariz

se hinchaba, como si aspirase las fuertes fragancias del viento.

Jaime no podía hablar. Estaba taciturno, con una extraña melancolía.

—Cenaremos juntos, ¿verdad? Después iremos a alguna diversión. No tengo más que quince días de licencia y quiero aprovecharlos bien.

Y cogió por la cintura a su mujer, con sus manos como garras, apretujándola contra su pecho.

Ella le miró con deseo y le ofreció sus labios.

—¡Ahora me toca a mí! No siempre habéis de ser vosotros los que deis envidia.

Jaime, muy pálido, con una furia dolorosa, la vió cómo besaba a su marido con los mismos besos voraces con que la noche antes le había macerado a él los labios en el rincón del jardinillo.

Margarita reía, reía...

—Iremos a recoger a mi hermana—dijo Alfonso—. La he sacado del *Sacré Coeur*, porque ya está hecha una mujercita, y las madres la tenían casi catequizada para el monjío. Le hará compañía a Augusta cuando yo vuelva a Alemania.

María Teresa Nevares era una señorita de diez y seis años, que, con su vestido cándido de colegiala, tenía un misterioso atractivo diabólico. No era muy bella, pero su carne morena, de una pomposa turgencia, encendía los pensamientos de más complicada voluptuosidad. Inspiraba el gusto perverso de la caricia rara, de los juegos peligrosos. Sobre su

rostro cetrino, sus pupilas de color de acero eran frías y terribles como un puñal en las sombras. Se cimbreaba al andar sobre las caderas poderosas con un ritmo enardecedor de cópula.

—Delante de la chiquilla estaremos todos muy formales—exclamó, riendo, Alfonso—. Es una inocentona.

María Teresa no hablaba nunca. Pero miraba a las dos mujeres con una curiosa fijeza. Parecía poco inteligente, linfática, sosa: una hermosa carne toda instintos.

Fueron a cenar al *Raqueta-Park*, una casa de juego, bien montada, donde al señuelo de un teatrillo de varietés y de restaurante confortable acudían muchas familias burguesas, que después querían conocer las aventuras de la ruleta. El parque de recreos estaba rodeado por un magnífico jardín, con arcos voltaicos entre el ramaje. Era un sitio agradable para comer. Dentro se oían las voces de los *croupiers* y el chasquido de las fichas, arrastradas por la raqueta.

Jaime distraía la mirada en la contemplación de Augusta, con un deleite estético de experto analítico.

Era alta, arrogante, en la plenitud de sus veintiséis años, la edad peligrosa. La carne blanca, marmórea, de sombras azuladas, esculpida en curvas. Tenía la gracia del movimiento, la majestad en el andar. Era la real hembra juncal, con su garbo coquetón unido a un porte señorial de gran dama.

Era blanca, blanca, argentada y deslumbrante; su frente brillaba como la nieve al sol, sin color en las mejillas, con los ojos dormidos en dos círculos azules—los ojos grandes, preciosamente dibujados, de un azul Prusia, estriado con puntitos de llama, que no parpadeaban jamás—. La gran cabellera negra tenía reflejos metálicos sobre su frente alta y helénica. El arco de las cejas se unía en el centro, en un gracioso remolino—como las cejas de las saludadoras—, dando un imperio magnético a los ojos de fascinación. La nariz perfecta, acaso ligeramente semita, que palpitaba y se henchía al aspirar un perfume. La boca grande, roja, de labios abultados y húmedos, por los que se asomaba constantemente la punta de la lengua, con un gracioso mohín muy felino. La garganta redonda, con un diminuto lunar de terciopelo. El cuello largo, grácil sobre los regios hombros de mármol, y el pecho alto, con los senos temblorosos, agudos, firmes, con un botoncillo en flor, diminuto. No llevaba nunca corsé, y los pechos, temblando entre los encajes, se dibujaban rotundos y parecía que iban a rasgar la seda de los corpiños. Por el escote, un poco excesivo, emergían siempre las rizadas blancuras íntimas La cintura delgada y quebradiza y las caderas amplias, muy ceñidas, como las odaliscas y las bayaderas, sobre las piernas largas, columnatas magníficas, finas en los tobillos, pomposas en los muslos. Se calzaba primorosamente sus pies pequeñitos, con coquetería de chula madrileña o de princesa

japonesa. Ni rubia ni morena, completamente—¡tan blanca, con el pelo negrísimo!—, tenía todo el sortilegio de las rubias y la fascinación de las morenas. Sus manos largas, finas, cargadas de gemas preciosas, ardían siempre bajo su blancura de acacia.

Era un tipo regio, de reina o de legendaria cortesana. Una explosión de vida había en sus venas y una sed malsana en su imaginación, de todos los deleites, de todos los pecados, de todas las curiosidades y todas las rarezas del amor.

Había pasado por la vida entre encrespadas tempestades de deseo, firme, serena, desafiadora.

—Yo siempre hubiera sido fiel a mis deberes de mujer casada, si no te hubiera conocido a ti, chiquillo mío. Tú me has hecho entrever un nuevo paraíso irresistible. Tú eres el responsable de todo lo que yo haga—le dijo a Jaime, mientras los otros se distraían mirando la trágica bolita de la ruleta en su carrera emocionante.

Acaso no fuese muy simpática, pero era misteriosa y atractiva, complicada y excesiva en sus pasiones y en sus caprichos.

Llamaba mucho la atención de los hombres y la miraban también—con miradas equívocas—algunas mujeres.

La sala de juego hervía de gente. Era un amplio salón, con mesa de ruleta, de caballitos, de treinta y cuarenta, de faraón—todas las emboscadas del azar—. Los *croupiers* disimulaban mal su chulería

de chófer—el chulo actual—bajo los *smokings*, negro uniforme de la taifa del tapete verde. Una nube de tanguistas, medio desnudas, con exagerados lujos de cocota, revoloteaban, musas de la frivolidad y del artificio, con blancura de payaso, bajo la luz de luna de los arcos. Como reminiscencia de los antiguos bravos de chirlata, los porteros, con libreas de colorines y rostros innobles, guardaban las puertas.

Los jugadores se inclinaban nerviosos sobre el paño de la ruleta. El chasquido de la plata, del nácar de las fichas, el canto de los tiradores, las voces de las tanguistas, se mezclaban en un rumor vago y multiforme. Desde el *cabaret* llegaban las notas frívolas y elegantes de un vals vienés.

Augusta jugaba con pasión. Se encontraba a su gusto en aquel ambiente de amor fácil, de chulería, de vicio y de dolor, que tenía una vistosidad alegre y pintoresca.

Junto a ella se puso a jugar una mujer esbelta, muy delgada, vestida con un *tailleur* muy ceñido; unas espesas patillas negras, como aladares de bandolero de pandereta, daban una guapeza de efebo a su cara trigueña. Llevaba un gran cuello walón de encajes y una larga corbata roja de torero. Era una figurilla muy grácil, muy desenvuelta, de un artístico androginismo, decorativa e inquietante.

Decían que era gitana servia, empujada a Madrid por la guerra. Tenía bastante dinero y jugaba con furia, con desesperación, como para embriagarse, co-

mo para borrar un pensamiento tenaz. Iba siempre con *La Madona rubia,* una cupletista italiana, muy célebre algunos años atrás.

Augusta oyó decir a su lado a una tanguista linda que andaba al acecho de los gananciosos para pedirles una ficha:

—¡Es *El Príncipe bohemio!*

Augusta preguntó vivamente:

—¿Quién? ¿Esa muchacha?

—Sí. ¿No la conoce usted? Juega muy fuerte.

—Y ¿por qué la llaman así?

La tanguista sonrió.

—Es más peligrosa que un hombre. Les ha birlado la novia a todos los *croupiers del Raqueta-Park.*

Augusta la miró con curiosidad.

La tanguista insistió:

—Señorita. Ponga usted un duro al treinta y cinco. Hace más de dos horas que no sale.

Augusta accedió.

El Príncipe bohemio coronó el mismo número con fichas de cien pesetas.

—La voy a seguir a usted. A ver si tiene buena suerte. El azar debe ser galante con una mujer tan hermosa como usted.

Mientras la bolita saltaba vertiginosamente, *El Príncipe bohemio* asió nerviosa el bello brazo desnudo de Augusta.

—¡Treinta y cinco, negro!—cantó el tirador.

Los ojos enormes, bellísimos, de la extraña mujer se clavaban cínicos en el cuello de Augusta.

—Hemos ganado, preciosa. ¿Quiere usted que hagamos una vaca?

Y la asió por la cintura, pellizcando sus flancos turgentes.

Jaime y Margarita observaban la escena. Alfonso y su hermana estaban en la mesa de faraón. Ya volvían, contando un gran puñado de billetes.

Augusta se dejaba acariciar, como sin darse cuenta. Algunos miraban el grupo enlazado de las dos mujeres y sonreían con una turbia complacencia.

Margarita murmuró con voz de reproche:

—¡Augusta! ¡Que viene tu marido!

Se desasió del brazo equívoco y corrió al encuentro del marido, riendo y sonando las fichas, como una niña con un lindo juguete.

Su rostro, encendido acaso por inconfesables fuegos, recobró pronto su gesto de señorío, y gritó con jubilosa ingenuidad:

—¡He acertado un pleno! ¡Me gusta mucho jugar! ¿Por qué no me has traído antes?

—¡Eres una chiquilla alocada!

Y Alfonso, alto, hercúleo, fuerte, noble, la miró con inmensa ternura.

El Príncipe bohemio contempló fijamente a Nevares.

—Es un hermoso ejemplar de hombre.

La Madona rubia se echó a reir.

—¿También te gusta el marido? ¡Eres insaciable!

La servia exclamó con una voz ardiente:

—¡Hay que vivir toda la vida!

Era la síntesis de su filosofía y de su ética. Gozar la vida sin ningún prejuicio, sin ninguna traba, en un constante triunfo de todas las sensualidades. Acaso Augusta sentía lo mismo. Jaime iba asomándose al alma de aquella mujer, y sentía un vértigo de abismo.

—¡He ganado bastante! ¡Os convido a *champagne!*

El *cabaret* estaba en un pabellón del jardín. Una orquesta de *tziganes* tocaba un *tabaquillo.* Un bailarín de *smoking,* de afeitado rostro empalidecido, medio *maquereau* y medio pederasta, se retorcía en los ritmos gachones de una danza entre danzón cubano y *fox-trot,* de figuras complicadas, de una retorcida lujuria epiléptica. La bailarina, muy delgada, casi desnuda, brindaba una sonrisa roja y entornaba los ojos, echando atrás la cabeza, con una postlanguidez de espasmo.

Muchas tanguistas *alternaban* con los señoritos juerguistas y fumaban *Murattis,* con las piernas cruzadas. Olía intensamente a hembra y a perfumes.

En la mesa de enfrente vino a sentarse *El Príncipe bohemio.* No quitaba los ojos de Augusta, que aburujándose, melosa, sobre el pecho de Alfonso, exclamó:

—A esa muchacha le has gustado. Fíjate cómo te mira.

El sonrió, fanfarrón:

—¡Tonta! Tú no puedes tener celos de ninguna mujer.

Jaime comprendió la cínica coartada. ¡A quien miraba la equívoca morena era a ella, a Augusta, con un descaro masculino!

Pero Alfonso, halagado en su vanidad de hombre guapo, guiñó un ojo y le dijo a Jaime por lo bajo, con petulancia de conquistador:

—Está muy bien esa negrucha, ¿verdad?

Jaime, malhumorado, no respondió. La pueril vanidad del otro le enfurecía y estuvo a punto de decirle:

—Esa golfa está flirteando con tu mujer.

Junto a la agitanada muchacha había dos hombres, como dos burgueses que estaban echando una cana al aire. Habían bebido bastante y se reían estrepitosamente. Uno de ellos se fijó en ella y la invitó a beber, bromeando groseramente. Ella volvió la espalda, después de una mirada de desprecio. El otro aulló, tras una carcajada:

—Déjala. ¿No ves que parece un tío?

El Príncipe bohemio se irguió, a tiempo que el borracho se lanzaba hacia ella.

—¿Verdad que tú eres una hembra castiza que vas a beberte dos de Agustín con mi cuerpo?

Y le cogió un muslo con su garra, más borracho de deseo que de alcohol.

La muchacha se desasió, y, cogiendo una botella, se la rompió en la frente. El escándalo de la sangre

sembró la alarma en el *cabaret*. Ella, serena, con un gallardo gesto de amazona, pasó por encima del herido. De su carterita de raso había sacado un revólver minúsculo, como un juguete.

Una voz dijo:

—No debían dejarla entrar. Todas las noches arma bronca.

Salió, en medio de un gran silencio, con un airoso contoneo, orgullosa de su bravura. Nadie se atrevió a detenerla.

—Ha hecho bien—dijo Alfonso—. Es valiente esa chica.

Ella lo oyó y volvió el rostro para sonreirle. Después miró a Augusta y se mordió los labios, con un mohín entre mordisco y beso.

Alfonso pidió un automóvil.

—Me molesta que María Teresa haya venido aquí. ¡Buen salto, de un colegio de monjas a un *cabaret* nocturno! Por una vez, pase.

María Teresa, silenciosa, miraba sin extrañeza con sus ojos fríos de color de acero.

Augusta notó que detrás de su *auto* rodaba otro. Volvió la cabeza. *El Príncipe bohemio* la seguía, audaz, como un enamorado.

VIII

—Augusta Palma ha cambiado mucho. Ya no es aquella muchacha alegre y buena del colegio! ¡Ahora estoy pesarosa de haberla vuelto a ver, de haberla enlazado en nuestra vida!

Margarita le cogió las manos.

—¡Tengo miedo de perderte! ¡Tú lo eres todo para mí en la vida! ¡Te he dado mi cuerpo, mi alma, mi reputación! Yo soy feliz contigo, en nuestro cuartito, ayudándote a trabajar, soñando tus sueños. ¡No me abandones, Jaime del alma! Ya ves que esa mujer vale muy poco...

Jaime quiso sincerarse. Le punzaba el corazón ver el dolor de Margarita, del grande y verdadero amor de su vida. Ella le interrumpió:

—No quieras engañarme. Lo he visto bien. Ella coquetea contigo, quiere robarte mi alma con sus habilidades de mala mujer. Es muy guapa y por eso tengo miedo. No a que te enamores de ella, sino a un capricho peligroso que no se sabe cómo puede acabar.

—No seas celosa. Yo te juro que no tienes motivo. Yo la he querido un poco, porque tú siempre me hablabas de ella, porque era tu hermanita mayor, tu amiga.

—¡He sufrido mucho, mucho!...

—Reanudaremos nuestra vida. No la veremos más. ¿Estás contenta?

Margarita Doral lloraba.

—Ya es tarde. Esa mujer vendrá, se meterá entre nosotros. Me da el corazón algo muy malo. Además, fíjate que es una loca. ¿Has visto esta noche?

—Sí, es una insaciable...

—Huye de ella. ¡Te lo pido por nuestro amor! ¡Huye de ese abismo, de esa sirena! ¡Es peor que las mujeres del arroyo!

Aquella noche Jaime vagó por las calles, sin rumbo. Tenía razón. Augusta era un abismo; pero acaso por eso sentía aquel vértigo irresistible, aquella fascinación más fuerte que su voluntad. Nunca había sido amante de una mujer casada. Hasta entonces no había sufrido el tormento de aquellos celos furiosos, incendiables.

—¡Ahora estará con él! ¡El la besará, estará acostado con ella, desnuda, toda ardor y paganía, y ella se entregará, besándole como a mí, estrujándole en sus orgasmos de pantera!

Pasó por debajo de sus balcones. Había luz, a pesar de lo avanzado de la hora.

Otra vez la pasión, otra vez la lujuria, la bestia

del instinto, le apresaba para envilecer su pensamiento, hecho para las más audaces creaciones. El espíritu se hundía en la zahurda de las concupiscencias, y, como un perro en ardentía, él, el hombre de ciencia, el poeta de las Matemáticas, se arrastraba husmeando el olor de un sexo de mujer. La naturaleza bruta se burlaba del orgullo de su cerebro, que quería arrancarle sus secretos a la Electricidad, la maga misteriosa del Universo. Podía ser feliz con Margarita, en su nido de amor, de paz, de trabajo. ¿A dónde le arrastraba aquel vendaval de pasión? Su suplicio de aquel instante era una vil degradación de su alma; su dolor por la evidencia de que otro hombre poseía a la hembra que él amaba, muy cerca de él, en una cópula violenta, penetrándola hasta la entraña, sorbiéndola el alma por los labios, ¡oh, qué siniestro dolor, lleno de impulsos de crimen, de vértigos de vesania!

Y estaban allí, tras de aquella ventana iluminada, en la nupcial quietud de la alcoba, mientras él, ridículo, les daba ronda, revolviéndose en su impotencia.

¿Quién era el cornudo? ¿El marido, que todo lo ignoraba, o él, que se representaba las lúbricas escenas que se estaban desarrollando tras de aquellos muros?

Al día siguiente la vería, con unas ojeras muy profundas, con cara de ramera después de una orgía. Y no tendría derecho a insultarla, a golpearla

como a una perra infiel. ¡Era una señora casada! Había que tener voluntad y no volver a verla. ¿Sería posible? ¡Era preciso, era preciso!...

Durmió mal. Las siniestras imágenes le torturaban. El misterioso mundo del subconsciente ponía ante sus ojos la sarcástica pesadilla de Augusta poseída por otro hombre, por muchos hombres, delante de él, impotente, petrificado, como en una espantosa catalepsia.

Cuando salió, muy temprano, el portero le dió una carta. Era de Augusta, lacónica, con su letra picuda de educanda del *Sacré Coeur*.

«A las once, en Rosales.»

Su voluntad se había desvanecido. Se vistió al vuelo. Salió a la calle. Eran las diez.

Los tentáculos monstruosos de aquella pasión no querían soltar su presa.

Acudió al lugar de la cita media hora antes.

Le era difícil analizar su sentimiento. La despreciaba, le parecía una miserable simuladora de amor, con sugestivas artes de ramera. ¡Cómo besaba a su marido delante de él, con voracidad, macerándole los labios! ¿Por qué le quería conquistar a él? Acaso un capricho, un afán de coleccionista, la curiosidad del hombre distinto.

—Yo la haré mía violentamente, con un deseo que más será venganza que amor. Y después, la dejaré, para que vuelva a su papel de señora casada. ¡Una vez, sólo quiero gozarla una vez! Las mujeres co-

quetas, las pervertidas, tropiezan también con el hombre frío que se burla de ellas. Pero, ¡cuánto tarda! ¿Será un ardid para atormentarme más, un refinamiento perverso?

La adivinó más que la vió, gentilísima, vestida de negro, con velo y un devocionario en la mano. Este es el uniforme que prefieren las señoras honestas para las entrevistas inconfesables. Es el traje de mañana de las pecadoras discretas, y tiene para los amantes experimentados y sibaritas un perfume de virtud, un encogimiento beato que es muy agradable vulnerar.

Cuando llegó cerca de Jaime, se arrojó en sus brazos, sollozando.

—¡Estoy desesperada, chiquillo mío!

—¡Cuánto has tardado! Pero, ¿por qué lloras? Ven. Vamos a sentarnos en un banco del Parque.

—Tengo miedo. No sé si me habrá seguido.

Jaime, receloso, escudriñó a lo larga del paseo.

—Serénate. No hay nadie. Pero, ¿es que él sospecha algo?

—Nada. Pero le ha extrañado mi insistencia por salir sola.

Estaba bellísima, llorando.

—Antes le quería, estaba enamorada de él; pero tú me has vuelto loca. ¡Qué noche he pasado! ¡Qué suplicio más espantoso!

—¡Calla!

Estaba muy pálido. Todas las pesadillas de sus celos se agolpaban de nuevo a su mente.

—Ahora, casi le odio. No puedo soportar sus caricias brutales. Tú me has hecho adivinar una vida más noble; tus palabras me han envenenado el alma. ¡Y estoy atada a él para toda la vida, para toda la vida!...

Se retorcía las manos desesperadamente y lloraba, mirándole con pasión, entre las lágrimas.

—Anoche tuvimos un disgusto serio... Nunca le he visto tan exaltado. Llegué a tenerle miedo; pero no podía, Jaime de mi alma; pensaba en ti..., y no podía vencer mi repugnancia.

Jaime la besó en el cuello, tibio y perfumado.

—Cuando se durmió yo estuve llorando mucho tiempo. Decía tu nombre muy bajito, como si estuviera rezando. El, junto a mí, como una masa, desnudo, hediondo..., roncaba sonoramente. ¡Qué asco y qué tristeza! Tú has despertado en mí lo más noble, lo más bello de mi espíritu. Soy una mujer nueva que ha surgido al conjuro de tus palabras; tú eres el escultor de mi nuevo ser.

Augusta ponía en sus palabras un fuego de exaltación y de sinceridad.

—Tú eres el gran cariño de mi vida, que ha llegado demasiado tarde. Acaso ya no debimos conocernos. Si tú me quieres igual, seremos terriblemente desgraciados o tendremos que hacer una locura... o un crimen. ¡Quién sabe! Este amor es como una

tempestad, de la que fatalmente tiene que surgir un rayo.

En su rostro, trágicamente pálido, los ojos tenían iluminaciones sangrientas. Después se hundió en un silencio preñado de turbiones de pensamientos que tal vez no se atrevió a decir en alta voz.

Jaime se estremeció. ¿Qué alma terrible, apasionada y turbulenta era la de aquella mujer? Aquel amor le daba miedo. Presentía que su espíritu alucinado podía llegar a ser el instrumento ciego de aquella magnífica belleza, que por la pasión de su carne y el imperio de su voluntad caería en todos los abismos. Era la sirena trágica. Después de haber sentido su fascinación, ya era imposible salvarse.

Ella dijo que tenían que separarse a la una. La aguardaban su marido y María Teresa... Pero llegó la hora y no se fué.

—No quiero. Prefiero estar contigo media hora más.

Jaime no respondió. Le parecía un capricho peligroso, pero no quería mostrarse más prudente que ella.

—Tengo hambre de ti, de tus palabras, del brillo de tus ojos, de tus besos, que me enloquecen. ¡Un día saltaré por todo y te arrancaré de los brazos de ella, y se lo confesaré a él y al mundo entero, aunque después me hagan pedazos!

Jaime la acompañó hasta muy cerca de su casa.

Fueron muy despacio, mirándose a los ojos, indiferentes a todo lo que les rodeaba, con las manos cogidas, como dos novios adolescentes.

—Esta mujer me quiere—pensaba el ingeniero cuando se separaron—. Esos acentos de pasión, esas lágrimas no pueden ser fingidas. Además de que ella es la que más se juega, si llega a descubrirse. Y yo, ¿la querré algo verdaderamente? Después de haberla hecho mía lo sabré. Ahora estoy ciego por el deseo. ¡Es tan maravillosamente bella!

IX

Se vieron todos los días. Se acariciaban, se besaban infinitamente, gozando del encanto que precede a la posesión. Después, delante de los demás, procuraban disimular inútilmente. Ella hacía mil encantadoras imprudencias: apretones de manos fugacísimos, pisotones, enlazamiento de piernas en los coches, en la sombra de los palcos. Largas miradas de los dos amantes, que se extasiaban, olvidando el peligro; la puntita roja de la lengua sobre sus labios encendidos, como una promesa enloquecedora.

Jaime iba con Margarita a casa de Augusta todas las tardes. Ella misma corría a abrirles la puerta. El ingeniero se retrasaba para cambiar breves palabras: la próxima cita, una frase de pasión. Una vez ella se echó a su cuello y le besó en la boca.

De espaldas, a dos pasos, estaban Margarita y su marido. Fué una locura: con un leve movimiento de cabeza los hubieran sorprendido.

Jaime, muy inquieto, se desprendió del abrazo. Entonces vió una silueta femenina que desde la sombra

les miraba impasible, con su mirada gris y metálica.

—¡María Teresa nos ha visto besarnos!—le dijo a Augusta en voz baja.

Ella hizo un gesto rápido y enérgico.

—¡Mejor!

Jaime estaba pálido, tembloroso. Tenía un temor vago a un desenlace tremendo para todos. Esta muchacha se lo contará inmediatamente a su hermano. No era miedo personal a la venganza del otro hombre. Sentía principalmente el dolor de Margarita, el escándalo, acaso el tener que huir con aquella mujer para siempre, lejos de sus hijos y de aquella pobre niña tan abnegada.

Había sido una imprudencia, una locura. Por satisfacer un capricho había puesto en peligro su tranquilidad, tal vez su vida. Era una impulsiva, una mujer extraña y violenta.

Procuró hablar con María Teresa. ¡Lo había visto bien claro, oyó el leve chasquido del beso, vió cómo las bocas permanecían pegadas, en una mutua absorción inefable!

María Teresa se mostró amable como siempre: ni una alusión, ni una mirada de reproche.

Aquella noche no pudo dormir. Tenía miedo a que de repente llamase el marido a su puerta... Era absurdo confiar en la discreción, en la complicidad de la hermana del hombre engañado.

No era escozor en la conciencia. El era el conquistado, el juguete de la gentilísima y voraz capricho-

sa. Pero, ¿cómo podría justificarse cuando llegase él, loco de celos, ansioso de venganza?

A la mañana siguiente Augusta no fué a la cita cotidiana. Sus temores se convirtieron en un espanto cierto. Ella le había dicho muchas veces: «Yo sé que si mi marido se llega a enterar de que le engaño, me matará, seguramente.»

Decidió dar la cara al peligro. Corrió a casa de Augusta, con una tempestad en el alma, dispuesto a jugarse la vida si fuese preciso.

Le abrió ella misma la puerta.

—¿Estabas inquieto, chiquillo mío? No he podido ir. ¡Lo que he rabiado! Pero ha venido una amiga... y se ha estado aquí toda la mañana.

—María Teresa, ¿crees tú que no le ha dicho nada?

—Estoy segura. Salieron juntos muy pronto... Fueron a comprarme una sortija, porque mañana es el tercer aniversario de nuestro enlace.

—¿Y no temes que le diga que nos vió besarnos?

—Sé que no le dirá nada. Es una muchacha muy original. A mí me ha advertido, discretamente, que no haga más imprudencias...

Jaime estaba sorprendido.

—No quieras nunca juzgar del alma de las mujeres con arreglo a tu lógica de matemático. Todas somos muy extrañas, muy contradictorias. Esta chica me quiere a mí mucho y tú le eres muy simpático, y, además, conoce el carácter de Alfonso... Pero, además,

a pesar de su educación de convento, es un espíritu muy independiente y no se asusta de nada.

—Pero es que la cosa es un poco fuerte para ella.

—¡Bah! No seas miedoso. Te digo que no hay cuidado.

Y se sentó en sus rodillas, mordiéndole los labios.

—Y fíjate que no hay motivo, porque como aún no ha pasado nada...

Le miraba con los ojos entornados, con una coquetería casi agresiva.

Sus ojos azules se habían enturbiado, como siempre que el deseo la poseía. Estaba envuelta en una roja bata de crespón, suelta y graciosa como un kimono. Jaime sintió sus dos brazos blancos, fríos, turgentes, como dos serpientes en torno a su garganta. Le echaba la cabeza atrás y la besaba con besos macerantes y largos. Llegaba a hacerle daño con sus agudos dientes cabrilleantes, en su ímpetu brutal de poseedora.

El, vencido sobre el diván, la besaba con éxtasis. Sus manos temblorosas acariciaban sus pechos grandes, cuyos pezones punzaban al clavarse en su torso. Los hombros de Augusta emergían entre encajes, pálidos y duros como los de una estatua, de la bata roja casi desceñida en aquella gozosa batalla de caricias. La mano de Jaime se saciaba de belleza, a lo largo de los flancos y de las piernas magníficas, acariciando

la carne entre la seda de las medias y los encajes de las ropas íntimas.

—¡Quiero que seas mía! ¡Quiero que seas mía! —rugía, retorciéndose como un poseído.

Ella parecía retrasar el momento inevitable de la posesión, gozando de esa fiebre deliciosa del deseo a punto de saciarse. Se diría que prefería la turbación de las exquisitas caricias al ímpetu violador. Sin embargo, a cada turbión de besos, a cada agudo mordisco que hacía saltar gotas de sangre, experimentaba una larga sacudida eléctrica. Tenía unas enormes ojeras moradas, blasón de los continuos y largos placeres de aquel momento inefable.

Se irguió, recogiéndose el cabello casi azul que se destrenzaba sobre su espalda. Sus sortijas brillaban entre las crenchas negras, como diminutas constelaciones. Jaime pensó que huía de él, y se lanzó de un salto sobre ella. Estaba ebrio de su perfume; tenía en su boca el gusto de su carne aromada. Saboreaba la suave exudación de aquella carne frenética, de raso.

—Aquí, no—suspiró ella. Y dejándose abrazar le guió hasta la próxima alcoba.

Era una amplia cámara, en cuyo centro se alzaba el lecho nupcial.

Augusta, con un refinamiento de perversidad, quería entregarse en el lugar de las escenas de amor con su marido. Era el placer de la profanación de todos los conceptos burgueses y sacramentales. Jaime recordó sus celos horribles al suponerla en brazos de

su marido en aquel mismo lecho. Fué el triunfo, la apoteosis, el vértigo del placer en una comunión macerante, exquisita y brutal. Augusta era la magnífica hembra de amor, sabia en las caricias, rara en los deleites, audaz rebuscadora de todas las sendas del pecado. Era la plenitud del placer, deliciosa y torturante, ese inefable momento en que se detiene la marcha del Universo para contemplar el misterio de la cópula creadora. Al fin de una carrera frenética de sensaciones, Augusta torció sus bellos ojos azul Prusia, en un estrabismo epiléptico, cruzó las blancas piernas en un nudo de hierro y cayó en un desmayo de catalepsia.

Su alma de torbellino transmitía a su carne aquella enorme fiebre ultrafísica por la que el placer llegaba a veces al límite de la sensación y le daba al espasmo cruentas agonías de muerte. Era como si la lujuria la echase al cuello un nudo corredizo y apretase hasta ese orgasmo con que entran los ahorcados en el gran sueño de ultratumba.

Tardó en recobrase. Después rompió en una tumultuosa crisis de lágrimas.

—¡Era inevitable! ¡Tenía que ser tuya!—Y añadía, con una extraña sonrisa:—¡Has caído en las garras de la sirena!

Sonó el timbre. Eran Alfonso y María Teresa. Augusta se dió polvos y arregló rápidamente su peinado. Después corrió al encuentro de su marido, ofre-

ciéndole los labios que acababan de besar tan locamente. Se hacía la enfadada.

—Has tardado mucho. Para cuatro días que vas a estar conmigo...

Jaime no se atrevía a mirarle cara a cara. Temía que leyese en sus ojos lo que había pasado. Pero Alfonso reía, encantado con las zalamerías de su mujer.

María Teresa miraba alternativamente a los dos amantes con una mirada fría, aguda, enigmática...

X

Decididamente Augusta no acudía a ninguna de las citas matinales.

—Es que viene a verme mi amiga todas las mañanas. Yo no puedo evitarlo. Bastante lo siento yo, chiquillo mío.

—Pero, ¿quién es esa amiga?

—Tú no la conoces. ¿Para qué quieres saber su nombre?—Y añadía con un mohín encantador:—No te la presentaré nunca. Es muy guapa y te enamorarías de ella.

Tuvo una aguda sospecha. Desconfiaba de la realidad de aquella amiga. ¿Estaría engañándole a él y a su marido con algún hombre desconocido?

Se vieron a solas algunas tardes, en una guarida discreta y elegante. Poco tiempo, porque ella pretextaba en su casa haber salido a compras. Después del frenesí de la posesión, Jaime tornaba a sus celos.

—Confiésame la verdad. Te perdono..., pero no me engañes.

Augusta le besaba mucho, riendo, como encantada de aquellas dolorosas sospechas de su amante. Su vanidad de coqueta se satisfacía haciendo sufrir, sin

decir nada claro, con reticencias desesperantes, dejando adivinar algo muy turbio que había en su alma.

—Eso de la amiga es mentira. Tú faltas a mis citas para ir a ver a otro hombre.

Ella, sin sentirse ofendida, respondía con voz enigmática:

—Te juro que lo de mi amiga es verdad. Ya sabes que soy católica y no juraría nunca en falso.

Pero lo decía de un modo ambiguo, como cubriendo la verdad con una mentira de artificioso jesuitismo.

—Bien. Yo lo sabré todo. Y si me engañas... acaso te mate, si tengo valor para hacerlo.

Y rompió a llorar sobre el lecho del placer, que aún conservaba la fragancia del cuerpo desnudo de Augusta.

Era una corazonada, un presentimiento... Nada concreto, nada categórico. Le envolvía un aura de deslealtad, de burla, acaso de tragedia.

La espió. La siguió unas cuantas veces a través de las calles. Todos los hombres la miraban; algunos se acercaban en conquistadores. Jaime se convenció de que ella coqueteaba con los que le parecían interesantes. Era fácil al asedio y pronta para entablar charlas y para reir de una manera prometedora.

—¡No vale nada! ¡Tiene alma de golfa! Es una coleccionista cínica—gritaba, casi sollozando. Y luego pensaba:—¡Es como yo! Los hombres queremos encontrar el alma gemela, la otra mitad de nuestro sér.—Y como una trágica ironía:—¡Yo ya la he encon-

trado! Es sensual, cruel, mentirosa. Como yo lo he sido con las pobres mujeres que han amado sinceramente. Tiene el capricho, la curiosidad, el ardor de conocer todas las perversiones de muchos hombres. Es como yo, monstruosa coleccionista, ¡toda brutalidad y egoísmo!

Iba con frecuencia a su casa. Alfonso, jovial, simpático, le recibía con gran cordialidad. Una tarde estaba sola María Teresa.. Jaime quiso marcharse. Ella le retuvo.

—No tardará Augusta en volver. Espérela usted.

—¿Y Alfonso, vendrá pronto?

—Mi hermano, no. Mi hermano se fué antes de ayer de Madrid. Pero Augusta vendrá en seguida.

Y recalcaba el nombre, mirándole fijamente a los ojos.

Aquella chiquilla, con sus ojos grises y su aspecto de colegiala, le desconcertaba.

—Vamos, Jaime, espérela. No me tenga usted miedo. ¿No le dijo Augusta, anoche, que su marido se había marchado?

Jaime replicó vivamente:

—¡Yo no he visto anoche a Augusta!

María Teresa exclamó:

—Le creo a usted. Es más: le diré que me lo figuraba...

Jaime se ahogaba. Con una voz ronca, dramática, negra, preguntó atropelladamente, en plena confesión de su amor terrible y prohibido:

—Perdóneme... Es usted demasiado niña para hablar de estas cosas... Pero puesto que ya lo sabe todo, yo la ruego que me hable claro, que me diga toda la verdad.

Y la cogió febrilmente las manos.

María Teresa prosiguió:

—Yo le disculpo a usted; sé que es ella la mala, la viciosa, la que le ha enredado en sus habilidades de mujer de la calle.

—¡Oh, sí! ¡Créalo usted!...

—No quiera sincerarse. Estoy segura. ¡Es la historia de siempre!

—Pero, entonces... Augusta, ¿ha tenido otros amantes?

La muchacha sonrió.

—Augusta ha sido de muchos hombres... Y lo que es más cruel y más indigno: ha puesto siempre un interés preferente en conquistar a los amigos de su marido. ¡A todos sin excepción! Usted conoce a Arlegui, a Joaquín Ludares, a Pereira, todos compañeros de Alfonso. Pues ella ha sido la querida de todos ellos. Hasta con Moneti, tan feo, tan grotesco, tan insignificante. Y con hombres desconocidos. ¡Figúres usted! Yo lo he sabido, casi siempre...

—Y, ¿por qué no se lo ha dicho a su hermano

—Porque Alfonso, que está loco por ella, la mataría... Anoche salió ella, de puntillas, creyendo que y estaba dormida. Creí que iba a verse con usted, pasar la noche juntos.

En medio del doloroso estupor que le causaban aquellas revelaciones, le extrañó aquella naturalidad con que María Teresa, recién salida de un convento, abordaba aquellas intimidades tan escabrosas.

—¡Yo sabré esta noche dónde va!—rugió Jaime.

—¿Para qué? Ya sabe qué clase de mujer es. Olvídela..., si no está demasiado enamorado de ella. Entonces, no la espíe, evítese el dolor de verla con otro, para evitarse la vergüenza de seguir con ella *a pesar de todo.*

—María Teresa, conoce usted muy bien todas las monstruosas contradicciones de la pasión sensual... Usted, tan niña...

Se levantó para marcharse.

—No sé lo que haré... Ya lo sabrá usted todo. La debo un gran dolor y una enorme gratitud por haberme dicho la verdad respecto a esa mujer. Seremos buenos amigos. Es usted muy inteligente y... muy bella.

En medio del torbellino de su dolor, la proximidad de la mujer nueva, pomposa en su fragante adolescencia, enardecía súbitamente su pasión de coleccionista. Como un relámpago, le estremeció una idea audaz.

—¿Y si yo la quisiera a usted un día, María Teresa?

La chiquilla le miró fijamente a los ojos y dijo con imperio:

—Termine usted con Augusta.

—¿Y entonces?...

Jaime ya sentía el interno temblor epiléptico de las grandes tempestades sensuales.

Se acercó a ella y enlazó furiosamente su cuerpo núbil, duro, perfumado, con una gracia ambigua. Ella, transfigurada a la primera caricia, había adquirido un magnífico gesto de tigresa en celo. Su gracia de colegiala cedía al ímpetu de la hembra bravía. María Teresa también era un temperamento...

XI

Jaime rondó la casa aquella noche. Quería saber dónde iba Augusta por la noche, ver el lugar, el rostro del hombre que la poseía. Sufría un tormento de celos, de odio, de desprecio. Y—se lo confesaba con vergüenza—acaso no sería capaz de dejarla. Le unía a ella el nudo carnal, de perversidades y de halagos enloquecedores.

La vió salir a más de la una—desde la sombra—, envuelta en una capa de seda negra. Andaba firme, sin miedo, sin volver la cara hacia atrás.

A cien metros de su casa tomó un coche. Jaime tomó otro. Le latía el corazón dolorosamente. ¿A qué nueva locura le llevaba aquella mujer fatal? Y acariciaba, febril, la culata de su pistola.

Los dos coches atravesaron la ciudad y se perdieron por las cercanías del Viaducto. Era una noche muy negra. No había casi nadie en las calles. Al final de la de Segovia, frente a los jardinillos de la Cuesta de la Vega, brillaba un farol pintarrajeado y se oía la música lejana, canalla y lenta de un tango. Parecía un café cantante de la más baja estofa. Augusta pagó a su cochero y entró rápidamente.

Jaime esperó unos minutos. Y entró también en el cafetín. Pero, con gran sorpresa, no vio a Augusta en la sala, pequeña, cruzado el techo con cadenetas y floripondios en los amarillentos espejos. Había muchos hombres de mal aspecto, que gritaban beodos, todos a un tiempo. Dos camareras gordas, como flamencas de caja de pasas, trajinaban, bromeando, con los parroquianos. Había un vaho denso, agrio; una sensación brutal en el ambiente, de borrachera, de lujuria puerca y de homicidio. Un hombrecillo verdoso, con tufos a la antigua usanza de la chulería, estaba detrás del mostrador. Jaime le reconoció. Era *Angelito, el bailarín,* muy célebre entre la andante canalla madrileña. Era ya viejo, pero se pintaba el pelo y la cara como una cocota deshecha en todos los burdeles, que aún quiere gustar a los hombres. Angelito conocía mucho a Jaime y le debía un favor de importancia. Una vez que la Policía sorprendió en uno de sus equívocos establecimientos a una chiquilla menor de edad, casi moribunda por la bestialidad de unos borrachos, Jaime evitó que fuese a la cárcel, por recomendación de su amigo el escritor Pedro Sandoval. Sentía gran repugnancia por Angelito, afeminado y alcahuete en todas las especialidades de oficio tan castizo. Pero aquella noche le reconoció con alegría.

—¡Oh! ¡Este hombre me lo dirá todo!

El bailarín, muy obsequioso, muy zalamero, no pudo decirle nada en concreto. La había visto pa-

sar hacía un instante, pero era la primera vez que iba a su casa.

—¡Hermosa gachí! No sé quién la estaría esperando. Eso es asunto de arriba. Yo no puedo ocuparme más que del café. ¿Y bastante guerra me da! Porque vienen todos los *choriceros* de Madrid, que se saben gastar la *luz,* pero son gente muy comprometedora y muy faltona cuando se emborrachan.

—Y, ¿qué es lo que hay arriba?

—Habitaciones para descansar, muy coquetonas y con mucha reserva.

—Yo quiero subir a buscar a esa mujer.

El bailarín se quedó perplejo.

—Yo no puedo negarle a usted nada. Pero le pido por favor que no dé un escándalo...

—Yo se lo prometo. Quiero convencerme de una cosa, verlo con mis propios ojos, y nada más. Ni un grito, ni un reproche, ¿entiende usted? Yo le doy mi palabra de que no pasará nada desagradable.

El bailarín dudaba. Le miró con sus ojillos negros, como cuentas de azabache sobre la cara ética.

—Bien suba usted.—Y en tono confidencial:—Siga usted el corredor y mire los números. Están en el siete, que es el mejor cuarto que hay.

Jaime le asió violentamente.

—¿Y usted conoce a quien está con ella?

El bailarín sonrió, impasible a su furiosa angustia.

—Yo, no. Suba y véalo usted mismo, puesto que tiene ese capricho. ¡Pero nada de ruido, yo se lo pido

a usted de rodillas, que me cierran la casa, y es el pan de mi vejez!

Cruzó la trastienda húmeda, con un intenso olor a comestibles trasnochados. El bailarín le acompañaba sonando un llavero. Subieron una escalera pina, a cuyo fin había una galería con habitaciones numeradas, que daba la impresión de una fonda mezquina de provincia. Angelito se detuvo ante el número siete y abrió la puerta.

—¡Por su madre, le pido que no dé un escándalo! Estas son cosas del querer, y hay muchas mujeres en el mundo.

Jaime le dió un empujón y entró en el cuarto impetuosamente. ¡Por fin iba a ver a aquella mujer revolcándose en su propia indignidad! Instintivamente, sus dedos se crisparon sobre su pistola. En pie, cerca del balcón, Augusta le clavaba lo ojos asombrada. Junto a ella había una mujer.

Y nadie más en la habitación...

Sorpresa, asco, un sentimiento turbio, doloroso y grotesco... Jaime sintió helarse toda su rabia, todos sus celos.

—¡Tú, aquí... con esa! ¿Hasta dónde has caído!

La otra mujer irguió su bella cabeza rizada y le miró con odio. Jaime la había reconocido en seguida. Era *El Príncipe bohemio,* aquella muchacha rica, cínica y pendenciera que conocieron en el *cabaret.*

—¡Perdóname, chiquillo mío! Tenía mucha curio-

sidad; créeme que estoy arrepentida. ¡Ya sabes que estoy loca!

—No, no estás loca; eres otra cosa más vil, más despreciable...

El Príncipe bohemio se interpuso.

—Y tú, ¿por qué te dejas insultar por ese hombre? ¿Qué derecho tiene a insultarte? Si ella tiene un capricho, ¿quién es usted para prohibírselo?

—Esta mujer es mi amante. Y basta. No quiero cruzar la palabra con usted. Me da repugnancia. ¡Márchese!

El Príncipe bohemio se abalanzó a él, muy bella en su furor.

—Y ¿usted cree que a mí se me puede echar como a un perro? Yo tengo más corazón que usted. Dice que esta mujer es su querida. Lo será, ¡qué me importa! Pero esta noche está conmigo, y no ha nacido el hijo de zorra que se la lleve.

Jaime sintió la injuria como un trallazo. Tuvo aún serenidad para contenerse. Le parecía grotesco una lucha con aquella mujer.

—Diga usted lo que quiera. Desprecio sus injurias. Ven, Augusta.

Y la cogió por un brazo.

El Príncipe bohemio se cruzó en la puerta.

—¡He dicho que no te la llevas! Porque no quiero yo, ¿entiendes? Me tienes que matar a mí, y eres tú poco hombre para eso...

Su acento era enérgico, decidido.

Jaime sentía la ira bataneándole las sienes.

—Me da asco pegar a una mujer... Déjenos salir, o si no...

—¡Que me vas a pegar a mí! ¡Vamos! ¡Tú no sabes con quién has tropezado. Tu madre o tu mujer serán unos pobres pendones que se dejen pegar... Pero yo, no. Anda. Acércate a mí si te atreves... ¡Cobarde, marica, hijo de cien... hombres!

Y su mano pálida de duquesa esgrimía un revólver, sin temblarle el pulso.

Augusta tenía miedo.

—Déjala, Jaime. No la exasperes. ¡Esta mujer es terrible!

Y había una rara admiración en su gesto de hembra dominada. Y repetía:

—Te matará. Tú no la conoces. ¡Te matará!

Jaime creía estar bajo la garra de una pesadilla ridícula y monstruosa. Comprendía que había caído en un círculo trágico e insospechado de turbias pasiones. El ambiente de aquel tugurio estaba poblado por inconcebibles larvas sanguinarias. No sabía qué hacer ante aquella bellísima furia que le injuriaba del modo más cortante y más indigno. Y estaba hermosa, pálida, cimbreña, casi desnudo el cuerpo ambarino. Sin la presencia de Augusta, la hubiera poseído a la fuerza, sobre aquel lecho prostibulario, donde ambas iban a burlarse de él. ¡Oh! ¡Hubiera sido una venganza magnífica! Placer masoquista, furia patológica, represalia de aquel instante en que él, el ma-

cho, sentía un escalofrío de miedo ante aquella impávida amazona que le encañonaba con su revólver.

Pero aquella situación debía terminar. De un salto se arrojó sobre ella y aprisionó su mano, retorciéndole la muñeca, hasta que soltó el arma. Jaime abrió el balcón y la arrojó a la calle. Cuando se volvió, *El Príncipe bohemio*, loca de dolor y de rabia, se abalanzó sobre su rostro. Jaime sintió un desesperado dolor. Le hincaba las uñas en los ojos. Se trabó una lucha a la desesperada. Jaime consiguió dominarla... ¡Olía intensamente y su cuerpo era armonioso y duro!...

—¡No te la llevarás! ¡Me tendrás que hacer a mí pedazos!—rugía, cubierta de espuma y de sangre.

Y le clavó los dientes en el cuello hasta hacer saltar la sangre. Jaime, enloquecido por el dolor, la golpeó con furia, como a otro hombre. Descargó su puño varias veces sobre aquel rostro tan bello y tan grácil, con un encanto de granujilla. Después, como un harapo, la arrojó contra las baldosas del pasillo.

—¡Vámonos pronto, Augusta!

Y salieron precipitadamente, pasando por encima del cuerpo de *El Príncipe bohemio*. En medio de la pina escalerilla les sorprendió un tumulto de gritos, de blasfemias, y el tráfago de una lucha bestial a palos, a banquetazos, en la que estaban enzarzados muchos hombres. Se oía la voz de Angelito, como un clarido de gallina espantada. El chulo de una de las camareras se defendía contra varios ladrones que en

la borrachera turbia habían injuriado a su coima. Eran varios rufianes, enloquecidos por el alcohol y la pelea, que se arrojaban las botellas, las copas, las banquetas. Chasqueaban las bofetadas como latigazos, los pies trenzaban un baile estrepitoso, se estrellaban los vidrios contra los muros.

Jaime quiso atravesar por aquella batahola, ansioso de salir pronto de aquel tugurio de tan siniestro ambiente. Augusta tenía miedo y se arrebujaba contra su pecho. Pero era imposible. Se encontraron rodeados por los combatientes. Jaime sacó su pistola para abrirse paso. Los borrachos, enardecidos, cerraron contra él. Defendía a Augusta y golpeaba a quien tenía más cerca con la culata del arma. En la rabia de la pelea. viéndose acorralado por aquellos rufianes desconocidos y furiosos, que le agredían sin saber por qué, no se apercibió de la presencia de una mujer que se le acercó sigilosamente, por la espalda. Un momento brilló en su mano una hoja de acero, y con un aullido de alegría, se la hundió al ingeniero en un costado, hasta la empuñadura. Sintió un dolor agudo y helado, dió un grito y se desplomó a los pies de los borrachos. Junto a su cuerpo, *El Principe bohemio* le contemplaba con una salvaje felicidad.

Se oyeron gritos de espantos:

—¡Hay un muerto!—repitieron muchas voces enronquecidas.

Angelito, casi llorando, gritaba:

—¿Quién ha matado a este hombre?

Todos querían ganar la calle, en loca huída. Nadie vió quién había sido el homicida. El miedo a la llegada de la Policía; la perspectiva de la prisión, disipó las turbonadas de la embriaguez en todos los cerebros. La voz de alguien que estaba cerca de la puerta gritó con pánico:

—¡Ya están aquí los guardias!

Entonces, Angelito, el bailarín, ordenó al pianista con voz imperiosa, empujándole hacia el piano:

—En seguida. Toque usted una cosa que arme mucho ruido. Y vosotros, a bailar, a cantar, como si estuviéramos de juerga. Tirad ese cuerpo debajo de ese diván, ¡a ver si no lo ven y podemos salvarnos de este *malfregao!* ¡Listos, que ya vienen!

Y se puso en la puerta, tranquilamente, a esperar la llegada de la Policía.

Entre varios cogieron el cadáver de Jaime y le tiraron en un rincón, echando encima varias sillas y la funda del piano. Y comenzó una danza loca, epiléptica, sin ritmo, mezclada con gritos de manicomio, apelotonadas las parejas delante del cuerpo, cubriéndole como una espesa cortina humana.

Llegaron los guardias y algunos agentes. Angelito les recibió tranquilamente, sonriendo.

—No pasa nada. Estos parroquianos, que se han emborrachado y están celebrándolo. Son gente de buen vino. En cuanto acabe esta pieza los echo a todos a la calle para cerrar. ¡Que ya tengo ganas de recogerme!

La tranquilidad de Angelito desorientó a los policías.

—Habíamos oído barullo y creíamos que había bronca...

Augusta y su amiga intentaron salir...

Un esbirro la puso una mano en el hombro.

—¡Buenas parroquianas tienes esta noche, Angelito!

Augusta, muy azorada, suplicó:

—Déjeme salir. Se lo ruego. He venido aquí por curiosidad. No soy lo que usted se figura. Yo soy una señora casada...

Pasaron entre el grupo y corrieron calle de Segovia arriba, cogidas del brazo, como dos muchachas un poco locas que volvieran, azoradas, de una travesura de amor.

Ya de madrugada, Angelito y otro compinche, protegidos por la noche negra, arrojaron en la vertiente de las Vistillas el cuerpo de Jaime concienzudamente despojado de las alhajas, de la cartera y de los vestidos. Fué un crimen más, impune, de la crónica negra.

Augusta, al día siguiente, tomó el tren para ir a Berlín, a reunirse con su marido, a hacer la vida burguesa, honesta y respetable de una señora casada.

FIN




University of
Connecticut
Libraries


39153028363374